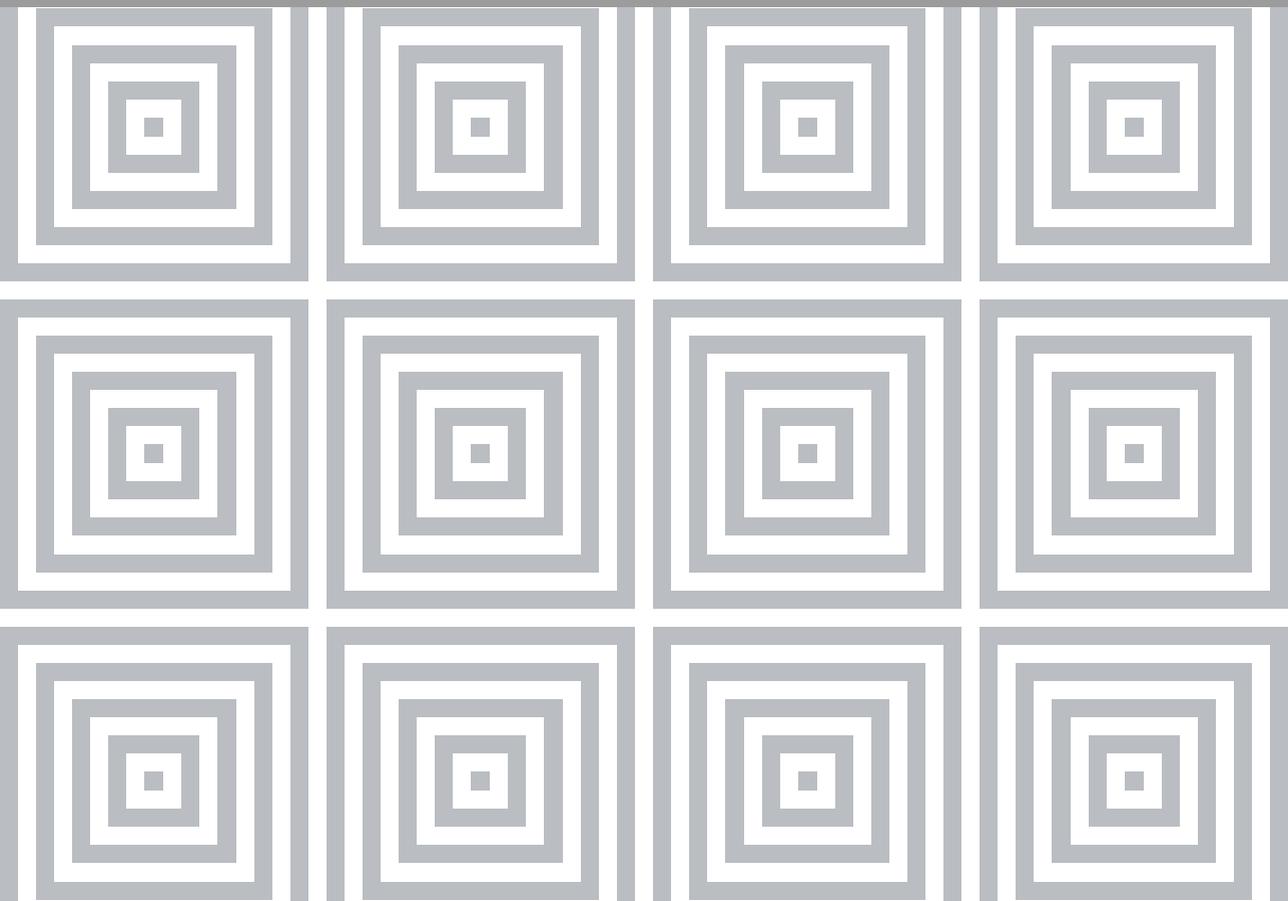


VII | Elpadre



Con la madre y los hijos, la familia está completa. Por lo tanto, en este nudo-familia no hay puesto para la tercera figura del triángulo, el padre.

Si para representarnos la estructura de la familia matricentrada, recurrimos a la metáfora del círculo y la circunferencia, el padre vendría a ser una tangente.

La «insignificancia» del padre está presente en todos los aspectos del vivimiento de la comunidad popular, y patente en el habla en la que se expresan los significados culturales. Así, la casa será siempre «la casa de mi mamá», aunque la haya construido o adquirido el padre o el matrimonio, si lo hay, y en ella vivan el padre y la madre; el cuarto, «el cuarto de mi mamá», aunque en él viva también el padre; la cama, «la cama de mi mamá», aunque en ella duerman padre y madre. «De mi papá», será, si acaso, un rincón de herramientas en el garaje o un escritorio si se pertenece a la clase media, un espacio de trabajo externo y tangencial a lo propiamente familiar.

Los símbolos que en el lenguaje popular se refieren a lo grande, fuerte, poderoso y valioso, que ordinariamente en la cultura occidental son de género masculino, entre nosotros pertenecen al género femenino y específicamente son maternos. Un hueco grande, que en España o en México es un «hueco padre», en Venezuela es «madre hueco».

Hay otro aspecto del habla en el que normalmente no se repara, pero que indica muy a las claras esa falta de significación en la cultura: la ausencia del insulto al padre. En Venezuela se puede insultar a la madre de otro de mil maneras consagradas en la lengua, al padre es imposible hacerlo porque no existe fórmula establecida. El insulto, para que sea verdaderamente insulto, debe referirse a la persona misma o a algo que a ella le pueda doler; a algo que, por eso mismo, signifique. Como anécdota, del contraste, sirva la queja de Augusto Pinochet contra sus oponentes en una entrevista televisiva: «Llegan hasta sacarme el padre». En Venezuela eso resulta imposible; no hay expresión lingüística. Ausencia en el amor y en el dolor. El padre no duele. No se puede producir dolor insultándolo. En cambio, hay sobreabundancia de insultos a la madre. Esa sí duele.

«Mi papá para mí significa algo —dice Pedro¹¹— porque él en algunos momentos (tangente) me ayudó, aunque después me la hizo mal».

Cuando se le pregunta por el cariño que le pueda tener, responde:

Sí lo quiero, claro, no como a mi mamá. Nunca; la diferencia de los cariños es grande. —¿Como cuánto?

—Bastante larga, porque mi mamá para mí... de mi esposa y mis hijos, mi mamá; ya, bueno, papá... pero no, no, no,... nunca los podré querer a los dos por igual, mi papá pasaría a un tercer plano.

11 *Op. cit.*, p. 332.

Esto es lo que dice, lo que tiene consciente. El análisis de su historia muestra muy a las claras que la significación de su padre para él es mucho menor de lo que él mismo cree.

El significado central, el que fundamenta y el que impregna el todo en la familia, es la madre. Esta centralidad e impregnación —su presencia significativa en todos los ángulos de la estructura— excluye cualquier otro significado rival o que simplemente acompañe.

No hay, pues, padre en la familia popular. Es más, la presencia positiva del padre en ella la desestructuraría, cambiaría su tipo, establecería otra norma y otro modo de ser completa. Es posible, y quizás probable, que ese cambio algún día llegue a producirse y hasta puede ser exigido por el proceso mismo de un mundo-de-vida que por ser vivo no está llamado a permanecer siempre igual a sí mismo, pero no es válido pretender comprenderla desde esa negatividad.

Por esto, la presencia física, incluso permanente, que no es lo más frecuente, y formal —en matrimonio de cualquier tipo o concubinato estable— del padre no debe inducir a error sobre la estructura de la familia popular. Algunos investigadores sobre estudios de archivos, como libros parroquiales y otros, han llegado a sostener que durante algunos períodos históricos predominó en Venezuela la familia triangular y desvalorizan, en consecuencia, los testimonios literarios como el libro de visitas del obispo Martí¹². Lo formal, especialmente cuando su no cumplimiento puede traer consecuencias graves para quien lo transgrede, encubre lo real y funcionante.

En la familia matricentrada el padre es, en realidad, una ausencia. Pero es una extraña ausencia porque es una ausencia presente. No es una negación, una nada. Tiene la positividad del hueco. La madre misma se dedica a mantener la presencia de su ausencia. Este recalcar la ausencia de mil maneras, viene a ser más una forma de exorcizar la amenaza de su presencia que un reclamo por su ausencia.

El padre es una ausencia presente, sobre todo en los hijos y especialmente en los varones. Al principio de mis investigaciones me planteé una hipótesis: si el padre ha estado ausente por siglos de la familia matricentrada, no debe haber en los hijos necesidad de padre, esto es, debe haberse producido un proceso de adaptación que haya hecho innecesaria esa función.

La contundencia de los hechos falsó esa hipótesis.

12 Véanse, por ejemplo, Juan Alméjida (1992). *La familia en la provincia de Venezuela, 1745-1798*. Madrid: Editorial Mapfre; también, del mismo autor: «La literatura como fuente histórica», en *Suplemento Cultural* de *Últimas Noticias*, 18 febrero de 1996, y «La literatura, fuente para el estudio histórico de la familia», en *Suplemento Cultural* de *Últimas Noticias*, 6 enero de 1997.

La ausencia del padre en los hijos está viva. Esa ausencia crea un gran vacío, un silencio ensordecedor que resuena a lo largo de toda la vida, una oquedad abierta necesitada de llenura. Ausencia viva, vacío palpitante. Nada de esto es simple metáfora. No hay palabra de significado recto para decir lo que las palabras sólo pueden nombrar de perfil: lo vivido. Más allá del goce de la vida, más allá de sus placeres y dolores, profundamente enterrado en el núcleo mismo de la subjetividad, que no aflora sino con el alcohol o en la más íntima intimidad, palpita ese vacío nunca llenado e imposible de llenar, hecho de dolor y de rabia: la ausencia del padre. Ese vacío la madre hubiera querido llenarlo para reinar sola y total en el hijo, pero no ha podido. La madre no cumple nunca la función del padre; lo máximo que logra hacer es reduplicar su función materna, pero nunca suplir al ausente. En el corazón del hijo late desde siempre y para siempre esa tristeza.

El hijo, lo mismo que la hija, vive al padre desde el sentido matricentrado. Como vemos en la historia-de-vida de Juana, que tenga otra mujer no es problema, el problema es que engañe a la madre. La verdad consiste en el fortalecimiento de la estructura materna, no en favorecer a la pareja. La verdad es saberse centro en cuanto que el padre carece de toda posibilidad de centralidad. El hombre se dispersa en otras mujeres, la madre se constituye en centro.

Ella, la querida, hasta mamá vivió con ella y hasta nosotros le pedíamos permiso pa' ir donde, onde, a onde, a onde pap... a onde ella. Ella decía vayan ustedes, yo sí no voy, pero ustedes vayan. Íbanos: yo, Miguel, Juan Seija y Ramón Seija que es ese mi viejito que anda por ahí, éranos cuatro hermanos, hembra yo. Bueno, hasta el día de la muerte.

199

El hacer de la madre como el hacer del padre está en un mismo horizonte vivencial: la matricentralidad. Para la razón occidental el hombre ha cometido adulterio, ha sido infiel, pero en el marco de esta relación ha cometido una travesura que hace que el otro «se ponga bravo». No hay otra consecuencia, sobre todo porque la ruptura no es un trauma, está en el sentido de la vida familiar.

El padre que Juana nos muestra es interesante. Por un lado está presente dada la ausencia permanente de la madre y por el otro es una figura débil que se derrumba ante las adversidades. El hecho de no estar la madre no produce al padre, esto nos revela la importancia de la cultura matricentrada. No se trata de un asunto individual o particular sino propio de toda una estructura. La ausencia del padre está en la estructura cultural y no sólo en la familia particular. Narra Juana:

Bueno, cuando me quise ir que quedé sola, que quedé sola sin mamá porque mi papá se casó con otra mujer, que yo le voy a decir la verdá, yo no le voy a decir mentira,

se casó con una mujer que no valía la pena, yo todavía era una muchachita y yo le decía: papá cuídame a mí que soy una muchachita, yo le decía así, no busques a esa vieja. Así le decía yo, esa vieja, y la vieja se lo llevó llevao...

El padre ha vivido la muerte de dos mujeres y un hijo, y se coloca en las manos de la figura fuerte de la familia: la hija-madre. Ante la hija se muestra débil y humano, busca de ella atención y cariño, no le sale proteger, ni vivirse padre, sino presentarse como un hijo más, esta vez de la hija-madre que incorpora en su sentido el padre propio de esta cultura. Las ausencias no producen otra cosa.

Esto es interesante para aproximarnos a los cambios que en esta materia pueden producirse en la familia matricentrada. No es la desaparición física de la madre lo que puede favorecer el surgimiento del padre, se trata de una trama completa que hace que se trascienda la experiencia individual y se coloque en el sentido cultural que funciona por encima de las ausencias particulares de madre. El padre no se ha producido en esta estructura cultural y aunque haya una fisura tan grande como la muerte, ésta no produce las condiciones para que él emerja o se den condiciones para que sea vivido y practicado.

En esta condición de orfandad, es importante destacar que la hija llama constantemente al padre a formar parte de la familia, pero él carece de oídos culturales para atender este llamado. El padre no constituye familia. La hija le llama para que no la deje, pero él igual se va con la nueva mujer. Se marcha dejándola pequeña y a cargo de los hermanos-hijos. Incluso, en esta relación parental el padre no entra plenamente en la familia.

He dicho que el padre no tiene ninguna función familiar en la familia matricentrada, que su posición es ex-céntrica. Con esto quiero decir que el centro-familia, lo verdaderamente constitutivo de ella es la relación madre-hijo. Es un centro totalmente cerrado y autosuficiente. Dada la autosuficiencia del centro, el padre es innecesario, prescindible, pero además peligroso. Peligroso para el centro pues, si se le permite entrar, el vínculo madre-hijo tiene que ser compartido. Esto desequilibraría a la mujer-madre, pues su madredad ya no sería exclusiva. El padre, por tanto, ha de permanecer alejado del centro-familia. Se le podrá permitir una presencia satélite, en el mejor de los casos, como de quien cumple funciones de apoyo, no absolutamente necesarias por otra parte.

Sucede, por tanto, que si el padre quiere ser padre de verdad, no puede, simplemente porque no le dejan. La mujer-madre ceda sin concesiones su centro-familia. La familia es de la mujer. El hombre ya tiene desde siempre y para siempre su familia: la de su mamá. Para el hombre «mi familia es mi mamá»; para la mujer «mi familia son mis hijos». Los hijos son hijos-de-madre.

No es que el hombre abandone, por irresponsabilidad, a la mujer y a los hijos, es que la mujer, de mil maneras, lo expulsa del hogar, haciéndole en él la vida imposible o, en el mejor de los casos, manteniéndole a prudente distancia. Por el mecanismo complementario, diseñado por la historia y la cultura, el hombre desea ser expulsado. El hombre acepta la expulsión e inicia otro ciclo.

Sin embargo, la pura ausencia no da cuenta completa de la figura del padre. Es evidente que la acción de un padre, aun circunstancial y transitoria, es indispensable para hacer madre a la mujer, de modo que la familia acontezca. He aquí la primera presencia de un padre: como instrumento para que nazca, suceda, la familia. En cuanto instrumento, puede ser desechado cuando ha cumplido su función. De hecho, si es necesario para producir la familia, una vez producida —y basta para ello el primer hijo—, la familia comienza su vida independientemente de él. Función instrumental, pero no propiamente familiar. De la propia familia permanece ausente, pues no pertenece a la estructura. En este sentido está ausente.

¿Cómo es vivida esta ausencia? Vivido desde el hijo, como ya se dijo, el padre es, ante todo, y en la lógica de la familia-madre, una ausencia, pero no una ausencia que lo borra, sino una ausencia que lo trae permanentemente a la presencia como ausente. Es, pues, una ausencia vívidamente presente. Podría definirse el padre como la presencia-de-su-ausencia. Ausente de los núcleos fontales que dan sentido a la vida, permanece, sin embargo, en el centro de la existencia como un hueco, una oquedad vacía, pero hecha de abandono, demanda y rabia. Y ello aunque el padre propiamente no haya abandonado.

En la realidad de su vida, Pedro, según su historia, pierde a su padre muy pronto, apenas nacido, porque éste, que «tenía varias mujeres» al mismo tiempo, se enreda con una menor de edad miembro de una familia importante e influyente del lugar, y se ve obligado a casarse con ella, interrumpiendo la relación con la madre de Pedro, de por sí ya poco estable. Con ese casamiento, Pedro pierde a su padre. Primera experiencia, no concientizada aún, de abandono. A partir de ese momento, puede decirse que se instala en Pedro la necesidad de padre, algo que estará presente a lo largo de toda su historia.

En Pedro la necesidad de padre no se limitará a la de tener un proveedor para su vida material, sino que será la necesidad de un vínculo afectivo y profundo que llene su vida. La expresión «mi papá», que tanto Pedro como cualquier hijo venezolano usa, lo conozcan o no, indica una relación fuerte, por lo menos en el deseo del hijo, pero está establecido, por la realidad del mundo-de-vida, que esa relación se rompa. El padre será siempre, al fin y al cabo, una ausencia, pues su presencia intermitente y siempre débil es una no presencia para la verdadera necesidad del hijo.

Al mismo tiempo, en Pedro encontramos lo que será una constante a lo largo de toda su historia y que se repite en todos los hijos de familia popular. En todas

las mujeres de su vida, madre, madrastra, abuela, esposa, se da siempre una lucha constante por alejarlo del padre y de todos los padres simbólicos y sustitutos que ha tenido. Incluso cuando la madre se lo entrega al papá, en un momento de crítica situación económica, lo que parece contradecir lo que acabo de afirmar, esa entrega tiene en el fondo el mismo sentido: «Tú tendrás papá porque yo no te puedo mantener; si yo te pudiera mantener, olvídate que lo tendrías». De hecho, ella buscará la manera de trabajar como sea para mantener a los hijos y no necesitar al padre de ninguno de ellos.

Si vemos que su identidad puede verse centrada en la búsqueda de padre para hacerse padre él mismo, y las mujeres se esfuerzan por cerrarle el paso para que no tenga padre ni lo sea, podríamos decir que se trata realmente de una lucha contra su identificación como potencial padre y esposo, lucha que tiene su espacio en la familia matricentrada y que exige del varón el estatuto permanente de hijo. Así le queda a la madre el campo abierto para tener al hijo permanente en un espacio vital en el que la madredad es omniabarcante, en un horizonte cerrado al proyecto de padre.

Así, la de Pedro, parece una larga historia de pérdida de padres. Al padre biológico lo pierde varias veces. Su presencia es intermitente. Luego pierde violentamente al primer padre que parece pudiera haber sido una primera débil figura paterna en su infancia, un señor mayor dueño de una bodega y ajusticiado ante sus ojos por los guerrilleros. La gran experiencia de padre sustituto, con el señor del Servicio Panamericano, es también fugaz, aunque muy significativa. Al padre biológico lo abandona él definitivamente, pero primero ha sido abandonado él mismo pues su padre le ha fallado en cuanto tal. Finalmente encuentra a otro con el que establece una relación más estable, pero ya es prácticamente un hombre formado. Esto, sin embargo, suscita los celos de las dos mujeres con las que ha establecido pareja, que intentan de mil maneras separarlo, hasta que la última consigue llevárselo al interior aunque sin lograr romper la relación ya sólidamente establecida.

Los padres sucesivos se inscriben en una constante que es como una «huella permanente de padre», a la vez búsqueda, proyecto e identidad, búsqueda de un fundamento que le permita decir: «Yo soy padre».

Pero esta identificación es también una lucha. Se la pasa luchando, luchando por ser padre, pero ahí están las madres de sus hijos, un sistema de relaciones en el que él queda como a la sombra ante la fuerza de la realidad de madre, de lo que la realidad de madre le está diciendo.

¿Cómo afirmar su identidad de padre? Podría, teóricamente y en abstracto, agarrarse sus muchachos y vivir con ellos, pero no puede hacerlo, simplemente porque los hijos son de la madre siempre. Él no puede negar esa constitución de la estructura de su mundo-de-vida; su identidad se juega dentro de ella y de la

consiguiente cultura y tradición. Ahí es una identidad siempre en jaque, siempre confusa.

No sólo no puede hacer eso, sino que ni siquiera puede pensarlo. Todo su mundo está en él. Es toda la cultura la que le obliga. Cuando, de hecho, Pedro se enfrenta a su mujer y se lleva a los hijos, se los tiene que entregar a la abuela. No tiene otra posibilidad. La tendría, pero no se le puede ni ocurrir. Su «padredad», en todo caso, es muy débil; su identidad como hombre-padre, confusa.

Confusión que no se da para nada en Felicia, porque la madre siempre está fuertemente definida. En Felicia corren las aguas tranquilas: ella es madre y se define como tal desde que se forma para ello en la infancia.

Será éste precisamente el problema vital fundamental del hombre popular venezolano: la necesidad de construirse una identidad de hombre-padre en cuya tarea se encuentra solo y sin instrumentos porque toda la cultura está centrada en la madre.

En Pedro impresiona la ausencia vivencial del padre no obstante su presencia física intermitente, en contraste con la viva presencia de la madre a pesar de que también es físicamente intermitente por razones de trabajo. Presencia y ausencia no tienen mucho que ver con lo palpable.

Así, la vida de Pedro estará marcada por una búsqueda incesante de padre ausente.

El estudio de una canción popular, puesta a rodar por el cantante llanero Luis Silva, en la que un hijo canta a sus siete amores, revela también esa ausencia. Los amores son siete —no uno ni dos—, entre los cuales tienen cabida hasta el caballo y el perro; pero entre ellos no está el amor del padre. Es el gran ausente. «Menos que un caballo, menos que un perro, en el amor del hijo. Un *don nada-en-el-amor*» (Moreno, 1994).

Si el padre está ausente en el varón —y Pedro es sólo un testigo más— lo está también en la mujer. Toda la primera parte de la historia de Felicia está marcada por esta guía: desconocimiento del padre.

Felicia nos muestra cómo vive la hija, hembra, la ausencia paterna. Comienza la narración de su historia-de-vida de esta manera: «No conocí (suspense; pausa breve) mi padre (corte; pausa)».

Habla de conocer. Hay, pues, que preguntarse qué dice cuando dice «no conocí» y qué tiene que ver el conocer con la figura del propio padre. A primera vista parecería que se está refiriendo a un conocimiento estrictamente cognoscitivo, lo que aparentemente se refuerza con la expresión que sigue: «a largo tiempo, de cierto conocimiento», expresión que aporta una clave de interpretación que insinúa un significado más integral del término conocimiento. Aquí, en efecto, el término está ubicado en el proceso evolutivo. Los niños evolucionan de un estado

de no-conocimiento a un estado progresivo de mayor conocimiento. Pero popularmente «tener conocimiento» implica bastante más que tener noción de algo. El horizonte hermenéutico para la comprensión del concepto, no puede ser sino la manera en que el mundo popular de Felicia comprende la evolución de los niños. En ese mundo, tener o no tener conocimiento implica una totalidad de conciencia —no sólo en sentido cognoscitivo sino también en sentido moral—, asunción de valores, comportamiento e intención. En este contexto, conocimiento podría definirse como: pensar y querer intencionadamente lo que se hace y, en sentido más general, tener capacidad para ello. En el querer intencionadamente está implicada toda la afectividad, pues la voluntad regida por la pura razón no pertenece al horizonte popular de significado.

«No conocí mi padre» significa, por tanto, además de no tuve noción de él, no pude quererlo, ni valorarlo ni comportarme intencionadamente hacia él, todo en una unidad de sentido vivencial que supera la suma de estos componentes. En síntesis, quizás la mejor expresión sea: no lo viví.

¿Qué dice cuando dice: «mi padre»? El *mi* es aquí un posesivo claramente de pertenencia. No hay razones para interpretarlo como un *mi* cariñoso de uso muy frecuente sobre todo en el oriente de Venezuela. Él le pertenece a ella y ella a él. ¿Pero de qué pertenencia se trata, puesto que el término posesivo sesga el sentido hacia la propiedad y la posesión? Pertenencia a la red familiar en la que ella se vive ubicada.

Esta pertenencia, tan claramente afirmada, se revela inmediatamente confusa. La explicitación del sentido del padre que se despliega en las expresiones siguientes lo saca a la luz como imposible de precisar. Narra Felicia: «Entonces, yo... siempre insistiendo porque quería saber lo de mi papá, pues».

El significado central de todo el despliegue está en: «lo de mi papá, pues». El *pues* afirma como significado-resumen. «Lo de» marca la indeterminación de su figura que, por no vivida, tiene una existencia vaga indiscernible de «lo de él», un tema más que un sujeto-persona. El *mi* es así más una llamada a la pertenencia que una vivenciación de la misma. Claramente lo explicita el «siempre insistiendo», llamada insistente abocada al fracaso.

La noticia de su muerte —«Mi mamá me decía que había muerto»— no calma el deseo. ¿Qué hace imposible el reposo de la insistencia? La respuesta a esta pregunta la podemos rastrear interrogándonos por el quién de ese padre que se busca. Ante todo, no obstante buscarlo en la indeterminación del *lo*, Felicia pregunta por un quién. Este quién está definido, o más bien intentando definir mediante una serie de interrogantes que se abre con un «con qué murió» y se cierra con «cómo era» seguido inmediatamente por «que esto, que lo otro». Dice, en efecto: «Nunca tuve conocimientos con qué murió, quiénes fueron sus familiares,

quiénes fueron sus agüelos, ni nada por el estilo (...) quién era, quién vivía, que esto, que lo otro». Sólo la apertura y el cierre hablan de características propias de la persona. «Quiénes fueron sus familiares, quiénes fueron sus agüelos» busca ubicarlo como miembro de una red familiar, la de él —«sus» abuelos; no pregunta por mis abuelos al preguntar por «sus» padres— en la que ella no parece situarse. «Que esto, que lo otro» dice que la serie no se cierra propiamente sino que permanece abierta en la vaguedad indefinida en la que, al mismo tiempo, en cuanto resumen, la sitúa toda.

El padre, pues, aparece, para ella como imposible de precisar. Permanece en un vago «lo de mi papá». Interesa, sin embargo, señalar cómo, al querer precisarlo, recurre a intentar ubicarlo en una trama familiar: en quiénes pudieron ser sus padres, sus abuelos y demás. En Felicia se diferencian claramente las dos tramas familiares: la suya propia, a la que no pertenece el padre, y la de su papá que resulta ser una trama completamente externa a la de ella, pero en la que puede ser conocido. Es en la trama familiar aquello en lo que pueden tener sentido las personas.

En la historia-de-vida de Felicia, encontramos al padre visto desde la madre. En efecto, Felicia recurre a la madre para tener información de él. Desde el principio, la respuesta materna es encubridora. La madre encubre al padre. En principio, lo niega. Pero es, a su vez, la única fuente de información sobre esa figura negada. Así, Felicia conoce al padre que su mamá le presenta, el que ella quiere que Felicia conozca.

La primera presentación del padre hecha por la madre, una vez que, bajo la insistencia de la hija, el encubrimiento explícito fracasa, es aparentemente muy clara pero implícitamente encubridora: que murió, que la embarazó y que la dejó embarazada. Es la representación de padre que debe tener Felicia: ausente, procreador y abandonante.

Todo esto está concentrado en una expresión muy interesante: «mi mamá decía que ella, cuando estuvo con él, la dejó embarazada de mi tercera hermana». La sintaxis es a todas luces incorrecta. Comete anacoluto. ¿Se trata sólo de incorrección de lenguaje o hay que pensar que el sentido mismo de alguna manera exige esa incorrección o, por lo menos, ofrece las condiciones de posibilidad para ese error? El error consiste en que aparecen dos sujetos, ambos activos, de una misma acción que, tal como lo indica el sentido de la expresión, no es ejecutada sino por uno de ellos; el otro, en el sentido, la padece, pero en la expresión lingüística aparece como ejecutante que se retira para dejar paso al verdadero sujeto activo, y, sin embargo, queda como el sujeto principal. Lingüísticamente la expresión es confusa. Para entenderla, hay que suprimir uno de los sujetos y reformularla. Sin embargo, fuera del puro lenguaje, tiene significado. Hay de hecho dos sujetos: uno principal, la madre, y uno secundario, el marido. Ella (la madre) es el

sujeto verdadero del lenguaje: el que habla, sobre todo, y la que *está con*. En este *estar con él* de la madre, el marido ejecuta su propia acción, subsidiaria, de embrazar, y otra original: dejar, esto es, retirarse, alejarse, que es lo propiamente activo, pues dejar es más interrumpir una acción que ejecutarla. La actividad del sujeto marido es, así, más negativa que positiva, más un no hacer que un hacer. Es un sujeto que no es ni activo ni pasivo, un sujeto que se retira; entra en el hecho no como actuante sino como retirante. El sentido lo desplaza como sujeto mientras el lenguaje lo ubica sintácticamente como el sujeto emergente que desplaza al sujeto-madre y se apodera de la acción. Este marido, convertido en figura del lenguaje pero borrado como figura del sentido, es a la vez el padre de Felicia construido por la madre.

Así, el padre se le presenta a Felicia no sólo como tal sino también como marido de su madre. En ambos papeles es una figura que flota sobre el sentido en el que no encaja, al que no pertenece. El padre no tiene sentido propio, sino derivado (construido por) de la madre.

Es de este modo como la madre entrena a la hija para representarse al varón, como si le dijera qué es lo que a ella le interesa saber de un padre y de un hombre. Un padre sirve para que la madre tenga hijos.

Si bien Felicia empieza su historia preguntándose por su padre, su madre inmediatamente toma el control y acaba siendo ella el verdadero centro. Así desplaza al padre de la preocupación de su hija e, indirectamente, lo encubre, lo mantiene desconocido en cuanto tal persona.

Felicia, sin embargo, no se calma. Vuelve a insistir y en esta insistencia se considera «como salida de las normas». Pero, ¿cuál es la norma, entonces? Ella misma responde: «porque yo quería saber». La norma es, pues: no sepas de tu papá. Se desarrolla una auténtica lucha entre la madre ocultante, persistente en la norma, y la hija que busca saber. La madre sigue negando, pero suelta migajas de información para calmar la insistencia de la hija. Sin embargo, estas migajas se reducen a lo mismo: ausente. Pero ahora se refuerza la norma: no te intereses por tu papá; él no significa nada para ti.

Narra Felicia:

Después que yo tuve más conocimiento ella me hablaba de mi papá porque yo insistía. Yo siempre me sentí dentro de mis hermanos como... la persona más... como algo salido, así... de las normas, porque yo quería saber. Yo quería saber por qué... nosotros no teníamos un padre. Cuando yo le preguntaba a mi mamá, ella me contestaba: —Tu papá se fue de viaje. —¿Cómo se llamaba mi... tu papá, mi papá? Me decía ella: —Tu papá se llama... Perdón, no me recuerdo bien... —No me molestes más —me decía ella—. No me molestes más. Para ella quedar... dejarme tranquila:

—Te voy a decir la verdad, tu papá se llamaba Juan Núñez. De (corta). Entonces yo... insistía preguntándole a mi mamá: —¿Y de dónde es Juan Núñez? —Él es de Santa Cecilia. —¿Dónde queda Santa Cecilia? Entonces me contestaba mi mamá: —Yo no te puedo explicar dónde queda Santa Cecilia, porque yo no me recuerdo bien dónde queda eso; pero por ahí se va en burros, a caballo. Insisto en lo igual: —Pero, ¿por qué no está? Me decía mi mamá (con énfasis): —Él se fue a trabajar. —¿Y por qué no ha vuelto? —Bueno, porque se quedó trabajando.

Falta, sin embargo, todavía un rasgo para completar la imagen del padre producida por la madre. Cuando Felicia pregunta por qué no va ella a la escuela como otros niños, su mamá le responde que porque no tiene padre y por eso no dispone de dinero para que vaya a la escuela. El padre hubiera debido proveer, pero no lo ha hecho; así, pues, es también culpable. Proveedor y culpable completan el cuadro.

«Cuando ya yo tuve como diez años aproximadamente, yo veía que los niños iban para el colegio. Me decía: —Porque tu papá no está, y yo no tengo para darte los útiles. Me decía mi mamá».

Más adelante, la mamá cierra el discurso drásticamente: «Mi mamá me llamaba la atención: —¡Cállate! ¿Por qué tú preguntas tanto?».

Felicia concluirá: «decir papá, yo no tuve eso». Biológicamente, la frase es falsa; y, sin embargo, es verdadera. Vivencialmente, pues lo vivencial es lo verdadero en el mundo-de-vida popular. No se puede vivenciar una persona, en la trama popular, sino en la relación directa. Así Felicia no tiene padre; lo que tiene es una vaga figura, un «eso».

También en Felicia el padre es una ausencia, una ausencia muy presente, un vacío que necesita ser llenado, pero que no puede serlo. Nadie, y sobre todo la madre, permite llenarlo. A fin de cuentas el vacío permanece como vacío de un «eso». Como persona está borrado por la permanente presencia de su inextinguible ausencia.

Esta ausencia radical, este borrar al padre como persona real, es obra de la madre. Ahora bien, ¿qué es lo determinante en esta postura? ¿Qué es, en realidad, el padre-de-sus-hijos para una madre como la de Felicia? ¿Lo «conoce» ella para poderlo dar a conocer?

Puesto que la madre asume al padre fundamentalmente como procreador y no como componente estructural de la familia, y puesto que en familia es como tienen sentido las personas, no puede decirle a su hija quién es porque no lo conoce. La embarazó alguna vez y eso es todo. No lo conoció nunca como persona ni como realmente padre-de-sus-hijos, sino como embarazador de ella. Es padre de sus hijos, los de ella, pero no de él, por una circunstancia y como circunstancia lo conoce, se lo representa y lo nombra. Es conocido y pensado solamente como instru-

mento circunstancial. Esto no sólo posibilita sino que, además, hace necesaria la negación. Como circunstancia, como tránsito, no tiene existencia vivencialmente significativa. Negarlo no es algo premeditado sino simplemente su verdad.

La información final sobre su padre le llega a Felicia de otras mujeres, algunas también en su momento embarazadas por él, lo que le hace conocer a ella otros grupos de hermanos por los que no se interesa realmente. Sus hermanos verdaderos son los del mismo útero, los de la única familia posible, la materna. Pero más adelante entraremos en el amplio tema de los hermanos.

La información recibida, no obstante, no añade nada a la información-ocultamiento de su madre. Confirma el rasgo principal que lo caracteriza: nómada, ausente de todas las familias y abandonante de todas las mujeres a las que de paso embarazó.

Entonces yo, a la... cuando tuve como... doce años, conocí unos hermanos, hijos de una señora llamada Ernesta Baldía, del mismo Tierra Nueva. Entonces ella me dijo, una vez que íbamos para el río a lavar, ella me los presentó y me dijo: —Mira, esos son tus hermanos. Y yo le digo: —¿Mis hermanos? Yo no los conozco. Y llamó ella a la señora y le dice: —Mira, Ernesta, hame el favor. Ella vino donde nosotros: —Ella es las hijas (dijo de las hijas porque habíamos ya esos) de... de tu marido. Y le digo yo: —¿Y él está contigo? Me dijo ella: —No. —Me dijo la señora Ernesta: —¡No! —¿Y dónde está? Me dijo: —Bueno, yo te voy a decir la verdad: nosotros nos dejamos. Él murió. Insisto en preguntar de qué y por qué murió mi papá; porque yo no lo conocí. —Él murió de una tuberculosis. Yo te voy a llevar hasta donde está enterrado. (...) Bien. Entonces, una señora, que no me recuerdo su nombre... Siempre, yo insistía que me... que me dijera, pues, cómo era mi papá, a qué se dedicaba, de qué vivía. Entonces me dijo: —Bueno, él vivía sobre todo era de la agricultura y la pesca... Entonces ella me contó varias cosas de mi papá, que algunas fueron... muy tristes, para mí, porque yo quise conocerlo. Decir papá, yo no tuve eso (...) Entonces me dijo la señora que... mi papá... Bueno, él... era un hombre que tenía distintas mujeres. No solamente las dos que yo había conocido que era mi madre y la señora Ernesta Baldía. A la larga el señor se enfermó con una fiebre, una tos, algo así. Entonces, se fue aniquilando y el señor murió. Y lo enterraron los vecinos.

Su final es casi paradigmático. Padre de numerosos hijos —nunca suyos, siempre de sus madres— muere solo y sin familia que lo entierre. La comunidad de convivencia, la última de su peregrinar, suple a la familia inexistente. El hombre típico popular no tiene familia propia. No la forma. Engendra hijos, pero esos son familia de la madre. Su familia única es la de origen: su madre. Cuando ella muere, queda sin familia propiamente dicha.

«Los hijos las tuvieron ellas; yo no», es la expresión con la que Ramón Díaz, un llanero de Barbacoas, reconoce de quién son sus 58 hijos, según un reportaje aparecido en *El Nacional* el 18 de junio, día del padre, del año 2006. Ramón Díaz tenía en ese momento 105 años y, según la periodista, estaba orgulloso de ser padrote. «Parieron ellas; yo no», es otra de sus expresiones. El sentido, muy claramente expresado, es que los hijos son de la madre; el padre no los «tiene» porque no los pare.

«Hoy, Díaz y sus hijos se ríen de esas andanzas», comenta la reportera. «Él le daba palo a todo mogote y pensaba que de zancudo para arriba todo era cacería», dice uno de los hijos mayores. Otro completa la historia con una frase que se hizo célebre en Barbacoas: «Llegó Ramón, todas las mujeres pa' dentro».

Éste es, en términos extremos, un buen retrato del significado padre en el mundo-de-vida popular: numerosos hijos biológicos de sus madres, sin familia propia, suelto de vínculos filiales y de pareja, poco proveedor en la práctica (¿cómo proveer a 58 hijos?) y con un claro concepto de sí mismo como conquistador de mujeres sin ningún compromiso. Las muchas mujeres no se pelean nunca por él, porque con ninguna está propiamente ligado: «Éste es el valor más grande que tiene mi familia. Nunca nadie se ha peleado: Las madres de mis hijos son todas amigas», dice. Cada una, pues, con su familia matricentrada y él como engendrador ocasional. No hay bases para el conflicto. Es lo mismo que sucede con las distintas mujeres del padre de Felicia. Cuando se refiere a «mi familia» hay que entender que son todas las familias matricentradas que ha producido y, por tanto, ninguna propia. El ejemplo se reproduce. Al más joven de los hijos, lo llaman «Tucuso» porque es como un picaflor.

Esta historia da base para una telenovela totalmente realista. Sus hijos de ambos sexos, en efecto, tienen que ser precavidos. «Ése es mi papá», le dice una hija a su pretendiente, refiriéndose a Ramón. «Ése es mi abuelo», le respondió el muchacho. Se acabó la relación. En el citado reportaje se narra que, en una reunión de trabajo realizada en la sede del Instituto Nacional de Deportes, en Caracas, Nicolás, otro de los hijos, hizo la presentación de rigor delante del grupo de delegados. «Vengo de Barbacoas, estado Aragua», recuerda que dijo, y lo que parecía una formalidad intrascendente se convirtió en una revelación contundente. Un hombre, sorprendido por esa brevísima exposición, se levantó de su silla, se acercó hasta el puesto de Nicolás e indagó hasta constatar que eran hijos del mismo padre. Ese día hablaron hasta muy tarde. Ramón Díaz es el padre de los hijos de sus muchas mujeres y referencia para saberse hermanos comunes, aunque no se hayan visto nunca. Los hermanos recién descubiertos intentaron reconstruir una vida familiar hasta entonces desconocida¹³.

13 Ver el tema de los hermanos más adelante.

Los mantuanos del siglo XVIII tenían otras armas, violencias de todo tipo contra maridos, mujeres casadas, solteras y aun niñas, para ejercer de padrotes, pero la tendencia era la misma, lo que prueba que el ejercicio de esa paternidad sin vínculos ha existido desde hace siglos y no se ha limitado a los sectores sociales propiamente populares.

Hemos publicado¹⁴ el expediente que el obispo Díez Madroñero le levanta al padre del Libertador, don Juan Vicente Bolívar y Ponte, en su visita al pueblo de San Mateo, en 1765, por el que nos enteramos de los numerosos hijos habidos en otras tantas mujeres, incluso muy menores de edad, hechas madres, así, de familias matrimentadas. El párroco de San Mateo, en una carta dirigida al obispo, expone:

... es moralmente imposible decir con toda individualidad el desarreglado modo de vivir del teniente (don Juan Vicente era teniente de justicia mayor), ya porque no se le puede justificar (probar justificadamente) todo lo que hace, ya porque mucho no se sabe, así sólo diré aquello que pueda justificarse. Desde que las muchachas, sean de la calidad que fueren, tienen diez años, ya las persigue hasta echarlas al inmundo (el demonio); pasan de doce las doncellas que yo sé ha desflorado en sólo este pueblo.

210

La historia, para Felicia, se repite, en lo esencial, cuando ya no se trata de su padre sino de los padres de los hijos de Felicia. Así expresa su primera unión: «Fue donde yo conocí al padre de mis hijos». En esta expresión aparentemente anodina —y lo sería si no se repitiera tanto, con infinidad de variaciones, en el habla de los vivientes del mundo-de-vida popular— está en síntesis el significado esencial del padre, de la madre y de la misma familia populares. No conoce, en efecto, a una pareja, ni siquiera a un hombre, sino a un padre, pero un padre de nada que le pertenezca como padre, sino a un padre de los hijos de ella. Padre por un rato, padre instrumento circunstancial, padre que es tal porque ella es madre, esto es, con paternidad derivada de la madre. Es ella quien le da el ser padre e inmediatamente se lo arrebató.

Ahora bien, ¿cómo llega a la decisión de que este hombre sea el padre de sus hijos? No habla de amor. Es probable que algo de amor haya habido, pero el silencio al respecto es claro indicio de su insignificancia para lo fundamental: ser madre. De hecho, en el lenguaje popular de las mujeres, enamorarse significa estar con un hombre para-tener-un-hijo. El amor no es el fondo del asunto. Es una circunstancia no indispensable y transitoria. El amor de fondo es el de madre-hijo.

El factor decisivo, de hecho, fue que el hombre parecía estar en condiciones de proveer el sustento y, además, ya había tenido hijos. Cumplía los dos requisitos

14 Alejandro Moreno Olmedo (2006). *Pastor celestial, lobo infernal, rebaño terrenal*. Caracas: bid&co.

principales: procreador y proveedor. Y así, mientras cumplió con ello, duró la relación. Cuando dejó de proveer, ésta se deterioró y terminó. No fue el primer candidato, pero los anteriores fueron rechazados. La expresión con la que refiere cómo su hermana, que en ese momento para ella sustituye a la madre, rechaza al último candidato, es significativa: «ella no me iba a poner a sufrir a mí... por complacerlo a él». En la unión el que se «complace» es el hombre, no la mujer. Para la mujer, la unión tiene otro significado. Hay aquí todo un sentido de la relación sexual y del placer que sólo indico, pero que claramente está en coherencia con el sentido completo de la familia popular. En el vivido-cultura del mundo-de-vida popular, el hombre no tiene que atender a la mujer sino a la madre y en cuanto madre, madre de sus hijos, los de-ella-por-él; en el *por* es en lo único en lo que puede considerar a los hijos también de él y llamarlos suyos. El candidato no es válido porque no garantiza la provisión y, por tanto, puede «poner a sufrir» a la mujer. Ella es el centro y la referencia principal.

Cuando entabla una nueva unión, también lo decisivo es la capacidad proveedora del hombre. Ella anda buscando cómo mantener a los hijos ya habidos y por eso dice: «tuve que enamorarme». Hay que destacar el *tuve*. Casi, o quizás sin casi, una obligación dictada no por las necesidades de la mujer sino por las necesidades de la madre. Al fallar como proveedor, de nuevo fracasa la relación. La disolución de las uniones no problematiza a la familia. La familia, madre-hijos, permanece sólida. El hombre, el padre, el marido, es prescindible.

Felicia, cuando finalmente puede proveer a la familia por su cuenta, decide no tener más maridos y se satisface plenamente en sus hijos.

Felicia, en realidad, no logra nunca formar pareja; es más, ni siquiera lo tiene en la mente. Lo que tiene en la mente es un hombre que ayude a los hijos y que le ayude a ella a criar sus hijos, un padre —procreador y proveedor— de los hijos de ella. Y así lo construye.

El padre real es construcción de la madre en la familia matricentrada. Lo que tenemos, pues, es un padre construido por la madre de acuerdo a la estructura de una familia en la que sólo existen la madre y los hijos de ella. Este padre maternamente construido es formado por la madre en los hijos varones y ellos se encargarán de realizarlo en su propia vida guiados, de nuevo, por las madres de los hijos que en ellas engendren. Parodiando a Felicia podemos afirmar: decir padre, ellos no serán eso.

Pedro tampoco conoce a su padre hasta que ya ha cumplido los cinco años. Desde entonces sí es una figura precisa pero flotante. Ansiado desde muy pequeño, el papá finalmente aparece y lo lleva consigo, pero «yo pensé que llegaba a un mundo mejor y prácticamente parece que no, parece que llegué a algo peor», dice. Entregado a la madrastra —los hijos son de las mujeres, madres o madrastras— no encuentra en el papá la protección necesaria contra los malos tratos. Acabará

abandonándolo y huyendo de la casa, después de muchas peripecias en las que pasa de una abuela a otra, abandonado reiteradamente en ellas por el padre.

Tanto en Felicia como en Pedro las vinculaciones con uno y otro progenitor son independientes entre sí. Están separadas, como lo están ellos, y son cualitativamente diferentes.

De este modo, y repitiendo para resumir, en la historia de Felicia, hija y luego madre, y en la de Pedro, aparece con toda claridad cómo es el padre desde la madre. A su propia madre Felicia recurre para tener información de él. Desde el principio, la respuesta materna es encubridora. Análogo es el caso de Pedro. Hasta que su padre aparece, recibe informaciones contradictorias sobre él. La abuela materna, que suple a la madre durante sus ausencias, le dice que ha muerto —es la primera información que también recibe Felicia— y que era malo. La mamá, en cambio, le dice que está vivo y que no es malo, aunque con ella se ha portado mal. La familia matricentrada se confabula para encubrir al padre y confundirlo. La madre —real o sustituta—, en principio, niega al padre, pero es a la vez la única fuente de información sobre esa figura negada. Así los hijos conocen al padre que la madre les presenta, el que ella quiere que conozcan. Cuando el encubrimiento fracasa —y fracasa siempre a la larga—, lo que un hijo logra saber de su padre, presentado por la madre, desde ella y con respecto a ella, es, como en Felicia, que la embarazó y la abandonó embarazada o poco después. Es la representación fundamental de padre que se ofrece a los hijos: ausente, procreador y abandonante. De esta manera, el padre no tiene sentido propio sino derivado —construido por— de la madre. El sentido está en la familia cuyo núcleo estructural es la madre. En él no encaja el padre y la madre lo enfatiza. Flota, pues, sin sentido familiar. Su sentido familiar está ya desde siempre y para siempre anclado en su propia madre.

Así, la madre entrena, forma, en los hijos —hembras y varones— la representación del hombre. Les dice lo que les interesa saber de él: un padre, un hombre, sirve para que la madre tenga hijos.

Esta ausencia, este borrar al padre como persona real, es obra de la madre, pero con la colaboración del mismo padre quien, por su parte, obedece al mandato de la cultura y se borra o, en el mejor de los casos, se desdibuja. Ahora bien, ¿qué es lo determinante en esta postura? ¿Qué es en realidad el padre-de-mis-hijos para una madre como la de Felicia que nos sirve de modelo?

Nos detenemos en la expresión de Felicia de que el Negro, su yerno, «viene siendo el padre del hijo de...». No es el padre de tal persona, de su hijo, sino del hijo de una madre. No es sujeto de paternidad, sino un instrumento, un añadido al nudo familiar en el que paternidad y maternidad en sentido pleno tienen como único sujeto a la madre. Padre en cuanto activador de la madredad concreta de una mujer. Para identificarlo, no se destacan sus atributos personales sino que

se lo identifica en relación con la mujer a la que hizo madre. La identificación viene de la trama materna de su hijo. En general, podríamos decir que la identificación no es individual sino relacional matricentrada. El sustantivo padre es sólo un nombre; denota un modo de implicación en la trama relacional, modo condicional y determinado por la madredad. La madredad determina el modo de existencia del padre. Cada madredad produce una oquedad de padre.

Cuando el hijo de Felicia, el que se inició en la droga y luego se recuperó, tuvo un hijo, le dice: «Ahora sí sé cuánto vale un hijo y cómo se quiere», indicando que al tener el hijo comprende el dolor que le causó a su madre. En ese momento él se vive como padre. Es ésta una reacción que se suele dar en los padres cuando asisten al nacimiento del hijo. Se identifican como padres, pero esa identificación no les dura, y el hijo siente el vacío de padre. Parece que al inicio hay una apertura a asumir la paternidad, pero si ese hombre actúa como padre entra en conflicto con la madredad omniabarcante, lo que viene a ser la condición para su expulsión. La madredad no acepta ser compartida ni desplazada. No acepta compartir ese mismo lugar y se vale de multitud de mecanismos enraizados en una larga tradición para que el padre se sienta fuera de lugar allí y, por lo tanto, no necesario.

De esta manera al padre le resulta imposible «vivir los hijos». Esta imposibilidad es, al mismo tiempo, un mandato de la cultura matricentrada que dice que así son las cosas, pero también que así deben ser.

La madredad misma se ha deshecho del padre, pero en lo más profundo lo añora, aunque discursiva y prácticamente lo rechaza y favorezca su inexistencia. En este sentido la madre está sola, sin un compañero que se le pueda ni siquiera comparar en importancia, pues su madredad omniabarcante no puede permitir abrir brechas y dejarlas ensancharse hacia fuera. Ella para todo, aunque toque a cada rato sus propios límites. Cuando busca colaboración, no participación en igualdad de condiciones, busca al hombre en cuanto le sirve circunstancialmente, pues el hombre es una circunstancia-para-la-madre y, en cuanto circunstancia, cualquier hombre puede servir.

Así, Felicia, para enfrentar sus límites ante los problemas que pueda presentarle cualquiera de sus hijos o de sus nietos, incorpora al cura del barrio, como incorpora a los maridos que ha tenido en cada circunstancia. Pero es ella la que ha de tener las riendas en la mano, sin participación del otro; ella discrimina recursos, los organiza; sin planificar, planifica. Podríamos completar su expresión: «Mis hijos no tuvieron padre» de la siguiente manera: «¿Y a mí qué? Me tuvieron a mí y conmigo sobra, y me tendrán para toda la vida hasta después de mi muerte». Y habrán de tenerla por siempre como ella decide que la tengan.

No sólo centra su vida personal en sus hijos hasta su muerte, sino también para después de ella. Después de su muerte no será una ausencia sino presencia

permanente y actuante, igualmente actuante que durante su vida, pues será el sentido vivo que alimentará el vivir de ellos como hijas-madres e hijos-hijos y que, pasando por ellos, se prolongará en sus nietos y en los nietos de sus nietos, no en una carrera de relevos sino en la vida eterna de esa madredad a la vez singular en cada madre y practicación primera, sentido de todo un mundo-de-vida vivo en el tiempo. Presencia en la profundidad del afecto: «Lo que siente es el corazón». Todo lo demás —el luto, la tristeza, el encierro— son no sólo superficiales y pasajeros, sino sin-sentido pues, si sigue viviendo en el afecto, no ha muerto en verdad. Sigue, pues, viviendo en ellos como vive en Dios a cuyo llamado sencillamente «hay que atender».

Así lo da a entender en las palabras que cierran su historia proyectando el fin de toda una vida hecha para los hijos:

Entonces, también les he dicho: El hecho que yo fallezca —porque yo tengo un buen traje porque a mí me gusta vestir bien— no es que me lo van a meter en el ataúd ¿Para qué? Vívelo, ténganlo, regálenlo, hagan de'l cualquier cosa menos metérmelo porque no lo voy a utilizar. La otra parte es que yo no quiero que vaya a haber la tristeza entre ustedes. Esto es algo que hay que pagarlo. Como Dios nos lo da, hay que entregarlo. Porque cuando Él nos llame, hay que atender el llamado. Yo no quiero que ustedes se vayan a cerrar de negro y aquella tristeza porque mi madre murió. ¡No señor! Yo viví mi vida. Así yo quiero que ustedes lo hagan; porque es lo lógico. Vestirse una persona de negro, yo lo veo inaudito ¿Va a revivir? Lo que siente es el corazón. Es más, eso es algo común. Eso no es cosa del otro mundo. Nosotros vinimos al mundo y tenemos que salirnos también, ¿verdad? Entonces yo no veo por qué al encierro.

En el proyecto inscrito en la familia matricentrada, en el mundo-de-vida y en la cultura, las riendas de la vida de los hijos varones se empuñan para que el hijo sea hijo-de-su-madre, esto es, igual a no-padre. Se espera, así, a un padre salido de la nada, de otro lugar, porque el padre no es de este mundo-de-vida y por ende no está ni siquiera en el inconsciente colectivo ni en la forma en que puede ser pensada la familia. El padre exigiría la superación del sentido funcional y abarcador de la practicación primera del mundo-de-vida. Así, podría constituirse un padre que fuera compañero igual y distinto, igual al hijo pero distinto de «mi» hijo, el hijo de otra madre.

Contrasta con todo esto la figura del padre en la familia de pareja, tal como la señala Mirla Pérez a partir de la historia-de-vida de Belén.

A lo largo de toda su historia, Belén presenta a su esposo, Gilberto, como padre de sus hijos en sentido pleno y lo compara con otros padres que, según ella, no son tales, pues «la alegría es pa' ellos, pa'llá; pa' cá (los hijos), pasar trabajo. Él no».

Belén vivió con Gilberto como esposo y como padre de sus hijos, en familia. Los hijos no desplazan la relación matrimonial, de pareja, de los esposos Belén-Gilberto, como sucede en la familia matricentrada. De este modo Gilberto se sale del parámetro de los otros padres, tácitamente irresponsables. Gilberto, en cambio, estará pendiente de los hijos.

En el lenguaje utilizado por Belén hay un aspecto que es necesario destacar por lo recurrente. Se trata del modo tan particular en una madre venezolana como nombra a los hijos: «Y él le decía a sus hijos». No son hijos exclusivamente de madre; no dice *mis hijos*, sino *sus hijos*.

Belén al decir sus hijos (hijos de padre), ella se desplaza como centro y coloca al padre como figura única central y, sin embargo, en el lenguaje está totalmente ausente la pareja. Los hijos lo son en un momento de la madre y en otro del padre, no aparecen como de la pareja sino como de él o de ella, no «nuestros». El uso del determinativo «nuestros» no tiene espacio en el lenguaje de familia en Venezuela, como efecto del predominio de la cultura construida sobre la familia matricentrada. La identificación de los hijos como de-padre además que de-madre es lo que interesa para el tema que estamos tratando. El lenguaje es el que tiene Belén a su disposición, el usual y acostumbrado en la cultura.

¿Pero cómo ve la madre Belén la relación de los hijos con su padre?

Ante todo, destacar, en primer lugar, una relación en la que las normas tienen sentido y se las respeta por el respeto que representa el padre. Los hijos respetan al padre. Se trata de un respeto con estimación, un vínculo bien definido entre el padre y los hijos. En sí, no es un respeto a la norma por ser norma sino un respeto a la persona del padre que la fija. Por eso será dependiente de cómo el padre la interprete, la exija o permita su infracción y en cuáles circunstancias.

«Cuando ellos se iban a fumar un cigarro, dice Belén, en la calle (esto es, tenían que irse a la calle), que andaban en la calle, que cualquiera le regalara un cigarro y se lo fumaban». No hay, pues, una internalización de la norma en abstracto porque en realidad la norma no es «no fumar» sino no hacerlo delante del padre, esto es, la norma es «respetar la presencia del padre».

La norma expresa en el discurso de Gilberto es: no beberán ni fumarán sino cuando el padre lo permita. Así, el padre no sólo es respetado sino que sirve de guía de conducta. Su presencia actúa como orientación en la vida.

«Bueno, y ellos bebían con Gilberto pero ninguno se arrascaba. Se hacían mierda, como ahora, que se arraskan delante de to'; los hombres», comenta Belén.

El padre tiene autoridad sobre los hijos hasta que éstos se casan. «Ya después que ellos se casaron, que tuvieron hijos, ya era distinto...». Belén está hablando de los hijos varones y al nombrarlos como casados inmediatamente complementa el estado con su constitución paterna: tuvieron hijos.

Reproducen el mismo modelo en el establecimiento de la familia: primero se casan y luego tienen hijos. La tradición se mantiene. Los hijos de Belén serán esposos-padres que generan una familia distinta a la de origen: «... ya era distinto... porque ya tenían familia propia». Una vez que sus hijos se casan las interacciones familiares de Belén y Gilberto disminuyen. La autoridad paterna se reduce a los hijos que quedan en casa.

Cuando envejece el padre, los hijos se preocupan por él y lo cuidan. En la familia matricentrada esto sucede con la madre, pero poco con el padre que en su vejez suele estar más bien solo o recogido en casa de una hija, no de un hijo.

Belén explicita el cuidado y la atención que tienen los hijos con su padre.

«Ellos le quitaron a él los chinchorros; le quitaron el cayuco». Gilberto es pescador. Una vez que los hijos pueden trabajar y ayudar al padre, lo hacen. El padre cesa en sus actividades de proveedor-productor. Quitarle el chinchorro y el cayuco, materiales de trabajo, es un acto simbólico cuyo significado está en la permanencia del vínculo paterno sin una relación proveedora.

«Lo operaron de los ojos, ¡porque mejores hijos que ellos con su padre! Ellos no tenían que salir malucos». No sólo se desplaza al padre de sus actividades productivas sino que se vela por su salud.

«Le vendieron todo y los cobres se los dieron pa' que él se diera gusto». La única inversión del padre son los materiales de trabajo, los hijos los venden, pero le dan el dinero de la venta. Lo interesante es la utilidad que menciona Belén: «se diera gusto»; esto es, disfrutara, gozara para sí el producto de su trabajo.

«... primero, el regalo pa' su padre». En las fiestas decembrinas, donde la ropa es un aspecto muy importante, los hijos visten al padre. Cada hijo le dará algo: zapatos, pantalones, camisas, etc., todo nuevo. Los hijos pueden ser pobres, pero comparten con el padre.

«No fueron malos hijos», concluye Belén. A continuación narrará en qué consistía la práctica de los hijos respecto al padre. Cada hijo llegaba de su trabajo y le daba una parte de los ingresos. Pilar coloca un orden a esta distribución; abre con el hijo mayor y va en forma descendente ubicando a cada hijo.

«Así que él no puede... (...) él decía que sus hijos a él no le habían hecho pasar trabajo...». Por un lado Gilberto estuvo siempre allí y, por el otro, los hijos fueron buenos con él.

La familia de origen de Gilberto es tradicionalmente matricentrada. Su padre es el tipo propio de esa tradición. Gilberto fue un niño huérfano de madre. Desde este relato de Belén, su padre biológico no hace de padre. Puede estar pero estará como figura tangente, no determinante incluso en una situación tan especial como lo es la orfandad. No se ocupará de los hijos. No les dará educación. Es un empleado del gobierno, por tanto, puede ocuparse de este aspecto tan im-

portante; sin embargo, no lo hace. Belén señala la acción de una de las hermanas de Gilberto: «No más que estudió una que se llamaba, que ya murió, Adela..., porque aprendió por ella sola. Buscó su libro y escribió y escribió y sabía bastante...». Gilberto no lo hará, pero sí la hermana.

¿La madre se da cuenta de que el hijo necesita padre?

Lo que aparece en las historias-de-vida y en el registro sistemático del vivimiento es la lucha de la mujer por construir marido. Si necesita construir marido, indirectamente necesita padre para el hijo, pues el marido es para que ella sea madre. La madre de alguna manera siente que debe construirlo porque la única posibilidad de que aparezca es siendo construido por la madre.

En la historia-de-vida Felicia dice refiriéndose a una de sus hijas: «... es que yo no la curpo de su pensamiento por lo que le... por lo que ella sienta del padre de sus hijos (...) porque el 99% de algunos padres si pensarán no hacen lo que hacen ahora; sus hijos...», y deja puntos suspensivos. Es como diciendo: bueno, si ellos se dieran cuenta de que sus hijos los necesitan...

En ella misma aparece muy clara la necesidad de estabilidad en la vida y para eso sería necesario un hombre, un marido, un padre para sus hijos. Es una necesidad de ella y sus hijos, no de ella sola, de ella como madre, no como mujer. Pero se trata de la necesidad, no del deseo, ni de un proyecto, ni de una voluntad de acción. Ahora bien, es una necesidad en último término frustrada.

217

Ese hombre, en efecto, se mantiene ahí no por tres meses, no por tres semanas, ni siquiera un año, sino por más tiempo. Son ciclos relativamente largos de convivencia. Cuando son muy cortos, nunca duran menos de dos años, por lo general. Después de este ciclo en el que el hombre sí cumple como proveedor, es factible buscarse otro proveedor porque existe la roca firme que es la madre; ella es la continuidad, lo intacto; lo otro es flotante.

Si el padre ni anuda ni desanuda, tampoco está anudado. En efecto, cuando Felicia le pregunta a Ernesta por «tu marido», esto es, el padre de ella misma cuando estuvo con su madre, ella le responde que no es su marido: «nosotros nos dejamos». No es ni marido de su propia madre, ni marido de la madre de sus otros hermanos. Está suelto. Solamente es su papá, pero ausente, suelto también. No existe una relación entre el padre y la madre, ni en su caso, ni en el de otras mujeres, ni tiene por qué haberla. Si acaso, debiera haberla con ella en cuanto hija suya, pero esta relación tampoco tiene posibilidad de existencia. En realidad, el padre tiene una única relación: con su propia madre. Pertenece a otra trama familiar, para Felicia desconocida.

Quizás allí, en su trama, pueda tener historia, pero en cuanto padre y marido, no; no puede hacerse la historia de un tránsito ni de la oquedad.

El padre desde el padre

Hasta aquí he desarrollado la vivencia del padre desde el hijo y desde la madre. ¿Cómo es vivido el padre desde el padre mismo, desde el varón que llega a ser padre?

En principio, el padre asume la figura diseñada por el mundo-de-vida en la madre: procreador, proveedor, instrumento circunstancial para que la familia suceda, a la que permanece externo.

Ya hemos visto todo lo que se refiere al machismo venezolano, con sus características particulares y las consecuencias y relaciones que tiene con la figura del esposo, del padre y de la pareja.

Se dan, sin embargo, en el padre, intentos claros de ir más allá de la figura diseñada por la madre, hacia una paternidad propia. Inmediatamente la madre los desbarata.

¿Quiere realmente el hombre ser padre? Si lo quiere, no le dejan. De hecho, una especie de paternidad vergonzante logra realizarla algunas veces con los nietos cuando reside, refugiado de su largo peregrinar, en la casa de alguna de sus hijas; raramente en casa de algún hijo.

La experiencia, el registro sistemático del vivimiento y las historias-de-vida, me dicen que los hombres en el fondo buscan hogar. Al principio buscan sobre todo—para eso los ha formado la madre—la relación sexual, pero en el fondo buscan algo más: una mujer a donde poder llegar, una mujer que los atienda como su mamá, reproducir y reencontrar el hogar materno del que siempre estarán nostálgicos. No lo encontrarán nunca pues, así como «madre hay una sola», para ellos «familia hay una sola, la materna» y «hogar hay uno solo». Ellos no están hechos para tener su familia. La familia es de la mujer.

Por otra parte, del hogar materno y de la madre deben salir. En la familia matricentrada late siempre el peligro de incesto, si bien no llega a realizarse porque el mundo-de-vida-cultura lo ha previsto y ha elaborado mecanismos muy eficaces de defensa (uno de ellos, el machismo). Así, cuando el hombre encuentra un hogar, que siempre evocará en su interior al materno, necesita imperiosamente abandonarlo, esto es, salir de la madre. De este modo se complementan la necesidad de la madre de mantener cerrada su familia a la posible competencia del padre y la de éste a abandonar.

El proceso comienza cuando el padre hace intentos de serlo en realidad. La madre, entonces, dispara la secuencia de mecanismos ya ancestralmente experimentados como eficaces para alejarlo, lo cual encuentra eco en la necesidad de alejamiento del padre mismo. Así, propiamente puede decirse que no es el hombre el que abandona, aunque siempre es el que carga con esa culpa, sino que es la madre la que lo expulsa.

Quizás en el padre hacia los hijos se dé más una obligación ética —dictada por el mundo-de-vida-cultura que ordena proveer— que un afecto paterno cuando, no obstante el alejamiento, mantiene con ellos algunos contactos.

Queda, de todos modos, el hecho de que, por lo menos al principio, cuando el hijo es muy pequeño, haya manifestaciones paternas de ternura, de orgullo por la propia masculinidad confirmada, de protección más que material, de afecto de padre, inmediatamente interferidas por los mecanismos defensivos de la madre.

Esto hace pensar en una especie de «huella» de paternidad presente en el hombre más allá de los dictados de la cultura, pero desactivada por la cultura misma, huella que, diríamos, intenta activarse desde lo profundo de cada padre, pero fracasa. No es necesario pensar en una «huella» antropológica de valor universal. Una «huella» que se instala en el momento mismo de vivenciar la ausencia del propio padre, en el vacío de padre que todo hombre lleva dentro.

La «huella-padre» desde hace algunos años, tal vez unos quince, parece estar activándose. Se da, en efecto, un fenómeno que no tiene precedentes: los numerosos padres jóvenes que, sin ninguna vergüenza, recorren las calles de nuestros barrios y nuestras ciudades llevando en brazos, con ternura, a su hijo pequeño. Esta explosión de la ternura masculina en público me parece una revolución cultural de la mayor importancia y en la que no percibo que se haya reparado. No es pura ternura; tiene también un componente exhibicionista: la orgullosa proclamación de la propia masculinidad en sus frutos, pero de todos modos, rompe un tabú que la cultura popular había observado escrupulosamente.

Ahora el cariño hacia el hijo, por lo menos mientras es pequeño —cuando crece, regresa la conducta a los esquemas antiguos—, ya no es exclusivo de la madre. En la práctica tradicional, este tipo de ternura estaba reservada a los abuelos. Había que ser anciano, disminuido en su machismo, para poderse la permitir. ¿Se anuncia en ello la aparición del padre, la activación de esa «huella»? Por lo menos, la semilla parece estar brotando aunque no llegue todavía a convertirse en planta adulta. ¿Qué la ha activado? Ciertamente hay un activador interno que es la vivencia del «hueco de padre» y la necesidad consecuente que ha encontrado cauce. Probablemente también un activador externo: los cambios de la sociedad global con la salida de la madre al trabajo fuera del hogar por necesidades económicas que obligan al padre a suplirla más de lo que le obligaban antes.

No hay que descartar, además, la mayor presencia de la Iglesia en los barrios en actividades dirigidas a la juventud. Mi propia experiencia me dice que aquellos jóvenes que formaron parte de grupos juveniles y tuvieron oportunidad de compartir experiencias y reflexiones sobre la vida en general, se distinguen de los demás por tener más sentido de padre y haber formado parejas —no necesariamente matrimonios— más estables y duraderas. Al respecto nunca se hizo

adoctrinamiento, en mi caso, pero sí se trató el tema cuando se presentaba espontáneamente. El permiso de exponer en público las propias vivencias y procesarlas, liberaba emociones y despertaba profundo interés. La prédica última de la Iglesia, dirigida más a la responsabilidad paterna que a la obligación del matrimonio, cae en terreno abonado y ancla en una experiencia sentida.

Algo parecido sucede con la pareja. La cultura no la ha producido hasta ahora. Si no se puede hablar de pareja, sólo puede hablarse de apareamientos transitorios, superficiales y circunstanciales, aunque en algunos casos puedan tener cierta continuidad en el tiempo.

No parece pensable una pareja entre una mujer-madre y un hombre-hijo. Sin embargo, hay signos claros, en el hombre y en la mujer, de su hueco y de su «huella». De hecho, después de cierta edad, pasados por lo menos los cuarenta años, cuando ya no están de por medio permanentemente los hijos, se da la pareja con mayor frecuencia. Quizás esté en la cultura la pareja como posibilidad tardía.

Podemos quizás permitirnos un pronóstico: estas dos «huellas» desactivadas pueden ser activadas por la dinámica de la misma cultura, mirando hacia el futuro, pero también por algunos activadores internos o interiorizados en ella. Los activadores, para activar, tienen que ser interiores o, si provienen de fuera, haber sido re-sentidizados dentro.

220

Si está apareciendo el padre, ello obliga a una mayor estabilidad de la pareja. Romperla es alejarse del hijo hacia el que ahora se tiene una más profunda relación de afecto. Esto mismo exige del hombre considerar mucho más seriamente que antes el abandono y reducir su «poligamia itinerante», para decirlo con palabras de Vethencourt (*Ídem*). La aparición del padre parece preceder a la de la pareja.

¿Será el hombre sólo eso, un instrumento circunstancial, en la familia matricentrada?

Como hemos dicho, y ampliaremos más tarde, en este contexto familiar-cultural no hay condiciones de posibilidad para la pareja propiamente dicha sino sólo para el apareamiento transitorio. La ausencia presente de padre es piso que falta. La no vivenciación de padre y, concomitantemente y por eso mismo, de pareja, forma al hijo para no poder tener-pareja a partir de lo vivido en la infancia. ¿La ansiedad de padre y su frustración no lleva implícita la ansiedad de pareja y, al mismo tiempo, su frustración proyectada?

Felicia, aun teniendo un padrastro no ha podido decir papá. La justificación sería que el verdadero papá es el papá biológico. Pero parece en el fondo que la excusa es que no puede existir el padre; entonces justifica su ausencia, diciendo: «No, es que mi papá tiene que ser el biológico». Pero tampoco ése existe; el verdadero significado es que no hay padre.

El padre como circunstancia también posibilita su negación. Hay dos condiciones: la amenaza a la madredad posibilita y es condición de negación del padre, pero a la vez el padre es una circunstancia que posibilita su propia negación. Y conocer simplemente al padre no es vivirlo, es informarse sobre él; eso es lo que se asume. Lo que aparece en toda historia y en todos los casos es eso: no se puede vivir. Es que no es vivido porque es imposible vivir lo que no puede tener sentido. En realidad el padre no sería un sin-sentido, un absurdo, sino un dis-sentido, o sea: un no-sentido.

Visto desde fuera, desde un mundo externo al mundo-de-vida popular, en el que lo tradicionalmente considerado como el concepto válido sobre el padre tiene una definición bastante clara, este panorama puede parecer muy problemático.

Es, ciertamente, la opinión más compartida y asumida por la mayoría de las élites de todo tipo en el país. Así, en un artículo de opinión (15 julio de 2005) aparecido en *TalCual*, la periodista Verónica Valentina lo expresa casi con lágrimas en los ojos:

En vísperas del Día del Padre, me parece pertinente una reflexión anticipada sobre la paternidad, aspecto, sin duda, esencial de la vida. En toda su historia, a Venezuela se le conoció tristemente como un «país de madres». Infinitos eran los casos de mujeres abandonadas con sus hijos. Sin embargo, como el tiempo da paso inevitable a la evolución, podemos reconocer que ahora —a Dios gracias— tenemos más conciencia y felizmente somos testigos de un mayor número de padres responsables que no se conforman con el cómodo papel de ser simples reproductores físicos.

221

En la misma línea podemos ubicar el poema de un estimado y bien conocido humorista venezolano, Aquiles Nazoa, que imagina, con un toque de humor negro, la carta que un hijo venezolano le dirige a su progenitor el Día del Padre:

*Así fue papaíto
cómo yo con tu ejemplo
aprendí a comprender
que un hogar es un templo:
hombre ya hecho y derecho;
hoy tengo mi hogar propio
donde de aquel modelo
totalmente me copio.
Y en prueba de lo dicho
te va esta poesía
que te estoy escribiendo
desde la policía.*

Para muestra de una opinión más seriamente fundamentada incorporamos aquí un texto del doctor Adrián Liberman, psiquiatra psicoanalista, aparecido en *El Nacional* bajo el título «Los nombres del padre».

Desde Freud, Lacan y Levi-Strauss sabemos que la presencia o ausencia del padre tiene diversos efectos en la cultura y en el individuo. El padre es el portador de la ley, en tanto pone límites al deseo, en tanto se introduce como tercero en la dupla formada por la madre y el hijo. La función paterna tiene como finalidad relativizar, poner coto, normar los deseos filiales y por tanto preparar el terreno para la introducción del individuo en la cultura. Esto es decir, facilitar el paso a un sistema de relaciones donde hay que tener en cuenta a los demás, si se quiere sobrevivir. Y esto implica también la noción de culpa, de concernimiento por el efecto de las acciones propias sobre los otros. Cuando esta función falla, en diferentes grados, la persona tiene dificultades consigo mismo y con los demás. Si se carece de culpa o si se cree que uno es merecedor de todo a cambio de nada, experiencias como la frustración o la posposición de los deseos pueden volverse algo insoportable. Y esto puede dar lugar a comportamientos violentos y antisociales.

Detrás de los planteamientos de los autores citados hay una psicología construida sobre la familia nuclear europea, no sobre la familia matricentrada, esto es, desde fuera, no desde dentro de esta última sobre el supuesto de que la familia nuclear europea es la familia como debe ser y la nuestra como anormalidad, excepción o infuncionalidad.

Liberman, sin embargo, concluye su artículo con una reflexión que es importante destacar porque se percibe en ella un acercamiento comprensivo a nuestra realidad:

Para que todo lo anterior no sea leído como un alegato clasista y discriminatorio, es importante decir que si la madre introduce la ley, es decir la función paterna, mucho de esto puede que no ocurra, pero no cancela la pregunta acerca de la hiperpresencia de la madre en contraste con el borramiento de los hombres en la conformación de muchas de nuestras familias.

Visto, en cambio, desde dentro, no representa otra cosa sino el complemento necesario para la comprensión completa de la estructura coherente de la familia matricentrada. Las fallas, defectos o deficiencias que puedan atribuírsele han de ser definidos desde esa misma estructura y no desde criterios de sistemas de valores pertenecientes a culturas poseedoras de otro tipo de familia.

Si nuestra familia, en todos sus componentes y en su estructura constitutiva, es otra y distinta a la familia considerada como natural en la cultura occidental, dada la mutua dependencia entre familia y cultura, tenemos que pensar ante todo que la cultura de nuestro pueblo es diferente a la cultura moderno-occidental y sacar las consecuencias. Pero, más allá de lo que ordinariamente se entiende por cultura, lo característico de nuestro pueblo es otro mundo-de-vida

La figura del padre que he someramente delineado, aparte de ser coherente con la totalidad de nuestra familia «típica», ha sido funcional para la convivencia hasta el presente. Guiados por otros conceptos, juicios y prejuicios, es casi un tópico atribuir a nuestro padre «típico» la causa principal de los males que se detectan en la educación de los jóvenes, la delincuencia juvenil y hasta en la irresponsabilidad política de nuestros líderes.

Este padre no ha aparecido en los últimos tiempos. Ha estado presente a lo largo de nuestra historia y, sin embargo, la gran mayoría de esos males, sobre todo los juveniles, no se habían presentado. Un razonamiento científico de lo más clásico basta para comprender que la aparición de nuevas variables dependientes debe atribuirse a nuevas variables independientes o a la variación esencial de las anteriores. Es probable que los problemas juveniles de otros países tengan que ver precisamente con la pérdida de la firmeza del padre entre ellos tradicional. Eso, es claro, no permite extrapolar a otro padre, el nuestro, los problemas que el de ellos puede estar produciendo. Una vez más, hay que decir que nuestra investigación no puede simplemente reproducir y replicar investigaciones extranjeras, y no por simple chauvinismo sino por exigencia de la realidad misma.

Nuestra familia, y en ella nuestro padre, tiene sus límites propios, como otras familias y otros padres tienen los suyos. Es importante concentrarse en la comprensión de la distinción entre unos límites y otros. Tiene, a la vez, sus propios mecanismos internos y sus propias orientaciones de cambio. La «huella» a la que me he referido parece pertenecer a esta apertura al cambio, un cambio que será según la dinámica propia del mundo-de-vida. El mundo-de-vida popular y sus estructuras son realidades históricas, no esencias inmutables.

La necesidad de padre proviene de una huella de padre inscrita en la madredad. Lo mismo sucede, en plena relación, con la pareja. De ambos (padre y pareja) se vive sólo una profunda necesidad provocada por sus huellas.

El vivimiento de esta necesidad relacional no ha producido hasta ahora un proyecto espontáneo y cristalino ni de pareja ni de padre. El padre y la pareja desentendizados que tenemos están producidos en la des-activación de esas huellas, pero no por su negación. El padre no tiene otra alternativa, si es que encuentra ésta, que construir su «padredad» en una encarnizada lucha contra la cultura y en un espacio extraño e irreconciliable con el vivimiento en madredad, puesto

que el padre requerido por la madre es ciertamente un padre matriado, construido por ella y a su disposición.

Las riendas de la familia están en manos de la mujer: el hogar y la relación de pareja son de-ella. En «la pareja» el hombre ha de ser domesticado, esto es, traído al hogar y al acontecer de la pareja a la manera que la mujer requiera; y es ella quien in-forma al padre-pareja mediante miles de complejas y sutiles maneras y maniobras para otorgarle un sitio específico en el acontecer familiar. Todo ello, sin embargo, discurre en el vivimiento, sin necesidad absoluta de la conciencia para el hombre, pero no sin ella para la mujer. Ella actúa, con intención o no, el vivimiento popular.

La masculinidad del varón venezolano, y por ende su sentido de la paternidad y de lo que para él puede significar constituir pareja, presenta muchas inquietudes y preguntas en todo investigador y en todo el que se preocupa por comprender la realidad popular venezolana y colaborar en el progreso de nuestra sociedad. María Auxiliadora Banchs Rodríguez plantea algunas en un artículo publicado en la web (uvigo.es/pmayobre), a partir de un amplio conocimiento de los trabajos del CIP:

En una sociedad matricentrada como la nuestra, cabe preguntarse ¿cuáles es el papel del hombre en el hogar?, ¿cómo viven esos hombres su paternidad?, ¿cómo las modificaciones derivadas de los cambios paradigmáticos finiseculares los afectan?, ¿cómo podemos transformar esas relaciones hombre-mujer, dentro y fuera del hogar, con miras a identificarlos en la meta común de salir de su situación de opresión, de hambre? ¿Cómo convencer a unos y a otras de que es más importante salir de la desesperanza unidos, en una relación horizontal, que permanecer en ella, desunidos en una relación de poder vertical hombre- mujer? ¿Cómo, en fin, para recurrir a Maturana (1997) convencerlos de que es más importante el amor que la jerarquía y el poder?

¿Cuáles es la ubicación familiar del padre, su pertenencia?

Para ubicar a su propio padre, Pedro recurre al espacio del poder. Es ahí, en el círculo del poder, donde tienen presencia el abuelo paterno y su hijo, los primeros hombres que aparecen en su historia-de-vida. «Mi abuelo era el comisario del caserío. Mi papá era uno de esos... de que, como era hijo del comisario, hacía y deshacía».

Los hombres aparecen, pues, fuera de la trama familiar propia, en un espacio externo, y, en primer lugar, en el del poder. El poder es el ámbito de sentido para hablar del padre, un ámbito tan externo a la familia como el padre mismo. Ambos, padre e hijo, ejercen un poder incuestionado y arbitrario sobre la comunidad. El más arbitrario es el del hijo, el padre de Pedro, pues no tiene cargo. Ejerce el arbitrio fundado en el poder de su padre. No puede ser un poder fundado en la

comunidad porque la comunidad es de mujeres, de madres. En el poder se crea el espacio masculino-paterno, externo y tangencial a la madre.

Este abuelo volverá a aparecer sólo en el momento de su muerte. Es la historia del hombre: cuando tiene hijos y cuando se muere. Es ése su significado central: hacer un hijo a la mujer y morirse.

En el caso de Felicia sucede del mismo modo: aparece cuando la produce a ella como hija y luego cuando se muere. El padre de Pedro, quien no muere físicamente sino en el relato de la abuela materna, transcurrirá su vida hasta el presente perdiendo siempre más y más significado familiar; su historia será un recorrido hacia la muerte total de significado. Punto de partida y punto de llegada; lo que está en el medio no cuenta o cuenta cada vez menos. Y eso a pesar del poder. El poder en la vida, en el vivimiento popular, no significa, es sólo escena, representación, espectáculo no obstante sus efectos.

El enamoramiento del papá entra en este contexto de poder arbitrario: se lleva a la mujer. Ésa es una de las cosas que él «puede» hacer: llevarse a una mujer, como llevarse un caballo, apalea a un campesino o meterlo preso. Hace y deshace. Llevarse a una mujer no es una acción especialmente significativa; es una más entre las acciones que hace y deshace. Una especie de rapto. Por lo menos así lo expresa la forma en que se dice, aunque no es un rapto propiamente dicho pues ha de suponerse el consentimiento de la mujer.

Esa especie de «rapto» es la manera común, tanto que se diría la práctica cultural, de «ponerse a vivir», que no implica un compromiso de larga duración con efectos jurídicos y sociales como el matrimonio. Es la iniciación de la mujer a la madredad. En este sentido, el rito matrimonial para formar pareja es sustituido por el rapto en cuanto rito iniciático para la mujer. Por su mediación clausura su hijidad-de-madre y pasa a la madredad-de-hijo. Si bien el rapto aparece como arbitrio del hombre, está al servicio de la madredad de la mujer pues no producirá padre sino engendrador, función necesaria pero transitoria; lo permanente será la madredad generada a partir del rapto. Por lo mismo, el verdadero sujeto va a ser la madre.

Primero es el avasallamiento. El hombre llega y avasalla; se lleva a la mujer. Es la conquista del conquistador. El sujeto de la acción, que no es una acción de amor sino de poder, es el «hijo del comisario». Todo está narrado en términos de poder: «entonces llegó... y se llevó... pa'llá».

Pedro es hijo del poder paterno y del fundamento materno. Así, la paternidad se inscribe como contrapoder ante la abuela materna: «mi abuela no quería a mi papá». Él se impone contra ella. El poder del padre y el padre como poder.

A la larga, sin embargo, el poder verdaderamente eficiente y con efectos determinantes va a ser el de la madre, la abuela materna de Pedro. El poder arbitrario del hombre es un tanto espectacular y avasallante, pero de superficie y transi-

torio; el de la madre puede retirarse y «pasar agachado», pero, con el tiempo, es el que funciona. De hecho, la abuela sacará al padre de Pedro tanto de la vida de su hija como de la del nieto. Si Pedro es, del lado paterno, hijo del poder, lo es de un poder muy débil, tanto que no servirá para defenderlo a él de otras arbitrariedades y, por eso mismo, Pedro lo abandonará.

El hombre se lleva a la mujer, pero, una vez en la casa, no es ella la que vive con él sino él el que vive con ella. Ésta es la forma de decir —«mi papá vivía con mi mamá»— que la familia y el hogar son de la madre.

Padre y madre hasta ahora, en el discurso de Pedro, son inconcebibles como pareja autónoma: están juntos con relación al poder y a la existencia del hijo, pero no forman una unidad. Pedro afirma a su madre y a su padre, cada uno por separado, no a una hipotética pareja que le diera la vida. Viene a ser un híbrido de poder y madre, pero, aunque parece que el poder somete a la madre, ésta acabará siendo el verdadero sujeto significativo en la familia y en la vida del hijo. De aquí en adelante el padre aparece supeditado en significado a la madre y como paciente de sus acciones.

Pedro nos dice que su papá se enamoró de su mamá, pero en ningún momento nos dice que ésta se hubiera enamorado de él. En los siguientes episodios de la historia, en los que la madre de Pedro establece una relación con un hombre, y son muchas, son éstos los que se enamoran, según la narración. La madre los acepta cuando «le daban» a sus hijos. Esto plantea una pregunta que recurre insistentemente en todas las historias-de-vida populares: ¿Se enamora la madre venezolana? ¿De quién se enamora? ¿Será que su verdadero amor son sus hijos? De hecho, se habla también de que la madre se «enamora», pero siempre para explicar que concibió un hijo de un hombre.

«Eso es lo que me han contaó hasta ahora». ¿Quién ha contado? Esta parte de su historia le es narrada a Pedro por su madre y su abuela. Historia contada desde la madre, desde esa trama de relaciones abuela-madre en la que discurre su primera convivencia o su convivencia primera. Igual que en la historia-de-vida de Felicia, es la madre —las madres— la que ubica al padre y lo cuenta al hijo. El hijo conoce al padre producido por la madre; no otro. Es el padre como figura social en discurso matricentrado.

¿Quién vivía con quién? Este tema se repite en las historias-de-vida, pero siempre con el mismo sentido: «vivía con mi mamá; se la llevó pa' su casa», dice Pedro. Si se la llevó para su casa, entonces ella vivía con él; eso sugiere la lógica del discurso, pero la lógica del mundo-de-vida popular es otra. Por si hacía falta, lo repite inmediatamente: «o sea, mi mamá ya pasó a vivir con mi abuela».

El papá de Pedro no tiene casa —ningún papá la tiene—, vive en la casa de su mamá, esto es, de la abuela paterna de Pedro. Las casas son siempre de las muje-

res, no de los hombres, aunque ellos las hayan pagado o construido. A Pedro en ningún momento se le ocurre decir que su mamá pasó a vivir con su papá o que pasaron a vivir juntos. La casa es el lugar donde «vivían mis abuelos», ambos, en plural. Pero este plural también es aparente, pues la mamá de Pedro vive con la abuela —«pasó a vivir con mi abuela»—, no con el plural, con los dos.

La madre, en este caso la abuela paterna, es el verdadero sujeto del hogar y de la familia. Esta se constituye esencialmente como una columna de madres. Ello significa que el padre está ordenado a la madre. Aunque el padre se lleva a la madre, el discurso narrativo pone al padre en dependencia de la madre, pronunciando así la verdad del sentido, aunque no sea, temporalmente, la verdad del acontecimiento. No importan los hechos; lo que importa es el significado y, en el significado, la madre es el verdadero sujeto de todos los hechos.

Por otra parte, Pedro sitúa a su mamá en solitario con respecto al hombre, a su papá y a los que vendrán después. Tanto es así, en este momento, que hay que preguntarle si el hombre vivía con ella o la visitaba. En realidad es el cohistoriador el que los está pensando como posible pareja; Pedro no tiene conciencia de que estuvieran juntos en convivencia, no los logra juntar como pareja. Parece no poder pensar en el amor como lazo que une a sus padres; de hecho este amor ni se nombra. Se ha nombrado sólo el enamoramiento del papá.

¿Cuál era el papel que desempeñaba el papá?

Dice Pedro: «Mi papá por mí era el que daba... me quería mucho, que tal y que esto y que lo otro... pero como en aquel tiempo él tenía muchas mujeres...». El padre provee al hijo, no a la mujer —no hay pareja—; la mujer, por tanto, no recibe para vivir a menos que se mantenga de lo que recibe el hijo.

Esto es lo que suele suceder: el padre provee por el hijo por un tiempo, hasta que la madre se las arregla para mantenerse y mantener a su hijo. Si la provisión por parte del padre parece ser más una solución que un problema, es en realidad un problema para el futuro, para cuando él deje la relación y se vaya con otra mujer. Es el problema siempre renovado de las mujeres y es lo que se anuncia en el futuro inmediato para la madre de Pedro. El problema no es que existan otras mujeres en la vida del marido, sino que, por eso mismo, ella puede ser abandonada con su hijo, o tendrá que irse, y cargará con todo el peso del sobrevivir.

Pedro dice que su papá «le quería mucho». Ante todo, ese querer está entre muchas otras cosas, con lo que pierde su fuerza, su consistencia, al situarse entre una variedad de posibilidades como una más de ellas. Y así, la afirmación va seguida de un «pero» que la relativiza.

No sólo esto es propio del padre biológico sino que a lo largo de su vida, en todos los otros padres que Pedro ha tenido, el ser proveedor parece ser un instrumento que el mismo mundo-de-vida popular ha creado y le ha puesto al padre en

las manos para que exprese su cariño a través de él. Así, cuando provee le está diciendo al hijo que le quiere. Del mismo modo, en la historia-de-vida de Felicia, la señora que le habla de su padre, concluye: «pero a mí no me dejó nada». A Felicia, por su parte, no le dejó ni su fugaz presencia. La misma conducta y función podemos encontrar en los padres de sus hijos.

En el padre, pues, proveer y cariño, están fusionados, pero el cariño lentamente se va desvaneciendo a medida que pasa el tiempo. Queda, sin embargo, en el fondo como el rescoldo bajo las cenizas.

A Pedro, de hecho, lo deducimos de su historia-de-vida, su papá lo ha querido siempre, pero a la manera en que un padre popular puede querer a un hijo, siempre a distancia y más como recuerdo que como afectividad presente. Por eso le ha fallado repetidamente y en distintas circunstancias. Es interesante que ya de mayor, cuando la mujer con la que hubo de casarse, primero lo abandonó y luego murió, busca la relación y el afecto de ese hijo del que casi siempre se mantuvo distante. Cuando avanza la edad, parece que el hombre popular venezolano tiene permiso cultural para intentar una última oportunidad de ejercer como padre.

Pedro dice que su padre le quería, pero no dice que quisiera a su mamá. Dice, sí, que se enamoró de ella —le hizo un hijo—, pero no que la quisiera. De hecho, se da en un contexto de «muchas mujeres». Esta distinción entre enamoramiento y cariño, replantea el problema de la pareja; da la sensación de que no hay pareja tampoco en este caso y provoca por eso mismo la pregunta que le hace el cohistoriador por si vivían juntos.

¿Cómo puede vivenciar Pedro, y representarse, el cariño, la afectividad amorosa, del papá, si la única experiencia en ese sentido que ha tenido es la de su mamá? Desde el principio, en los primeros años de vida, no ha experimentado cariño «paterno», masculino-paterno, sino sólo ternura materna. Su afectividad es una afectividad «maternizada». A lo largo de toda su historia-de-vida esto se verá con claridad. Habrá experiencias de afecto paterno, sobre todo de padres sustitutos, pero serán «tardías». Es la vivencia de todo hijo de familia matricentrada: la afectividad amorosa está «maternizada», tanto la que se recibe —y, si es de otro tipo, se la resignifica en el esquema materno, inevitablemente— como la que se da; será masculina pero también a lo materno. No hay marcos referenciales para el cariño paterno.

¿Será por eso por lo que, tradicionalmente, el padre venezolano no se ha permitido manifestaciones de cariño con los hijos, especialmente varones? Si todo cariño está «maternizado», ¿no generará sospechas de algún tipo de homosexualismo? Si ello es así, es digno de admiración el cambio que estamos viendo en los jóvenes padres populares desde hace unos años: las muestras de cariño paternal en público para con sus hijos a los que llevan en brazos sin ningún reparo. Una autén-

tica revolución cultural que quizás esté anunciando la próxima aparición del padre en el mundo-de-vida popular.

En contra de lo que hallábamos en Felicia, en la que veíamos que la madre es el sentido pero no el modelo, aquí el padre aparece como modelo pero no como sentido. Así, Pedro tiene la posibilidad de aceptar a varios hombres como padres porque justamente está construyendo un modelo de padre que es el que él piensa o tiene proyectado ser.

Tenemos ya dos cualidades que definen la figura del padre, en el relato de Pedro, que nos sirve de paradigma para comprender la experiencia del padre popular venezolano: engendrador y proveedor, la primera absolutamente imprescindible, la segunda mientras no la asuma la madre. La tercera característica, es que «tenía bastantes mujeres», la dispersión sexual. El poder que le da el ser hijo del comisario lo dispersa en la arbitrariedad de los actos. Del discurso de Pedro parece que el poder derivado de su padre, sólo se ejerce sobre las mujeres, esto es, en cuanto le permite numerosas conquistas. De hecho, Pedro no habla de otro ejercicio de poder. Es en lo sexual en lo que «hacía y deshacía». Si no era el único ámbito de su poder arbitrario, es el único que se destaca en la narración que le ha sido transmitida a Pedro. Es lo típico del machismo venezolano que se expresa sobre todo en la dispersión sexual.

Si ello es, por una parte, favorecido por su pertenencia al poder, se convierte, por otra, en su debilidad. En una de esas, comete un error irreparable y tiene que someterse a la ley: lo casan. Una de esas mujeres es menor de edad e hija de otro poderoso, si no político, sí económico, un terrateniente del lugar. Sea cual sea el motivo, la realidad es que el hombre no decide sobre la formación de su familia. Por lo menos así es percibido: no se casó, lo casaron.

De todos modos el matrimonio aparece como una acción involuntaria, impuesta. También a Felicia «la casan». De hecho, en el pueblo, muy pocos son los que se casan. ¿Será que el matrimonio pertenece a otro mundo-de-vida, a otro sistema de significados?

La expresión de Pedro, cuando dice que su papá tenía muchas mujeres, es: «mi papá, claro, como era el hijo del comisario, él hacía y deshacía...». Hay en esta expresión un «claro» que merece la pena analizar. La conducta del padre en ese «claro» aparece como si dijéramos: «de cajón», esto es, no propiamente un reproche, ni una condena moral, sino la comprensión, explicación y aceptación de un hecho lógico de la vida en el mundo-de-vida popular, algo aceptado y establecido por la cultura.

Sin embargo, esa dispersión sexual y afectiva del padre, es vivida en Pedro como la expresión vital de una especie de destino: el abandono, que es la experiencia de los hijos en la familia matricentrada. La dispersión es el inicio de un

proceso que necesariamente desemboca en el desencuentro con los hijos. Esto es lo que ha pasado con Pedro. No podemos afirmar que Pedro tenga problemas con el perfil moral del padre, pero sí vive la dispersión de su papá como condición para su abandono. De hecho, años después, el papá le presenta otra mujer, con la que también vive al mismo tiempo que con su esposa, y se lo confiesa sin aparentes dificultades. Pedro, más bien, es su confidente y su apoyo en eso. Pero experimentará de nuevo el abandono del padre por una mujer que no es su mamá. Parece que, desde ahí, Pedro empieza a pensar como «claro», como «de cajón», que los padres abandonen a los hijos.

Al empleado del Servicio Panamericano de Protección, con el que tendrá un determinante encuentro al que nos referiremos más adelante, el niño Pedro le pregunta si lo cambiarán algún día. Ante la respuesta afirmativa, el niño asiente: «okay». Este «okay» es como el «claro» del abandono, comprensivo, resignado y, en cierto modo, cómplice. El padre está hecho para abandonar.

En este sentido el episodio de este señor es muy significativo, pues en él se revela la huella de «padredad» en el hombre venezolano de la que hemos hablado y en él pone Pedro niño, una vez más, su esperanza de hijo. Está en el mismo ámbito de sentido que su padre de sangre: la fugacidad de un paso, de un trabajo itinerante, de alguien sin lazos. Todo ello constituye una marca que nos guía para comprender la historia-de-vida de Pedro y el mundo-de-vida popular: los padres abandonan a los hijos.

El abuelo materno, no tiene nombre y de él no se habla directamente sino como marido de la abuela, quizás por irrelevante. Veámoslo:

Se la llevó (la abuela materna a su mamá) pa' la casita que tenían entre Arica y Tapire. Porque nosotros estábamos viviendo en Tapire. Entonces, se la llevó pa'llá. Parece que mi abuela en ese tiempo era una señora que trabajaba mucho; y tenía propiedades. O sea, tenía más o menos dinero. Y vivía con un señor que también más o menos. Bueno, por eso era que tenían propiedades, porque más o menos tenía, ¿no? Y la envidia... O sea, otra mujer del señor... Porque parece que ahí hubo cosa ahí y mandaron a matá al tipo (el tipo es el abuelo materno de Pedro, así se refiere a él). Lo mataron, pues; lo apuñalaron y lo mataron, al esposo de mi abuela, sí, que es el que tiene tres hijas en él, y son huérfanas. Y entonces, le mandaron a incendiá la casa a mi abuela. Y todas las propiedades que tenía se le quemaron. Porque mi abuela hasta sin papel quedó. Mi abuela vino sacando papel ahora poco. Ella era indocumentada. Vivía aquí y era indocumentada. No tenía cédula. Como no sabía leer ni escribí... Ni mi mamá tampoco. Bueno, de ahí ellas y que se mudaron pa' un caserío que se llamaba, se llama, Santa Marta, pa'cá, pa' Carique. Eso fue lo que ellas me contaron.

La expresión con la que Pedro lo presenta como padre de su mamá es, una vez más, gramaticalmente confusa pero muy clara para transmitir el significado: «que es el que tiene tres hijas en él». Evidentemente, él no puede tener tres hijas en sí mismo. Eso no es lo que Pedro quiere decir. Lo que se quiere decir, sería algo así como: «es en el que ella tiene tres hijas». Lo más correcto sería: «es del que ella tiene tres hijas», pues el «en» corresponde más a la madre, al útero, que al padre. Pero el error, para el significado, es luminoso. En efecto, Pedro está presentando al señor; por eso lo constituye en sujeto de la expresión. Pero, como se trata de familia y de hijos, ese sujeto no resiste hasta el final de la frase; inmediatamente se introduce un nuevo sujeto, la abuela, el verdadero sujeto de los hijos, que se apropia de la acción de tener tres hijas y lo desplaza convirtiéndolo en complemento circunstancial de lugar. El sujeto abuela no está nombrado, está implícito, pero con una tremenda fuerza.

Como se ha dicho, ese complemento de lugar para un padre no es el adecuado. ¿Por qué está ahí? Porque hay otra manera de entender la frase: «es el que tiene tres hijas en ella». Esta forma corresponde al correcto lenguaje y correcto significado en el seno del mundo de la cultura «oficial», lo que llamaríamos la tradición occidental, en la que el padre tiene hijos en la mujer. En el mundo-de-vida popular, el padre no tiene propiamente hijos; los hijos son de madre. En la expresión de Pedro se sobreponen los dos lenguajes, lo cual produce el error gramatical, un error luminoso en cuanto en él triunfa el significado popular y en él se muestra la estructura de la familia matricentrada. Dice, así, no la verdad oficial, sino la verdad popular.

Esto lo encontramos constantemente en el lenguaje popular. Cuando se quiere hablar del hombre, en referencia a hijos y familia, no se puede. Se empieza poniendo al hombre de sujeto, pero ese sujeto no resiste, no aguanta la presión del verdadero sujeto, el fuerte, la madre, que lo desplaza a funciones complementarias. También el lenguaje es matricentrado.

Cuando Pedro, para explicar la pobreza de la abuela se refiere a las propiedades del abuelo materno y de ella misma, no lo hace con mucha claridad. ¿Quién tiene en realidad las propiedades? Parece que los dos, pero el principal sujeto es la abuela y, al final, muerto el hombre, al parecer, quedan en su poder. Si no eran de ella, debían estar a su nombre las de ambos, pues, al no haber matrimonio, las del señor debieran haber pasado a otros. El dato, de todos modos, no importa mucho. Lo significativo es que en la percepción de Pedro, producto de lo que le han contado, la verdadera propietaria es la abuela. Es lo que corresponde al mundo-de-vida popular.

En realidad, la propiedad, en el hombre, parece itinerante. Parece como si el hombre siempre anduviera con un saquito. De ese saquito él es propietario. Él pasa

por las mujeres, pasa por la propiedad; sólo le queda el saquito. Sus propiedades son de las mujeres también. Cada rancho que hace, es de la mujer de turno, cada utensilio que compra, lo mismo, cocina, muebles, cama... excepto el saquito, un saquito con ropa. Cuando se va de la casa, se va con su ropa.

De toda la experiencia cotidiana del mundo-de-vida popular, del vivimiento, de la totalidad, además, de la historia-de-vida de Pedro, se deduce una pregunta inquietante y angustiante: ¿Qué tiene el hombre? No tiene ni mujer, ni hijos, ni casa, ni lugar en la casa en que vive. La pertenencia del hombre, exceptuando a su propia madre, resulta ilusoria y fugaz. La mujer es madre-de-hijos, no esposa ni compañera, los hijos son hijos-de-madre y no de padre, la casa es casa-de-madre. Jamás el hombre aparece enlazado a estas pertenencias que son de la madre. Se pudiera decir que le pertenece el trabajo, pero el trabajo aparece como referido, en fin, a la provisión de la madre de sus hijos, que eso es el hogar. El hombre, al vivir y practicarse como hijo, no es sujeto de pertenencia, pues la madre es el sujeto de pertenencia y no el hijo. En particular, referido directamente a Pedro, el hecho de que la abuela se quede sin propiedades porque le quemaron los papeles, indica que la propiedad del señor, en los papeles, era de ella.

Según el relato que llega a Pedro, en el empobrecimiento de la abuela y, por lo mismo, de su mamá y de él, tiene influencia decisiva la envidia como sentimiento negativo. Sin embargo, la acción criminal proviene de «otra mujer del señor». Según esto, toda la violencia es atribuida a «otra mujer del señor», pero no a una identificada con precisión. En efecto está subsumida en un plural indeterminado: «mandaron a matá...». Tampoco están claras las razones: «hubo cosa ahí...». De todos modos, esas razones se conectan sin duda con las consecuencias de la dispersión sexual, del machismo del hombre.

Si el señor era rico, por lo menos hasta cierto punto, esa «otra» mujer, con la que ciertamente debía tener hijos, consideraba injusto que nada quedara para ella. Se cae así en la maraña de las intrigas, tejemanejes, odios y agresiones frecuentes en los campos cuando hay propiedades de por medio y dispersión sexual del propietario. Efectos del machismo. ¿Qué revela todo ello? La fuerza de las madres en todo el espacio de las relaciones sociales, incluso de las económicas. La familia matricentrada no puede ser obviada si se quiere entender a la sociedad venezolana tanto en la ciudad como en el campo.

La propiedad, especialmente la casa, es de la madre. Pedro nace, según su expresión, en el umbral de la puerta de la casa de la mamá, pero en realidad era la casa del papá. Aunque haya sido en la casa del papá lo narra como en la casa de la mamá. El lenguaje porta en sí el mundo-de-vida, aunque las realidades físicas sean distintas. Lo físico no implica. La casa puede ser del papá, pero, cuando está la mamá, es la casa de la mamá. Ése es el lenguaje porque ésa es la cultura y ése es

el mundo-de-vida. La realidad física no tiene significado propio, físico. A la realidad, le dan el significado la cultura y el mundo-de-vida. Por eso, para la comprensión, no importan los datos sino los significados.

En nuestra cultura la verdadera interpretación del mundo está en la madre. Es posible que haya otras interpretaciones del mundo, pero no son verdaderas. La verdad es la que maneja el mundo-de-vida y la que se maneja en él. La verdad está en el lenguaje de la madre. La madre habla el mundo-de-vida y el mundo-de-vida habla sólo, o casi sólo, por la madre.

Así como un hombre cambió la vida a la mamá de Pedro, un hombre se la cambia a la abuela, a su mamá de nuevo y a él. Uno y otro hombre pasan; la familia se recompone desde las mujeres y así permanece, familia sin hombres, de madres e hijos. La familia está en la mujer y la mujer recompone a la familia. Aunque la mujer pague las culpas del hombre. El hombre será siempre, además de prescindible, culpable. Como culpable —¿por qué tiene que tener otras mujeres si ya tiene una?— se merece lo que le ha sucedido. La madre, que nunca se merece nada malo, que nunca puede ser culpable, tiene que pagar su vagabundería. Por eso ella es la verdadera víctima y por eso él se borra y no es víctima: porque es culpable.

Además, de lo que dice Pedro, ese señor no duele, no le duele a nadie. La que duele es la abuela, esto es, la madre, la familia. Un ligero indicio de que a alguien le puede doler algo el hombre aparece sólo en ese fugaz: «y son huérfanas». Las consecuencias del machismo del hombre, bien claras en este caso, contradicen la enseñanza que el mundo-de-vida, y la madre en él, imparte a los jóvenes para que sean machos, esto es, que la dispersión sexual no tiene consecuencias mayores para ellos.

El padrastro

En la familia matricentrada el padrastro es una figura tan presente o más presente que el padre. Puede decirse que la mayoría de los venezolanos han tenido la experiencia de ser hijastros de niños y jóvenes y la de ser padrastros en la adultez. Dada la estructura de este modelo de familia, en el que la figura permanente y siempre presente es la de la madre, el padre o no está presente o su presencia es transitoria e inestable. Así, cuando el padre deja a la familia, sea para formar otra o simplemente para incorporarse en una ya formada por madre e hijos, ordinariamente la madre vuelve a formar pareja con otro hombre, el cual se convierte así en padrastro de los hijos que ya tiene esa madre.

Muchas veces este padrastro es el segundo e incluso el tercero para los primeros hijos de la mujer que van experimentando padrastro tras padrastro, de modo que en la familia concreta puede haber hijastros con tres o más padrastros en su vida, hijastros con dos e hijastros del último llegado al hogar. En una familia

determinada puede haber, pues, hijos del marido actual junto con hijastros del mismo y de otros anteriores, todos, sin embargo, hermanos en la misma madre que es quien los identifica como tales. No se trata, pues, de algo excepcional sino de un fenómeno que se da constantemente en el mundo de vida popular venezolano. De ahí la importancia que tiene detenerse para analizarlo y estudiarlo.

Pedro pasa por cinco padrastrros sucesivos y una madrastra. Sin embargo, sólo menciona a uno del que tiene buenos recuerdos: «Mi mamá con este señor vivía muy bien, que se llamaba Luis. Muy bien vivía. Estaba bien chévere (...) se encargaba de todo, de todo lo que era la casa. Los otros no, los otros eran con mi mamá y... (...) Pero nosotros (los hermanos) ¿qué? Nada; nosotros con mi abuela. Este tipo no; éste nos recogía a todos».

Con el último no llega a convivir sino esporádicamente, cuando visita a la mamá pues forma pareja con ella siendo Pedro ya mayor.

Felicia también tiene la experiencia de un padrastrro, «cuando yo tuve aproximadamente doce años», que es el padre de cinco de sus hermanos, cuando su madre se va vivir con el dueño de una hacienda.

La aparición del padrastrro tiene consecuencias para Felicia. En primer lugar, el arreglo de su matrimonio cuando ella tiene apenas trece años y sin saber ella de qué se trataba, con un sobrino del padrastrro, matrimonio que no llegó a consumarse porque el esposo formal fue detenido por la policía, y en segundo lugar su salida del hogar casi inmediatamente para la familia de una hermana. De estos hechos Felicia responsabilizará a su madre y a ella le dirigirá sus reclamos: «que por qué ella me había hecho eso».

Mientras la experiencia que tiene Pedro, según se ha dicho, de los distintos padrastrros es indiferente o vagamente positiva con la mayoría de ellos, la de Felicia es negativa porque supuso sobre todo el alejamiento compulsivo de su madre.

Tanta insistencia de la madre por alejar a la adolescente Felicia del núcleo familiar inmediatamente después de su unión con el padrastrro permite sospechar que probablemente en ese esfuerzo hay algo más, esto es, el peligro de seducción por parte del hombre respecto a la joven con la consecuencia de que su hija se convirtiera en competidora de ella misma, situación que frecuentemente se presenta cuando de padrastrro e hijastra joven se trata.

Por parte de la propia Felicia, se da inmediatamente la experiencia de que la exclusividad de la relación madre-hija se ha perdido con la aparición de ese extraño que la desplaza. Aquí tenemos ya planteado uno de los problemas fundamentales que la presencia de un padrastrro produce en la familia matricentrada, la debilitación de la relación madre-hijo percibida por éste como abandono y falla en la madre.

Cuando hablamos del padrastrro estamos hablando de la pareja de la madre, no de un simple encuentro fugaz o circunstancial, que ejerce de padre de quien

no es su hijo biológico y cuando nos referimos a hijastro, nos referimos a quien ejerce de hijo de quien no es su padre biológico. La diferencia con el padre sustituto es que éste no constituye pareja con la madre, en el seno de la familia matricentrada, sino que permanece externo al núcleo familiar. El padrastro para que sea vivido como tal subjetivamente por los hijastros es necesario que conviva bajo el mismo techo con la madre y sus hijos, que forme parte, aunque sea por un tiempo, de la familia, si bien a la manera tangencial en que también un padre forma parte de ella.

El *DRAE* trae cinco acepciones para la palabra padrastro, todas de connotación negativa (despectivo de padre, mal padre, estorbo, inconveniente, dominación) que está implícita en la estructura misma del término, cuyo sufijo «astro» sirve precisamente para indicar la forma despectiva de la palabra que se usa.

En las culturas de padre fuertemente significativo el padrastro ha sido objeto de toda clase de narraciones, especialmente en los cuentos dirigidos a la infancia, que generalmente lo han presentado como dueño abusivo de un despotismo arbitrario y violento, objeto de temores, muy cercano a ogros y fantasmas terroríficos. En el mundo-de-vida popular venezolano, en cambio, y en relación con la familia matricentrada, no se trata de una figura necesariamente negativa para el hijastro, aunque la palabra tenga forma despectiva en su estructura gramatical.

Es claro que una cultura en la que la figura del padre es muy fuerte y muy significativa, siendo el padrastro una excepción poco numerosa, ha destacado en éste su inadecuación al significado padre propiamente dicho, que lo hace ver como un mal remedo, muy alejado del mismo, y por ende no digno de verdadero aprecio por ello.

En la cultura popular venezolana, en cambio, siendo tan frecuente su figura, si bien, como veremos, puede presentar dificultades en la relación con los hijastros y en su propia identificación al ocupar el lugar de un padre para quienes no son sus hijos, no tiene sin más ese significado marcado por la negatividad.

Como ejemplo puede servir el siguiente testimonio que tomamos de la convivencia en la vida de barrio:

Yo no tuve sino mamá que me ha criado desde pequeño, tuve un padrastro como a los once años. Bien, tengo veinte años y hemos vivido bien. A pesar de que tengo padrastro él supo criarme como él se desempeña en varios trabajos como albañilería, soldadura y construcción en general. He aprendido mucho. Gracias a ellos (madre y padrastro) estoy estudiando porque me apoyan en todo, tanto lo económico ya que no soy de aquí, no me falta casi nada.

Sobre la madrastra hemos ya tratado en otro lugar.

Ser padrastro de todos modos no resulta fácil tanto para el que ejerce de tal como para el hijastro. El practicarse como padrastro, en la familia matricentrada, no es un ejercicio individual que dependa de la voluntad subjetiva de quien ejerce de tal sino una práctica en la trama de relaciones que constituye el modelo popular de familia. Como en todo lo que a familia se refiere, la clave de la trama no está propiamente en el mismo padrastro sino en la madre. Todo confluye en ella y a ella hace referencia. Es ella la que posibilita, facilita o dificulta el funcionamiento de las relaciones internas administrando la posibilidad del acercamiento del padrastro con sus hijos. Ella posibilita la vivencia de ese nudo de relaciones dosificando también y marcando los límites de hasta dónde cada uno puede llegar aun cuando aparentemente haya una invitación a que el padrastro asuma responsabilidades de la crianza, un mayor compromiso, esto es, responsabilidades de padre, en lo que también hay alguna diferencia entre si el hijastro es varón o si es hembra.

Si es varón, el reclamo es mayor porque si es hembra siempre existe el peligro de relaciones incestuosas, lo cual podría ser una de las causantes de que la mujer decidiera romper con el hombre que tiene y asumir la soledad de la crianza. Ese mayor compromiso puede que se facilite dependiendo de las circunstancias de si el hijo tiene todavía una relación con su padre biológico y dependiendo también un poco de la edad del hijo, o sea, si el hijo está más pequeño parece que la relación se hace un tanto más fácil que si el hijo está ya más grande.

La madre, para el hijo, hasta una cierta edad del mismo, adolescencia avanzada, le aparece como despojada de actividad sexual. Incluso la relación previa del propio padre con la madre no es procesada en el marco de la sexualidad. Cuando ésta se busca un hombre, lo que le manifiesta casi brutalmente que la madre está todavía activa sexualmente, el adolescente, que ya empieza a tener clara conciencia de su propia sexualidad, tiene que reconfigurar la figura moral de su madre y, en ese proceso, entra en conflicto tanto con ella como con el padrastro.

En principio, el padrastro no le causa problemas, porque lo ve como un hombre cualquiera, pero en cuanto le descubre la sexualidad activa de la madre puede ser visto como un intruso que destruye el pedestal virginal en que tenía colocada la figura materna. Esto le hace descubrir a la madre en su condición humana, no en su condición exclusivamente materna como hasta ahora, exigiéndole reestructurar su relación íntima con ella. Este proceso de reestructuración no se da sin angustia, lo que desencadena estados depresivos y agresivos dirigidos no tanto contra el padrastro, que como figura familiar no significa, sino contra la madre, que es percibida como fallando en cuanto en los hechos debilita la fuerza de la centralidad materna para con el hijo al introducir a un extraño con el que desde ahora ese hijo deberá compartirla.

Esta conflictividad y esta angustia se manifiestan de muchas maneras y para mostrarla nos apoyamos en diversos relatos de vida recogidos en el proceso investigativo.

Narra la persona a la que, por comodidad, vamos a dar el pseudónimo de Juan.

... me presentan dentro de la familia como amigo, y así me conocen y la hija me conoce como amigo, y así estuvimos unos cuantos meses, de amigos, frente a la hija y frente a la familia. En realidad no éramos amigos. En ese diciembre, frente a la familia, ya no me comienzan a ver como amigo sino ya como la pareja de ella. Pero, a la hija, se le sigue como ocultando de que yo soy su pareja. Todavía no se le dice ni se le dijo en ningún momento. En ese diciembre, pues, dentro de las celebraciones y el compartir, yo me quedo unos días durmiendo allá, o sea, llegué de madrugada y me quedo allí durmiendo en la casa con ella, hasta que me quedé definitivo allá en la casa con ella. Un día, yo voy saliendo de la casa a trabajar; me despido de ella con un beso y la hija nos ve. Y eso... comenzó a llorar, salió corriendo, se metió en el cuarto y se puso a llorar con un trauma tremendo. Inconsolable, porque nos vio besándonos, beso de despedida. Pasó todo el día en eso. No fue una escena de la niña porque estuvo todo el día... No fue una escena, fue algo más... y le costó aceptar la relación. Hubo un momento, en ese momento, en que la niña como que quería irse con el papá. Cuando vio que la niña quería irse con el papá, la mamá le dice: si te vas con tu papá, te vas con tu papá y te vas con todo; ya sabes que no me vas a poder ver todos los días y que tal cosa, y a la final ella decidió quedarse con la mamá.

237

Ante todo, y esto aparece en la totalidad de los casos, el padrastro, esto es, la nueva pareja de la mujer, no tiene problemas en ser aceptado por la familia de ella; la familia generalmente acepta fácilmente los hechos, los que muchas veces no aceptan y casi siempre tienen dificultades al respecto son los hijos, tanto si son varones como si son hembras. Por eso, durante un tiempo más o menos largo se les oculta el hecho sin tener en cuenta que cualquier descuido puede hacerles ver la realidad de manera sorpresiva y consecuentemente traumática.

Puede decirse que hay como una especie de ritual para introducir al hombre. Se da en todos los casos. Al hombre no se lo introduce de golpe. Se le va poco a poco presentando y poco a poco se les va descubriendo la relación a los hijos para que la vayan aceptando. Cada madre lo hace a su manera, pero nunca es un proceso inmediato. La relación hombre-mujer se establece mucho más rápidamente que la relación hijo-padrastro.

Cuando ya llega el momento en que no se puede ocultar más la relación, es a la madre a la que corresponde informar. Está claro que es ella la que tiene que presentar el padrastro a los hijos, y está claro también que ella es la que dice cuándo

se hace y que es ella la que pone las barreras. ¿Hay como una especie de vergüenza? ¿De protección?

Ante todo, la forma en que se establece una pareja, sin lo que propiamente pudiera equivaler a un noviazgo, no garantiza de una vez y al principio la estabilidad de esa nueva relación y, por ende, la prudencia aconseja no correr los riesgos que de la información se pueden derivar.

Por otra parte, el mismo sujeto del relato que comentamos manifiesta en un determinado momento tener en alta estima a su propia madre porque, una vez separada de su padre, se reservó para los hijos y no estableció ninguna otra relación de pareja. La madre ideal, en la tradición cultural, es aquella que pone por encima de todo su dedicación y entrega a los hijos, que se conserva totalmente para ellos, de modo que la mujer que ya tiene hijos, al establecer una nueva pareja, siempre lo hace con una sensación de estar faltando de algún modo a ese ideal con el cual no puede romper sin cierta vergüenza, aunque la realidad del mundo-de-vida popular en el que una estabilidad y profundidad de pareja no resulta pensable convierte los cambios en una práctica normal. Se requiere, pues, un tiempo para procesar personalmente la novedad de vida y enfrentar sin traumas el posible rechazo de los hijos ante la introducción de una persona extraña en el núcleo familiar, lo cual ordinariamente no se logra con facilidad.

238

Introducir a un hombre extraño siempre es de alguna manera romper la centralidad madre-hijo. La madre tiene que garantizarle al hijo que la introducción de esa nueva persona no va a romper su centralidad, que ese señor tiene el mismo puesto de tangente a la propia familia que ha tenido el padre y que siempre tendrá cualquier hombre que haga de padre, que ella, al establecer una nueva relación de pareja, no rompe el mandato cultural de «conservarse para los hijos», que toda otra interferencia será superficial y tangencial, que el mandato cultural de ser madre total y siempre, se cumple.

Así, un padrastro no puede quebrar la estructura de la familia matricentrada, que no es una familia de pareja en el sentido más radical de este término. Ahora bien, esto lo puede entender el hijo cuando ya es adulto o cuando es un niño muy pequeño que no se puede plantear el conflicto, pero no le resulta fácil a un preadolescente, un adolescente e incluso en los primeros años de una joven adultez.

Podemos seguir las distintas variaciones de respuesta a la introducción del padrastro en la totalidad del relato que venimos comentando. Juan nos habla de varias relaciones de pareja sucesivas en las cuales le tocó hacer de padrastro, pues se fueron dando con mujeres que ya eran madres.

Establece la primera relación con una mujer cuya edad supera en mucho a la suya:

... tenía dos hijos, una de dieciséis, diecisiete años, y el varón de dieciocho años. El varón vivía con el papá y la hembra vivía con la mamá. Nos hicimos amigos y con toda la familia. Cuando se inicia la relación, yo me voy a vivir a la casa de ella, pero los hijos no sabían que yo tenía algo con ella. Llego a vivir allá y yo duermo en el cuarto que era del hijo, que ya no vivía con ella. Ese era mi cuarto. Ella tenía su cuarto y la hija tenía su cuarto también. Una vez que la hija se da cuenta de que ya entre la mamá y yo existe una relación que no es de amigos, entonces, tomó una actitud de... de rebeldía, de rechazo, de hacerle la vida imposible a la mamá.

La reacción de los hijos en todos los casos, y lo seguiremos encontrando, sucede como aquí, esto es, es dirigida contra la mamá, no propiamente contra el padrastro que será visto, como ya hemos indicado, a la manera de un padre tangencial y por ende no significativo, a menos que interfiera una persona externa a la relación, como veremos, que puede ser el papá biológico.

Esa rebeldía consiste en

... irse a la calle con sus amigas, llegar tarde, no hacer nada dentro de la casa, de colaborar con la mamá. La mamá le manda a hacer un oficio, alguna tarea, y ella simplemente no le para, o sea, no le hace caso, no le da importancia. Comienza a salir mal en los estudios, le responde a la mamá, se enfrenta a ella, cuando le exige algo con respecto a los estudios, por ejemplo. Al inicio nosotros nos la llevábamos bien y yo pretendí seguir, pero esa relación se acabó, o sea, no había ningún tipo de diálogo, de trato. Sin embargo, la mamá siempre le decía las cosas que yo hacía por ella, el sacrificio que yo hacía por ella, por ejemplo, como era asmática, uno tenía que salir de madrugada, llevarla a una emergencia, a un hospital. Siempre le estaba recordando esas cosas a la hija como para que la hija me aceptara porque era incómoda la convivencia dentro de la casa.

239

Siempre encontramos ese esfuerzo por parte de la madre por lograr que los hijos acepten al sustituto del padre, lo cual no se logra ordinariamente. A lo más que se puede llegar es a una convivencia marcada por cierta indiferencia. El esquema matricentrado con padre tangencial se reproduce. Así puede funcionar la convivencia.

La interferencia del padre biológico ausente se da a veces, como en este caso, lo cual puede hacer imposible el mantenimiento de la relación si otras dificultades han sido superadas:

Cuando ya tengo cierto tiempo en esa relación, comienza el papá de los muchachos también a... querer entrar a la casa, querer molestar, poner a los hijos a que tratasen

de sacarme de la casa. En una de las oportunidades, vino el hijo mayor a quererme sacar. Entonces, la relación se fue haciendo cada vez más conflictiva, hasta que yo decidí en un momento irme de la casa.

De esta manera, el modelo matricentrado conspira contra la posible estabilidad de una pareja.

Una vez deshecha esta pareja, Juan establece una nueva relación con una mujer que tiene dos hijas, una relación que «fue conflictiva por el padre de las niñas porque no aceptaba que yo pudiera vivir bajo el mismo techo con todas ellas. Ahí comenzó la pelea de quererle quitar las hijas a la mamá. Y eso se hizo un conflicto fuerte de amenazas y de todo, llegamos hasta a firmar una caución».

La intervención del padre biológico, que ya ha abandonado el hogar, para impedir que la mujer establezca una relación con otro hombre conviviendo con él en la misma casa, se da sobre todo cuando se trata de hijas hembras y eso porque siempre se percibe como el peligro de seducción y abuso sexual por el que ejercería como padrastro. Éste es uno de los problemas que todo padrastro en semejantes circunstancias tiene que sortear.

La experiencia nos dice que muchas veces no se trata sólo de un peligro sino de situaciones en las que se da paso a los hechos. No se puede hablar en esos casos propiamente de incesto, pues no hay relación biológica entre el padrastro y la hijastra, sino de seducción que a veces existe incluso con el consentimiento de la madre. Esto en cuanto a la reacción del padre, pero también Juan tiene que enfrentarse a la reacción de las hijastras azuzadas por él y que aun sin eso también se hubiera dado.

«A la hija mayor logró ponerla en contra de la mamá y entonces fueron a tribunales. La niña decidió quedarse con el papá y atestiguar en contra de la mamá, de que la mamá, en su propia casa, me metía al cuarto, cuestiones así, de que dormíamos en una misma cama; eso era algo pernicioso».

La hija mayor ya tiene la edad suficiente para que la actividad sexual de la madre con otro hombre la conflictúe.

Entonces, lograron que el tribunal decidiera a favor del tipo, que la hija mayor, como a ella la pusieron a decidir y decidió irse con el papá, se fue con el papá. Entonces, la hija mayor, siempre le estaba exigiendo a ella atención, atención. Por ejemplo, ella vivía en Caracas y le exigía a la mamá que tenía que ir a buscar todos los viernes y llevarla los domingos. Cuando ella venía a pasarla con la mamá, entonces, ella quería salir sola con la mamá y que yo no estuviera. La menor era una niña muy tranquila, tratable, muy ingenua, muy inocente, se la llevaba muy bien conmigo, se la llevaba bien con la mamá también, o sea, no me creaba dificultad a mí como pareja ni

tampoco a la mamá. La mayor sí, pretendía una atención exclusiva para ella y siempre le incomodaba que yo estuviese presente cuando salíamos a pasear o salíamos a cualquier sitio. Siempre había rechazo; a veces me lo hacía sentir a mí, pero yo lo veía más en cuanto le fastidiaba la vida a la mamá o le hacía la vida imposible a la mamá. No lo hacía directamente hacia mí. Hasta que en una oportunidad, yo decidí también romper esa relación.

La respuesta de las hijas, como ya se ha señalado, es distinta en relación con la edad y el conflicto es propiamente con la madre, no con el padrastro sino en forma derivada, cuya exclusividad de atención se ve en peligro; más que rechazo, es una demanda de exigencia a la madre de atención exclusiva, una demanda de matricentralidad. Es interesante señalar que las intrigas del padre no hacen mella en la hija menor, tanto porque no ve amenazada su centralidad en la relación madre-hija cuanto porque la figura del padre dentro o fuera del hogar siempre será una tangente.

En su siguiente experiencia Juan nos desvela cuál es la actitud del padrastro al entablar una relación con una mujer que ya es madre de hijos menores. Su relato sirve como modelo de lo que se repite en todos los casos, esto es, de la actitud que todos quienes se encuentran en similares condiciones asumen.

Tenía dos hijas también, una de diecisiete años y una de siete años. La de diecisiete años, formaba parte de los grupos juveniles. En ese momento en que yo llego ahí, se hace novia de uno de los muchachos de los grupos juveniles y entonces María (la madre) me pide que yo intervenga en el asunto, o sea, que haga de padre, que la ayude a tomar decisiones con respecto a si se acepta o no el novio de la hija. No era muy cómodo para mí, tomar decisiones sobre las hijas, no, no me entraba. Ella me dice que su hija nos va a presentar un novio y que ella quiere que yo opine ahí si ese novio le conviene o no, que tome una decisión junto con ella. Entonces yo le digo: «pero es que ahí yo no tengo nada que decir. Yo lo único que puedo es acompañarte ahí, pero, de que yo vaya a decidir algo, no. Ella va a pensar que quién soy yo para tomar decisiones sobre ella o lo que ella haga». Esa idea yo la he tenido como muy clara en mi cabeza, que yo dentro de la familia o de los hijos de la mujer no soy alguien que pueda tomar decisiones sobre ellos. Además, te lo hacen saber porque te dicen: ¿quién eres tú para mandarme, o para decirme tal cosa?

El padrastro, en casi todos los casos, asume la posición de no involucrarse directamente en lo que es el mundo de madre-hijos, aunque la madre le pida mayor compromiso y por lo menos de palabra quiera asociarlo a su función de madre. El hombre asume su posición de tangente y su decisión de no interferir. Juan lo jus-

tifica con la tradición que le transmite su abuela, una tradición que podemos pensar que por una u otra vía les llega a todos:

Tengo claro de mi formación, de mi casa, que mi abuela siempre nos decía: cría cuervos y acuéstate a dormir que te sacarán los ojos. O sea, no era bien visto que uno criara hijos de otra mujer. O sea, nunca te llegarán a querer como hijos, bueno, tú los crías y después te... te desangran o te... Eso como que lo he tenido bastante claro en mi cabeza.

No obstante la experiencia que en el mundo-de-vida popular venezolano se da con tanta frecuencia de múltiples y cambiantes uniones de la mujer con otros hombres a los que introduce en la casa como nuevos maridos y padrastros de los hijos, hay en el fondo de la tradición una especie de mensaje transmitido de generación en generación según el cual el nuevo hombre no tiene que criar los hijos de la mujer y por parte de ésta el mandato cultural de no debilitar nunca y por ningún motivo la centralidad de la madre de los hijos. Estos, sin embargo, perciben la entrada del hombre como peligro y de ahí su rebeldía no contra éste sino contra la madre, pues el padrastro no significa como no significa el padre. Es la relación exclusiva con la madre la que se pone en peligro y por ello es contra la madre que van dirigidos todos los reclamos y todas las exigencias de atención, todas las demandas para que no comparta esa relación, que debe ser exclusiva de ellos, con un extraño.

Introducir a un hombre es siempre, de alguna manera, romper la centralidad madre-hijo. La madre no sabe la reacción del hijo; tiene que garantizarle al hijo que la introducción de esta nueva persona no va a romper su centralidad, que este nuevo sujeto tiene el mismo talante de tangente, externo, que tiene y que han tenido las otras personas. Eso es el conservarse para los hijos. Ese asunto, cuando el que narra se refiere a la madre propia, no es una cuestión moral. Es precisamente conservarse como centro.

Como en todos los casos, la familia de la mujer no pone ningún problema y más bien acepta de buen ánimo el nuevo marido como tal en la familia, aunque no estén casados. Son, como siempre, las hijas las que ponen el problema.

A Juan la mujer no sólo le ha solicitado intervención en el noviazgo de la hija mayor sino que «siempre me reclamaba que yo tenía que ser más padre con la hija menor», pero ésta «era rebelde, tremenda». La edad, siete años, cuando ya se da cuenta de lo que está en juego, es uno de los factores que explican el rechazo que desde entonces pondrá en marcha contra él pero sólo indirectamente, porque su acción directa se ejercerá sobre la mamá a la que hará objeto de toda clase de agresiones. Esto puede parecer ilógico pues es el padrastro, el extraño introducido en

casa, el que está fuera de sitio. A él se le mostrará rechazo, pero será la madre el foco del conflicto precisamente porque lo peligroso es que ese hombre, que para la hija no significa sino como tangente, sea significativo para su madre. Eso reduce su propia significatividad de hija para ella al compartirla con otro. Este es un serio problema para las madres que tienen que hacer ver que para nada se disminuye la fuerza de su relación matricentrada y la tangencialidad de toda otra.

La rebeldía de la niña se expresa de mil maneras, desde hacerse siempre acompañar de alguien para impedir que el hombre se acercara a la mamá en su presencia, hasta buscarse un novio prematuro y de mayor edad, apenas fue adolescente, con el que se escapa del colegio y está horas perdida, angustiando fuertemente a la madre hasta el punto de hacerla recurrir a la fuerza pública para poderla encontrar. Lo que pretende la niña es angustiar a la madre y obligarla a estar pendiente de ella. De una u otra manera esto es lo que pretenden siempre los hijastros. Su acción es directa sobre la madre, pero indirecta también sobre su pareja hasta que el hombre, sintiéndose culpable de los problemas de la mujer, decida abandonar la relación.

En este mismo relato nos encontramos con otro aspecto de la vida del padraastro; esto es, cuando la hijastra es mayor. Es el caso de la hermana de esa niña. Interviene contra esa rebeldía tan destructiva, pero a la larga no tendrá resultado. Sin embargo, cuando esta hija mayor de la madre, que ya ha salido del hogar para casarse, se hace madre a su vez, cambia por completo de actitud. Si mientras estuvo en la casa de su mamá rechazó también al padraastro y tuvo con él conflictos, ahora lo aceptará no sólo como marido de la madre sino también en una relación positiva e incluso de afecto. La adultez y la maternidad, a partir de la propia identificación como mujer, la llevan a comprender y aceptar a la madre como tal en su feminidad, que siempre es el foco de preocupación, y superar las dificultades de aceptación del padraastro con el cual, por otra parte, ya no convive. «Cuando tiene su hijo, cambia en su relación conmigo», dice muy expresivamente Juan.

Esto sucede después de que tiene la experiencia del hijo o de la hija, o sea, cuando deja de ser hija y se hace madre, pero mientras es hija tiene necesidad de tener a la madre y rechaza al que de alguna manera interfiere o puede interferir en el vínculo. Por donde se lo vea, del lado de la mujer, del lado del hombre, del lado del hijo, del lado de la hija, el punto central es la mamá.

Es muy distinto un padraastro con el cual no se convive, pues no se está en el mismo hogar, que aquel con el que inevitablemente se comparte habitación. En el primer caso la relación de padraastro es más formal que vivencial y, como ya se ha dicho, no se le puede considerar propiamente padraastro. El problema se presenta, sobre todo, cuando se da la convivencia del padraastro con la madre y el hijo, cuando es padraastro de vida. De hecho, a los hijos no les preocupa la relación de

pareja entre la madre y el marido, en cuanto o no la comprenden cuando son muy pequeños o acaban comprendiéndola cuando ya son mayores (sólo se les problematiza durante la adolescencia) sino la relación de madredad. En el fondo no es un problema moral, de vergüenza moral, aunque en algún momento puede haber también algo de eso, sino relacional madre-hijo.

El peligro es la exclusividad del vínculo. Es serio. Como no han aprendido a tener diversidad de vínculos, porque desde niños han tenido un solo vínculo, cualquier cosa que amenace a ese vínculo exclusivo, es fuente de angustia. Si hubiera habido pareja, habría habido una diversidad de vínculos y eso ya no sería ningún problema; no sería un vínculo exclusivo. El venezolano no tiene diversidad de vínculos desde la infancia. Desde los primeros años, aprende que no hay otro posible. Cuando este único vínculo se pone en peligro en su unicidad, aparecen la angustia, el temor, el miedo y todos los mecanismos para eliminar ese peligro y recuperar su unicidad.

Hasta aquí hemos desarrollado la perspectiva desde la vivencia del padrastro con una sola referencia al punto de vista del hijastro al destacar su oposición a que la madre establezca relación con otro hombre, expresada indirectamente en la satisfacción de que la propia madre de Juan se haya reservado para sus hijos.

Veamos ahora la vivencia de padrastro desde el hijastro, una hijastra por ahora, a partir de su propio relato. La llamaremos María, un nombre muy común que hace poco probable su identificación.

Mi experiencia fue traumática. Traumática, porque cuando mi mamá tuvo otras relaciones, digamos más de novio, más de una relación amistosa, ocasional, no me preocupó. Entonces, ésta yo la consideré, la viví de forma muy traumática, porque me daba muchos celos. Eso de la agarrada de manos, el asunto corporal, en mí generaba muchos celos sobre todo cuando yo veía el contacto físico. Y mi mamá lo manejaba, me imagino que manejaba el asunto, por ejemplo, se agarraba con Antonio (pseudónimo) a ver qué hacía yo, y yo me daba vueltas en el piso de la rabia. Un día íbamos a donde mi tía, y mi mamá tenía mucha fiebre y Antonio venía manejando y se recuesta de él. A mí me dio un ataque de rabia y les comencé a pegar a ellos dos; me daba como mucha rabia y le comenzaba a dar puños sobre todo a mi mamá.

María interpreta su trauma como producido por los celos. Típicamente los celos son una respuesta emocional que se da en una persona cuando percibe que está en peligro de perder un bien afectivo que posee. Sobre todo se producen los celos cuando la persona amada desvía su atención, cuidado y afectos hacia otra persona distinta de aquella con la que hasta ese momento ha mantenido vínculos emocionales, lo cual es percibido como amenaza de abandono. Es algo que se vive

como abandono. «Uno va sintiendo en la relación que te desplazan», dice María. Y sin embargo «no es abandono porque mi mamá siempre estuvo ahí». La reacción agresiva, se dirige precisamente hacia la persona que amenaza con desviar su afecto no tanto como castigo, retaliación o venganza cuanto como presión para que se aleje del nuevo foco de atención y regrese a la relación ya establecida. En María, como en todos los casos, la presión se dirige contra la mamá y sólo por accidente contra el padrastro.

El padrastro no puede hacer nada para cambiar la situación y así lo percibe, manteniéndose, por tanto, al margen, pues cualquier intervención de su parte empeorará el estado afectivo del hijastro. Ahora bien, para manejar la situación, la madre recurrirá a toda clase de mecanismos, que generalmente resultan poco eficaces. Sólo el tiempo, el acostumbramiento y los cambios que la edad facilita en la madurez de la persona de los hijos reducirán las tensiones y calmarán las angustias.

La experiencia de padrastro está ligada a un peligro de falla de madre o a la sospecha de una posible falla de madre y se prenden todas las alarmas culturales y todas las alarmas individuales para defender esa madredad.

La madre de María recurre, según ésta piensa, a provocar deliberadamente los celos de la niña para que perciba que no hay ninguna tragedia, ninguna consecuencia negativa para ella mientras sigue mostrándole la misma atención y el mismo afecto. Se podría pensar en algo similar a lo que en psicología se conoce como desensibilización sistemática.

«Además, yo veía que ella se burlaba de la situación, o sea, se reía, se burlaba, y decía: mira cómo se pone, muchacha, pero mira cómo se pone. Y yo daba vueltas y vueltas».

La reacción de Antonio es la esperada y ya conocida de todos los hombres que entablan pareja con una mujer que ya es madre: «Una vez, me acuerdo —narra María—, que mi mamá quiere que Antonio intervenga por una nota mía de la escuela y Antonio dice: pero es que yo no soy su papá».

Ahora bien, cuando, como en el caso de la mamá de María y Antonio, quien proviene de una familia europea y por ende de pareja tradicional, se llega a la constitución de una pareja estable, con matrimonio incluido, en la que el marido no funciona como tangente sino como figura central en la pareja, los familiares de la madre no lo pueden entender y desde la abuela hasta las tías maternas de María intrigan de alguna manera en varios aspectos para que esa unión, para ellas incomprensible, no llegue a tal profundidad. Por cultura, no es pensable la figura del hombre más allá de una posición tangencial. Es interesante el comentario de María: «Y se la llevaban muy bien con él. No tenían una relación conflictiva». El problema no es personal, es cultural, esto es, de no poder pensar una pareja total en cuanto tal.

Pasemos ahora a analizar la experiencia de padrastro desde el hijastro cuando éste es varón. El hermano de María, al que llamaremos Daniel, cuando aparece Antonio en su vida tiene cuatro años, o quizás tres, pues la relación de pareja se viene dando desde antes de ponerse a convivir. Su relación no es para nada conflictiva, sino de mucha aceptación, hasta el punto de que Antonio se relacionó con él con el cariño propio de un adulto hacia un niño pequeño.

Los primeros años parecen propicios para establecer una relación buena con el padrastro, pues no se percibe como amenaza de falla materna. Sin embargo, Daniel, a medida que avanza en edad, empieza también a sentirse desplazado, lo que se traducirá en angustias y problemas de conducta posteriores. No se sabe que reclame a la madre por haber preferido su relación de pareja a mantener la absoluta exclusividad del vínculo con él, pero esto lleva a la madre a sentirse culpable. De nuevo, no al padrastro. Precisamente su relación afectuosa con él desde niño le ha impedido rebelarse a tiempo ante la situación del percibido desvío de la madre y poder así procesar y superar adecuadamente la situación.

Situaciones así, cuando se presentan problemas en los hijos, pueden ser vividas por la madre con mucho sentimiento de culpa. Las exigencias culturales pueden ser difíciles de satisfacer, por un lado, y de superar creativamente, por otro. Los hijos varones, como señalaremos más adelante, tienen mayores dificultades que las hijas para enfrentar lo que perciben como fallas de la madre cuando ésta establece nuevas relaciones de pareja.

El relato de Mario confirma esta posición en la que todos los padrastros coinciden: «Eso que dice Antonio, me pasa lo mismo a mí. Yo no sé ser papá de los que no son mis hijos. Estoy ahí, puedo ser amigo, acompañarlos y ser compañero de su madre, pero ser papá de ellos no, porque tienen su papá», pero «un papá que no está, que no estaba y que de vez en cuando, en diciembre, aparecía». La expresión de Mario es muy contundente: «una cuestión de estás pero no eres». En la familia matricentrada el padre está, cuando no se ha ido, pero no es.

Al respecto de Mario, la madre ha sido sincera con los hijos:

...yo siempre les señalé —la madre interviene en el relato— que Mario no era su papá: ustedes tienen a su papá. Mario es mi pareja y vamos a estar juntos todos aquí, pero es mi pareja, no su papá. Ellos, sin embargo, hasta el sol de hoy han querido como buscar ese apoyo en Mario. O sea, porque la figura en la casa, la que pone los límites, es la mía.

Esto es, la figura central indiscutible es la madre. Cuando el padrastro acepta plenamente su posición en la familia, no sólo es bien aceptado por los hijos que en este caso son varones —otra cosa sucede con las hembras—, sino que puede llegar a convertirse en su cómplice y apoyo contra las exigencias maternas.

En todas las experiencias hay algo que no se cuestiona: quiera o no quiera ser padre, el hombre que entra sigue siendo una figura tangente, en la función de padre, y en la función de padrastro y de pareja, y que está al lado de la otra estructura madre-hijo. Es la madre la que hace que esa posición tangencial sea armoniosa o no para con los hijos. Es decir, es la madre la que permite que la relación del padrastro con los hijos se lleve de forma abierta o de forma conflictiva. Ella es la clave, es la que permite la relación pero no se cuestiona la relación exclusiva madre-hijo.

Distinta es la experiencia que aparece en el relato de Enrique:

... yo he tenido como mucha suerte de que el muchacho que me tocó de ser padrastro fue un muchacho muy tranquilo. Cuando yo llegué a donde mi actual esposa, él era un niño pequeño. Tendría cinco o seis años aproximadamente y una relación con su papá que era así como muy floja. El señor no le daba como mucha importancia a estar con él y entonces el niño sí necesitaba mucho esa figura paterna. Pienso que yo no le di todo lo que él a lo mejor aspiró porque entre mis planes no estaba eso de meterme a hacer el papel de papá.

Sus planes son los mismos que hemos encontrado en todos los padrastros. Los argumentos se repiten:

... eso estaba como muy claro, entre otras cosas porque, bueno, yo consideraba que él tenía su papá y que no pretendía yo de ningún modo crear algún tipo de competencia, quizás pensando yo en mis hijos que les iba a tocar tener también algún padrastro o algún compañero de su mamá y que a mí tampoco me gustaría que el hombre estuviese allí metiéndose en sus vidas más de lo que sería conveniente.

Esta disposición pone, de partida, unos límites a la relación:

... un límite difícil de saber hasta dónde yo puedo avanzar y hasta dónde no puedo avanzar con las cosas que tienen que ser la cotidianidad de la crianza del muchacho porque obviamente el muchacho está conmigo; entonces, yo tengo que estar comentando a su mamá cosas que yo veo en el muchacho que me parece que habría que tomarlas en consideración para corregirlas, para vigilarlas, para mejorarlas, y en ese sentido tuve también como mucha suerte con ella, porque, para mí está claro que la mamá me manifestaba mucho el deseo de que yo me metiera más en la crianza del niño quizás porque era la única figura masculina.

Y eso que, según propia confesión: «... yo siempre sentí que el niño quiso que yo me ocupara más de él. El muchachito siempre tuvo esa cosa, la necesidad de

que su papá le tomara más en cuenta y ahora de hombre le da más indignación todavía de que él se comunica más conmigo que con su papá».

Aun en este caso en que el niño estableció una relación afectuosa, positiva y muy abierta con el actor del relato y en eso apoyado por la madre, le cuesta darse el permiso de ir a convertirse en verdadero padre sustituto, superando su posición de padrastro:

... debo reconocer que yo tenía como una barrera que me puse yo mismo. Si yo no avancé más en mi relación con el niño desde el punto de vista ese de ser como el papá que lo dirige más, que lo orienta, ese tipo de cosas, fue por decisión mía de no meterme más, de tener miedo de que a lo mejor alguna decisión mía trajera consecuencias para mi relación con su mamá; eso me mantenía siempre en un estado así como de cautela, para no saber hasta dónde lo que yo pudiera decir del hijo, su hijo, pudiera interpretarse en muchas formas distintas de las que yo probablemente hubiese pensado. Él siempre me ha dicho papá. Hoy yo soy el abuelo de su hija.

Aquí afortunadamente se encuentran armoniosamente la necesidad de padre que todo venezolano tiene, su búsqueda y la respuesta de alguien que puede significar como tal. Este sería idealmente el papel de un padrastro que acaba siendo verdadero padre sustituto de los hijos de su mujer. Ahora bien, esto no se da si entre esa madre y su hombre no se establece una estrecha e integral relación de pareja armoniosa, afectiva y efectiva. Para ello, en el caso de quien narra este relato, se da una disposición excepcional previa del hombre que se percibe como orientado por decisión personal a la pareja integral, aspecto en el que se distingue notablemente del varón venezolano común participante del mundo-de-vida popular:

Yo no sé de dónde saqué tantas vainas raras para la cultura realmente. Pero para mí, eso sí era un proyecto, o sea, yo desde que decidí que me iba a establecer con la mamá de los muchachos míos (su primera esposa) yo siempre pensé en que esa mujer era mi mujer definitiva y que yo iba a estar con ella viejitos. Igual, cuando yo me voy a juntar con mi actual esposa, yo me voy a juntar con ella porque estoy pensando en la posibilidad de que a lo mejor el asunto puede permanecer y pueda durar.

Mario es de origen netamente popular, pero ha podido seguir una carrera universitaria y convertirse en profesional. Lo mismo dígame de su actual esposa. La formación intelectual puede producir en las personas influencias culturales del mundo-de-vida moderno que lleguen a introducir en ellas modificaciones de actitud, de reflexión y de proyectos a futuro que, como dice Mario, «son vainas raras para la cultura» y del mundo-de-vida popular marcado por la tradición de

una familia matricentrada. Esto le permite proyectar el futuro con sentido de permanencia, proyectos de pareja para mantenerse y de sí mismo como persona para la estabilidad, cálculos a largo plazo, más allá de la atracción circunstancial entre sexos.

Dado que el varón necesita padre por toda la vida, mientras las hembras pueden prescindir de él cuando se convierten en madres, la relación de los varones con el padrastro se puede establecer de manera satisfactoria con más facilidad, siempre que la madre la permita y el mismo padrastro sepa manejarla. De todos modos, si no hay una apertura de la estructura materna, esa armonía no se puede dar. Hay mayor facilidad, pero no seguridad. Cuando, en efecto, Mario narra la reacción de sus propios hermanos ante la nueva relación de pareja de su propia madre, una vez que el padre ha abandonado el hogar, se destaca el rechazo:

El hijo no se puede imaginar que ese señor sea compañero de su mamá, de que esté con ella. Yo recuerdo que cuando mis padres se separaron, ya yo no vivía con ellos, ya yo era hombre. Por un tiempo, mi mamá se quedó viviendo allá en la misma casa del barrio con mis otros tres hermanos. Un buen día me entero que a mi mamá le gustaba un peruano y que mis hermanos le hacían la vida imposible con el peruano hasta el punto de caerle a piña al tipo y todo, hasta que mi mamá se fue y los dejó. Ya eran muchachos grandes, y yo en alguna oportunidad les comenté a mis hermanos que por qué, que qué tenían ellos con ese asunto si mi mamá ya no estaba con mi papá. Y nada, no había manera de convencer a aquéllos. Simplemente: ¡no, vale! No había ningún tipo de posibilidad de razonar nada. Y no aceptaron nunca que mi mamá se viera con el peruano.

249

Quizás en el fondo del rechazo al compañero nuevo de la madre haya una apreciación moral, un sentimiento de que la madre se rebaja moralmente al entrar en relación sexual con otro hombre, algo así como si asumiera con ello conductas que la asemejen a las de una prostituta. Lo que muchas veces se ha dicho de que la madre es siempre percibida con un halo de virginidad, aquí puede tener confirmación experiencial. En este sentido, se entiende la satisfacción de Juan cuando narra que su madre «se reservó para sus hijos».

En el relato de Luis (pseudónimo), la madre presenta clara y abiertamente al padrastro, pero los hijos tienen ya doce años y son varones: «cuando ella formaliza la relación, nos reúne y nos dice: este señor va a vivir aquí en la casa y voy a hacer mi vida con él». Ellos perciben que «él tenía siempre una actitud hostil hacia nosotros». Así lo perciben ellos. Este padrastro se sale de lo que hemos conocido como una norma general, esto es, no involucrarse. Se sale sobre todo en cuanto pretende dar orientaciones de vida a los hijastros, que ellos no aceptan,

tales como: «es que tú desde pequeño tienes que aprender a ser hombre». Ellos rechazan esta intromisión y le responden enfatizando sus propios defectos. El enfrentamiento aquí es directamente con el hombre sin referencia alguna a celos o al temor de que la madre se aleje de ellos. Así, según el relato de Luis: «nosotros nunca le pedimos a mi mamá, que dejara hacer, porque esa era su vida, porque nosotros de alguna manera, los hermanos, hablábamos que en algún momento nosotros nos íbamos a ir y ella tendría que quedarse con alguien».

Volveremos a encontrar esta particularidad. Ante la presencia del padrastro, los hermanos se ponen de acuerdo, deliberan, y deciden. Su enfrentamiento es más directamente con el marido y protegen y aceptan las necesidades de la madre. Las hembras, en cambio, se entregan a su rebeldía de manera individual y directamente contra la madre para expulsar al marido. Quizás los varones tienen más claro que la posición del hombre es tangencial y se plantean ponerlo en su sitio cuando trata de implicarse en el centro familiar. Así los varones aprenden, y en este caso parece que ya tienen edad para haberlo aprendido, cuál es su puesto en la familia matricentrada cuando no están en posición de hijos.

Esto aparece con toda claridad en el mismo relato cuando se refiere a la actitud de los dos hijos de la pareja madre-padrastro: «... sus hijos, porque sí tiene dos hijos con ella, desde los dieciséis años, le han dicho a mi mamá que qué hace con él, que por qué no lo bota. Los hijos de él, los biológicos de él. Son los que le han dicho en más de una oportunidad a mi mamá que lo deje y nosotros hemos tenido que mediar».

En nuestro modelo de familia, los hijos están por encima del padre y por ende del padrastro y no aceptan interferencias en los asuntos internos de familia: «A él le cuesta que mi mamá comparta algunas cosas con nosotros. Y sobre todo con uno que es el mayor, o sea, el que uno tenga que tomar una decisión en la casa, pero de todos modos, para nosotros nunca fue un problema porque nunca tuvo importancia».

Todo el relato-de-vida de Luis se desarrolla en un ambiente semiurbano, todavía con reminiscencias de tradición campesina. Ahí puede tener sentido no el rechazo pero sí la aceptación más tolerante que integral de la familia de la mujer que, como hemos visto, tiene pocas reticencias en ambientes urbanos. Narra Luis: «... después que mi mamá habla, mis tíos (maternos) me dicen: ahí hay un señor con el que tu mamá empezó a vivir pero acuérdate que él no es de la familia. Mis tíos me dicen claramente. Y me dicen: además tu mamá está cometiendo un error. Y el error era que él es negro, porque en mi familia eran muy racistas».

Cuando Luis expone su narración, la pareja se ha mantenido ya veintitrés años, pero nunca ha llegado a ser una pareja en sentido integral. En efecto, el relato de Luis es explícito: «... en estos días le hicieron unos exámenes, unos exámenes médicos y salió muy mal. Le dijo el médico: usted está a punto de un ACV porque,

además, tiene los índices de coagulación muy lentos. Él entró en crisis por todo esto, discute con mi mamá y termina diciendo: yo sé que estoy solo en la vida y que quien yo tenía se me murió», refiriéndose a su mamá. Esto es, nunca pudo formar pareja, teniendo ahí todas las posibilidades, todas, porque solamente formó pareja con su mamá. La estructura de la familia cultural se impone.

Para terminar con el relato de Luis, hay que señalar todavía que, si bien los hermanos son tolerantes y no agreden al padrastro, al que como en todos los casos no se lo evalúa ni se lo juzga, aunque de partida caiga mal, no por sí mismo sino por lo que puede producir en la mamá, los celos aparecen y llegan a su punto culminante en uno de ellos con toda claridad, pues tolerancia no es lo mismo que aceptación incondicional y afectuosa:

... mi hermano mayor, cuando teníamos catorce años, no lo quería, yo no sé por qué razón no lo quería. Él realmente siempre tuvo muchas críticas hacia nosotros, hacia nosotros cuatro que éramos los hijos de otro padre, y mi mamá entonces, le dice a mi hermano: «Mira, la situación está difícil, ¿qué vas a hacer tú». Y mi hermano le dice: «¿Y usted qué quiere que yo haga?». «Bueno, mira, ¿tú quieres irte con tu tía?» Y mi hermano le dice: «Bueno, sí». Y mi hermano se muda a la casa de mi tía, para evitar el problema. Después de dos años, mi hermano se lo reclama a mi mamá. Un día, pero borracho. Le dice esto: «No había necesidad de que tú me botaras de la casa, porque yo jamás me metí con tu marido».

251

Se trata de la misma sensación de abandono que venimos encontrando en todos los casos, de falla de madre y, en este caso, agravada por la expulsión de la casa, no por aparentemente consensuada menos violenta. La confesión de este hermano a Luis es impactante: «Tú no has sufrido lo que he sufrido yo».

En la historia-de-vida de Joel encontramos los mismos contenidos dinámicos cuando los hijastros son varones. En su historia, Joel narra de tres padrastrros sucesivos con cada uno de los cuales tienen diferentes problemas los hermanos, pero hay uno que se porta muy bien con ellos y con la mamá. Entonces, se ponen de acuerdo los hermanos para hacerle difícil la vida de pareja con la madre precisamente porque es bueno y eso es una amenaza para ellos en cuanto puede establecerse fijamente y hacer que la madre los abandone, cosa que realmente sucede, pero cuando ya están en edad avanzada, iniciando la adultez y superada la adolescencia.

El relato de Gustavo (pseudónimo) nos descubre otra forma de padrastro que más bien hay que tomar como un caso particular, un tanto excepcional, aunque se presente más de una vez. Es el padrastro de un hijastro que nunca lo pudo tomar como tal porque siempre fue vivido y experimentado por él como papá hasta su

muerte y cuya condición de padrastro la descubre siendo ya adulto. Un tipo de figura muy explotada por las telenovelas, la del «hijo de otro hombre».

Se presenta cuando la madre, que está unida e incluso casada, con un marido, concibe al hijo de otro hombre, pero el hijo nace dentro del matrimonio y aparece como fruto del mismo. Siempre, de todos modos, alguien en la familia está al corriente de los hechos, pero lo mantiene secreto.

Dice Gustavo:

... mi hermano mayor, que es el que me antecede, él nunca perdonó a mi mamá y yo no sabía por qué, y eso era un secreto que nunca me quiso decir. Él y yo estuvimos internos un poco de años, de niños, y él nunca me quiso decir y en el tiempo me enteré yo primero, primero, por, por mi mamá, que es que mi papá no era el que murió sino otro que ella metió en la casa. Y yo empiezo a vincular y resulta que mi hermano conocía, mi hermano a los tres años ya sabía que mi mamá se metía con ese hombre al cuarto y engañaba a mi papá.

Esta clase de situaciones, observación de la llamada «escena primaria» por los niños, que se pueden presentar en cualquier tipo de familia, de cultura y de sociedad, en la familia matricentrada se hacen más frecuentes porque la poca significación del padre y del marido se presta para ello.

El caso extremo, ya enfermizo, de rechazo a la simple posibilidad de que la madre acepte una relación con otro hombre una vez muerto el esposo lo encontramos en la ya señalada tragedia de la tía que Pedro narra en su historia-de-vida. El conflicto termina incluso en un suicidio.

Hemos encontrado, de hecho, consecuencias gravemente negativas de las experiencias de padrastro en las que se percibe una grave falla de madre, unas veces de desviaciones hacia la drogadicción y, en el caso de Joel, hacia la vida delincencial. Joel, en efecto, como muestra en su historia-de-vida, ha sido desde el nacimiento un niño muy enfermo y, por tanto, muy dependiente de la atención materna. Si bien con el tiempo supera las enfermedades y se convierte en un joven fuerte y sano, la necesidad de atención materna le queda como estructura psicológica de fondo. Cuando los padres se separan y la madre va estableciendo relaciones sucesivas con distintos hombres, que para él son padrastrós, percibe que esa madre se centra en las nuevas parejas y se desvía de los hijos fallándoles en su necesidad de atención. Joel, aunque ya es un hombre, cambia radicalmente de conducta y se entrega a la vida violenta delincencial. Muere muy pronto en un accidente de moto, pero entre los familiares y amigos hay sospechas de que ese accidente lo provocó él mismo en una especie de suicidio indirecto. El problema también aquí no se centra en la experiencia de los padrastrós, sino en la vivencia

de falla de la madre en su función de atención permanente al hijo que nunca deja de ser tal.

De todo esto se puede deducir, sin que ello haya de ser tomado como una determinación, que la introducción de un padrastro en la familia matricentrada no produce problemas de importancia para las hijastras y sí muchas veces para los hijastros.

La socióloga Judith Borden, miembro del CIP, se refiere a su experiencia, como profesional, en el Instituto Nacional del Menor (INAM):

Desde 1963 a 1967, tuvimos la oportunidad de conocer de primera mano las causas de ingreso de menores hembras en el Instituto Rodríguez Llamozas, institución del Consejo Venezolano del Niño, luego INAM, para menores con problemas de conducta. Al equipo técnico que allí laboramos le llamó poderosamente la atención el hecho de que teníamos alumnas que no presentaban trastornos de conducta y que habían sido remitidas al internado por sus madres. Era común para la época que los padres amenazaran a sus hijos con enviarlos a un internado o «retén» del INAM, «si se portaban mal, o sacaban malas notas». Se decidió investigar durante tres años consecutivos a las menores que eran remitidas por sus madres y, al ahondar en las causas que motivaban la exclusión del núcleo familiar y consiguiente reclusión en un internado para menores con problemas graves, incluso homicidios, las historias-de-vida denunciaban acoso sexual o violación por parte del padrastro de turno. Se trataba, en estos casos, por parte de la madre, de la eliminación de la rival, de mantenerla alejada de la casa y naturalmente del padrastro. Esto cuando las menores no presentaban problemas de conducta relevantes. Las que presentaban problemas, incluso muy graves, también en la gran mayoría de los casos encontramos el mismo conflicto y la consiguiente exclusión del hogar por parte de la madre, tanto que cuando nos llegaba una joven en tales circunstancias lo esperable era siempre encontrar en el origen la misma circunstancia.

253

Estos datos nos muestran una importante diferencia en la conducta de unas y otras madres. No se producen problemas de conducta cuando el alejamiento de la casa puede ser interpretado como un intento de protección, mientras sí se producen trastornos cuando ello significa para las jóvenes una falla de la madre que prefiere el marido a sus hijas.

No es lo más importante la presencia, las insinuaciones ni las presiones del padrastro, es la falla de madre que no opta por la hija y no la defiende, no se compromete con ella a fondo. Hay falla grave de madre cuando introduce al padrastro y lo prefiere.

Esta falla, a la larga, como venimos repitiendo pues se da con insistencia, es menos perjudicial en la hembra que en el varón porque para la mujer en la familia

matricentrada la madre es muy importante, hasta que ella misma se convierte en madre porque en el horizonte de su vida diseñado por el mundo-de-vida y la cultura está planteada la autonomía de ella en su identificación de madre.

En el futuro está previsto que ella va dejar de ser hija para ser madre. Así, el quiebre de la relación madre-hija no es crítico por eso, en cambio en el varón ese quiebre se instala en el núcleo de su identificación como persona para toda la vida y para su proyección hacia el futuro porque él es hijo, hijo-de-esa-madre y no otra cosa, y no está previsto que deje de ser hijo porque no hay otra identificación en su horizonte.

Hembra y varón tienen maneras distintas de enfrentar el problema de las relaciones de la madre con su padrastro por la proyección hacia el futuro de sus propios vínculos, tal como hemos señalado. La seguridad de la hembra no va a estar en el vínculo pasado sino en el vínculo futuro y nuevo con el hijo que está en su horizonte, mientras en el varón no habrá vínculo nuevo pues no tiene en su horizonte ser padre ni ser propiamente esposo.

La historia-de-vida de Julia (pseudónimo), recogida por la doctora Mirla Pérez, nos muestra con claridad y en una situación extrema cómo el conflicto no es directamente con el padrastro, personaje casi monstruoso en su caso, sino con la madre que acepta todos sus abusos. Julia es una joven delincuente que trafica con drogas, roba y entra en complicidades en homicidio dentro de la cárcel. Su mamá trae al padrastro al hogar. Dentro del hogar simultáneamente el hombre establece una relación también con su abuela y con la hija mayor, que es Julia. Al mismo tiempo intenta violar a sus tres hermanas, pero no lo logra. Julia, sin embargo, no culpa al padrastro directamente sino a la madre, que no puso límites, que no estableció los controles ni protegió a las hijas contra los abusos del hombre. Aun cuando debería lógicamente decir que el malo es él, desvía el discurso para ubicar el foco en la falla materna.

Hasta ese punto llega el sentido de la familia matricentrada como cultura y fundamento de un mundo-de-vida. Cultura es cultivo y la persona ha sido «cultivada» en ese *humus* desde generaciones anteriores. Sus respuestas, sus actitudes, sus emociones, sus sentimientos, la forma de producirse y elaborar, su conocer el mundo, surgen con naturalidad como frutos de esa planta y no de otra. «No se recogen higos de los espinos», glosando las palabras de la Biblia.

Culpabilizar a la madre, cosa que se da en todos los casos, es la estrategia principal que usan los hijos, no para liberarse del padrastro directamente, sino para recuperar la exclusividad del vínculo provocando al mismo tiempo la ruptura de la pareja para dejar de nuevo sola a la madre con sus hijos. Para el padrastro de esa manera la intimidad se le vuelve imposible. Sólo puede permanecer una figura de pareja si él definitivamente acepta su posición de tangente. Pero aun en

ese caso, y hemos visto que siempre el padrastro ya previamente ha tomado la actitud de prohibirse traspasar esos límites, si es percibido como amenaza hacia la exclusividad del vínculo madre-hijos, tendrá que romper esa figura y alejarse.

La madre es la garante de esa exclusividad. Se le reclama que no la defienda. Esto es importante porque el hijo, en todo lo que hemos visto, no es responsable de mantenerla. La responsabilidad siempre se centra en la madre. La madre es la que debe mantener la estructura. La madre es siempre la culpable, la responsable, la que debe fomentar, la que debe organizar.

Un aspecto particular y muy importante para la comprensión del fenómeno padrastro es que, en la mayoría de los casos, después de haber fracasado en una primera experiencia, el hombre vuelve a repetirla, incluso más de una vez, como en el relato de Juan, que llega hasta seis experiencias sin que ellas hayan agotado otras posibilidades futuras. Mientras hay vida, hay esperanzas, podría decirse.

Nos preguntamos: ¿qué hay en el varón venezolano que le induce a repetir y repetir esa misma experiencia? Alguien pudiera atribuirlo a irracionalidad, a dejarse llevar por los impulsos, incluso a buscar la comodidad de tener siempre una mujer que le resuelva los problemas de la vida ordinaria, como lo hizo su madre cuando era niño y joven. Son respuestas de sentido común, que no satisfacen la preocupación de entender los procesos dinámicos que se dan en una sociedad cuando los mismos fenómenos se repiten y son generalizados. El hecho de que se trate de un fenómeno ampliamente compartido por la mayoría de los hombres venezolanos y no sólo los de los sectores populares, nos permite sospechar que algo debe haber en la cultura de fondo que lo facilita.

¿Qué hay en la cultura que no le permite al hombre venezolano negarse a seguir en eso y permitirse hacer su vida solo? ¿Estará la respuesta en una supuesta necesidad de ser padre, impedida en su realización por la cultura? Hemos visto cómo la familia matricentrada no permite en su estructura la figura paterna y cómo la madre y las distintas figuras de madre que puede haber en un mismo hogar e incluso fuera de él se coaligan para hacer imposible el padre como significado. Esa misma dinámica, con las variaciones propias que introducen los hijos de otras uniones y la experiencia que se remonta a muchas generaciones pasadas, se reproduce en este ámbito del padrastro. En el fondo, podemos encontrar aquí el mismo esquema y la misma línea de actuación que ya hemos visto en relación con el padre. Hay, sin embargo, una novedad a ese respecto: la insistencia en repetir una experiencia abocada al fracaso. También el varón venezolano repite su experiencia de engendrador con distintas mujeres y en diferentes tiempos, pero en eso no se aboca a ningún fracaso ni parece repetir proyectándose como padre imposible.

Ahora bien, sabemos que el varón venezolano vive siempre su necesidad de padre y se pasa la vida buscando un padre, ¿pero también busca y necesita ser padre,

aunque sepa que es un intento abocado al fracaso y, entonces, la compulsión del padrastro a repetir esa experiencia será otra forma de satisfacer esa misma necesidad? La experiencia de los jóvenes padres que cargan sin ningún reparo a sus hijos pequeños en público y muestran con ellos su ternura paterna, absoluta novedad en la tradición popular venezolana, a la que nos hemos ya referido, nos permite pensar en una necesidad y una tendencia inscrita en el varón, más allá de la conciencia y más allá, incluso, de la cultura y de la tradición por las que hasta ahora ha estado reprimida («los cuervos que te sacarán los ojos»), y que quizás haya que basar en una huella antropológica propia de la especie humana. A la huella, no necesariamente antropológica, ya nos hemos referido.

Todos los padrastros, y Juan específicamente, hablan del rechazo de los hijastros como doloroso y eso indica con claridad que no se quiere el rechazo. Si no se quiere el rechazo, se quiere su contrario, la aceptación y, además, afectuosa. El padrastro que la logra, habla con profunda satisfacción. La afectividad es lo que constituye la esencia del ser padre en cuanto ser humano, no la biología. Es el afecto, en todas sus variantes positivas, lo que hace que un padre proteja al niño, que quiera estar con él, que se alegre con su vitalidad y sufra con sus dolores y enfermedades.

Aquí nos encontramos ante deseos y dolores que no son individuales sino que son compartidos por la gran mayoría de los varones. Es un fenómeno social y, además, perfectamente justificado por el tipo de familia matricentrada. ¿No hay, pues, en el hecho puro de repetir con insistencia una experiencia que está destinada a fracasar, algo que supera a las fuentes y a los factores del fracaso?

Vista en términos de racionalidad, se trata de una insistencia que objetivamente está más allá de toda razón, que debería haber desaparecido como cualidad del varón después de una tan larga historia de realización imposible. Cuando en la realidad humana encontramos algo que no tiene sentido en un determinado contexto cultural, hay que buscárselo fuera de ese contexto, a menos que queramos pensar que existe la conducta humana completamente absurda, lo cual puede ser concebido en la individual, no en la compartida por todo un mundo-de-vida.

Todo esto nos permite la hipótesis de esa huella de la que hemos hablado y que, por otra parte, puede también ser pensada como el factor dinámico capaz de impulsar cambios profundos en la familia matricentrada, un esbozo de los cuales se anuncia en la ya señalada conducta paternal de los jóvenes padres.

El padre como figura social del discurso materno

Cuando Felicia dice: «No conocí mi padre», está manifestando una realidad compartida, en lo físico, por gran parte de los venezolanos y, en lo vivencial, por todos los que han nacido y se han criado en la familia matricentrada.

El conocimiento del padre, en efecto, no es producido por la experiencia directa de la relación personal con él, sino como resultado de una mediación relacional de otros, o sea, no por aprendizaje experiencial sino por aprendizaje social.

No es el conocer que nombra algo que está, de principio, inserto en el vivir, esto es, en el discurrir cotidiano, compartido e histórico de la vida, un acontecer del vivir desplegado en toda práctica y regido por la práctica primera e integradora del mundo-de-vida popular, una comprensión integral en la co-vivencia y la in-vivenciación de la trama de relaciones. El des-conocimiento, pues, ha de ser comprendido como una no-vivenciación.

Para Felicia queda abierto, sin embargo, otro ámbito del conocer consistente en la búsqueda de los vestigios del padre biológico. Su investigación se aboca entonces a encontrar las características y el sentido del padre ausente en el interior de su comunidad-trama-de-vida, en el ámbito social. El padre, entonces, no puede ser dicho sino en la vivenciación y en el lenguaje de esta trama del vivir ya dada. Des-conocido y no-vivido en lo personal, el padre está signado por lo social.

El resultado es un padre conocido como producción social.

La primera mediación y la principal de todas, es la que establece la madre como ya hemos visto. «A largo tiempo, de cierto conocimiento, le pregunté a mi mamá. Mi mamá decía que había muerto». La madre es la fuente primera y predominante de información a la que recurre todo niño. Por la madre y en ella, el padre es un hombre des-conocido; es la madre quien oculta, poniendo punto y aparte, una posible descripción del padre concreto. Su muerte biológica, así proclamada, es también un imperativo de tachadura sobre el sentido y sobre el conocimiento, un profundo llamado incuestionado e imperativo a la des-sentidización del padre fallecido.

Tampoco Pedro conoce a su padre: «... yo no sabía quién era mi papá, y a mí no me decían quién era. No me decían que vivía tampoco. No. Mi abuela me decía que mi papá se había muerto». La mamá sí le dijo «que mi papá vivía y que era un hombre bueno, que hizo aquello (abandonarlos), pero bueno». Pero «ella no me lo había contaó, porque ella me lo contó después».

Ni Pedro ni su hermana conocen al padre propio, que es distinto para uno y otra. Cuando ese padre llega por primera vez y se pone a hablar con la abuela, los dos hermanos que están observando escondidos se dicen: «¿No será mi papá o tu papá?». «No, ése será tu papá», dice Pedro a su hermana.

Las informaciones de las distintas abuelas, el discurso de esas madres que le construyen el padre es contradictorio: «Mi abuela (la materna) me contaó allá: “tu papá es un desgraciao, así y así y asao, porque hacía esto...”. Entonces, mi otra abuela (la madre de su papá) acá me aclara: “no, hijo, así no es... tu papá nunca... tu papá, desde que te llevaron, siempre te buscó; lo que pasa es que no te encontró...”».

Tanto para Felicia como para Pedro las informaciones son contradictorias y van formando en ellos un padre que poco tiene que ver con la realidad.

Encuentran en su entramado comunitario —aún no tienen otra posibilidad u otro horizonte de significados donde buscar— un decir acerca del padre ausente.

El padre, de todos modos, no puede ser conocido ni pensado sino en una trama de relaciones familiares dadas desde siempre. En cuanto persona concreta, el padre no puede ser conocido sino en-una-familia, en una red de relaciones familiares concretas y cercanas. Tanto la familia de él como la propia llegan incuestionadamente hasta los abuelos. Ni siquiera se piensa una red familiar más allá de la segunda generación anterior, a menos, por supuesto, que se le pregunte expresamente, y ello indica que no es en la historia lineal de antepasados de la familia donde tiene sentido la vivencia raigal de la experiencia de vida, sino en el vivimiento del entramado familiar y comunitario concreto y de presencia actual. En este entramado familiar de relaciones de corto alcance se supone que se dan características propias de la persona del padre. Para decirlo con las preguntas de Felicia: «Quién era, quién vivía, cómo era; que esto, que lo otro». «Quién era» y «cómo era». Un «quién» específico definido por la vida-humana y un «cómo» definitorio del modo de situarse esta persona en la realidad o, de nuevo, su personalidad.

Del mismo modo, la referencia de Pedro es a los abuelos paternos y la abuela materna.

El mundo-de-vida popular es un mundo constituido por personas; personas-en-familia.

Sin embargo, lo sabemos por otras historias, esta manera de construir una figura de padre es característica del modo comunitario-relacional de integrar al vacío de padre la vivencia de un posible padre sustituto. El padre biológico siempre está inscrito como una oquedad, cuando menos como una fuerte duda, con un sentido que flota en el vacío. Éste es, por supuesto, un tema mucho más complejo; pues así como la madre ha querido llenar esa oquedad de padre reduplicándose, de la misma manera el hijo exige la llenura de esa ausencia presente, bregando para sí la exclusividad de los afectos de la madre. La figura masculina con sentido real para los hermanos de un mismo útero, por otra parte, está presente en el hermano mayor; éste es realmente, en el acaecer real de la familia, el sustituto afectivo de la pareja de la madre.

Así, ya en la niñez de Felicia se ha formado el recipiente vivencial-cognoscitivo, una trama afectiva en la que habrá de situarse la figura del padre y del futuro o los futuros padres sustitutos, un padre concreto construido con las múltiples vivencias experimentadas en la relación con algunos de los hombres cercanos al nudo y núcleo familiar y también con la irrupción de un varón protector en alguna coyuntura crucial de la vida de la niña. Así, el ejercicio de la paternidad le corres-

ponde a la trama de relaciones masculinas tangenciales a la superficie del sentido matril, una trama proveedora de vivencias paternas dispersas y fugaces imposible de ser aferradas en su sentido pleno y construida con la concreción singular del aporte de cada sustituto o padrastro. Incluso en la adultez los padres de los hijos-de-ella, los hijos de Felicia, asumirán una función muy bien determinada y signada por el abandono: proveer a la familia, aun a distancia. Las condiciones de posibilidad de padre que ofrece la cultura ocultan los caminos abiertos a otras posibilidades. El padre, su huella, permanece des-activada por la cultura.

Cuando se le pregunta si su mamá le hablaba de su papá, responde:

Sí, después que yo tuve más conocimiento ella me hablaba de mi papá porque yo insistía. Yo siempre me sentí entre mis hermanos como... la persona más... como algo salido así de las normas, porque yo quería saber. Yo quería saber por qué... nosotros no teníamos un padre. Cuando yo le preguntaba a mi mamá, ella me contestaba: —Tu papá se fue de viaje.

La respuesta va más allá de los datos y Felicia despliega y apalabra otros sentidos. El decir acerca del padre exige un conocimiento previo en la madre y una intención clara y permanente por parte de la hija. La niña debe insistir, una y otra vez, de una y muchas formas, en la búsqueda de una comprensión firme respecto a un hecho de vida en términos de común comprensión y aun en contra de la gramática: el hecho de que «el padre siempre no está». Tal búsqueda coloca a Felicia en un modo propio de situarse en la realidad que la distingue de sus hermanos. Las «normas», en este caso, consisten en la aceptación incuestionada de la reduplicación vivencial de la madre, una madredad omniabarcante del sentido del vivir de los hijos y por ende excluyente de toda otra fuente del mismo sentido, el padre.

En realidad, la madredad duplicada no es comparable con el padre, ni siquiera análoga a él. El padre provee, colabora, ayuda, pero no sustenta en ningún sentido vital. Hasta en lo económico el padre es una contingencia, una circunstancia que, sin más, puede alejarse de la familia. «Cuando yo le preguntaba a mi mamá, ella me contestaba: —Tu papá se fue de viaje» (...) «Me decía mi mamá: —Él se fue a trabajar. —¿Y por qué no ha vuelto? —Bueno, porque se quedó trabajando». Eterno peregrino y sempiterno abandonante de múltiples núcleos familiares. Quedarse trabajando señala también la libertad del hombre para establecerse en la periferia de otro nudo familiar, «tener otra mujer». Extraño vinculador externo—él mismo no es un vínculo—entre varios nudos familiares que él ha contribuido a formar. Familias conectadas por una vinculación externa y extraña, por una figura de padre que las hizo pero a las que nunca perteneció. Una madre le dice a otra refiriéndose a Felicia: «Ella es de las hijas de... de tu marido». Dos tra-

mas familiares comparten un padre social vinculante de las capas externas de cada nudo familiar.

Entonces, yo insistía en preguntarle: —¿Cuántos hijos hay en ti de mi papá?

Me dijo: —Hay cuatro.

Contesto y digo: —Y nosotros seis; somos diez.

Dijo: —Sí, pero tu papá no me dejó nada.

Y entonces le dice mi mamá: —Ella no te pregunta por lo que haya tenido de él, sino que ella quiere saber de tu familia.

Tanto para una madre como para la otra, la vinculación entre ambas familias de hermanos se halla en lo que el padre pudo proveer, en la función circunstancial de éste.

Felicia cuenta los hermanos y los incluye en un conjunto, pero no son iguales los hijos de su madre y los de su padre en otra mujer, porque ellos son de otra familia: «ella quiere saber de tu familia», le dice una madre a otra. La cualidad de hermanos, ese vínculo, de no ser por las madres, no existe y da igual que aquel hombre sea el papá de unos y de otros; la familia es una familia concreta, en la madre de cada quien. Así el padre no cuenta, aunque aporte alguna cantidad de hijos en la madre. La familia verdadera está anudada por la madre. La inquietud de Felicia encuentra, pues, una estructura funcionante de familia como ámbito de respuesta y como recipiente de sentido para su pregunta.

«Bueno, yo te voy a decir la verdad: nosotros nos dejamos. Él murió», es la respuesta a la pregunta sobre su padre que la otra madre le da a Felicia. Esta verdad, la verdad respecto al padre, tiene su fundamento en el abandono. Dejarse es, justamente, el destino del padre y la madre, no como acuerdo sino como práctica concreta del vivir. La pareja es ese espacio relacional, siempre circunstancial, por el cual tiene que pasar la madre para establecer su familia propia¹⁵.

15 En este apareamiento, nunca exento de sueños, cariños, amores, proyectos y acuerdos, gozos y conflictos, cualquier hombre sirve, y no tiene por qué ser el mismo. Él, aunque esté destinado a buscar un hogar, y esté impelido a formarlo para sí mismo —sabemos por otras historias y por otras fuentes—, también ha de servirse de una mujer, de varias mujeres. Para la una, sin embargo, y en esto consiste la distinción, no es correcto vivir con —«ponerse a vivir con», se dice— dos hombres a la vez; para el otro es imperativo buscar su seguridad emparejándose con varias mujeres; una, dos o más mujeres al mismo tiempo, o solo; da lo mismo, pero la soledad promueve la sospecha acerca de su hombría y su virilidad. La hombría y la virilidad, traducidas en machismo (un machismo de doble sentido, puesto que el machismo-poder y el machismo-sexo identifican su ser hombre) son, también, la garantía de su independencia y de su libertad respecto a un nudo familiar concreto.

En el fondo, para la madre cualquier hombre sirve (puesto que «no hay hombre fiel», nos dice Felicia más adelante). Su servicio está mediado, por otra parte, por las reglas afectivas y culturales impuestas por la misma madre —la de él, y su esposa—, y por el vivido histórico que lo ha signado como abandonante.

La verdad es que «nosotros nos dejamos». ¿Cómo es que la verdad acerca del padre incluye a dos sujetos, a un nosotros? De nuevo, este hombre fue padre porque esta madre «estuvo con él». Ese hombre existe en tanto figura paterna sobre un fondo que lo sostiene. El juego figura-fondo emerge de un horizonte relacional mucho más amplio: hay padre dado que hay madre, no viceversa; no hay padre porque hay madredad, nunca lo contrario; la verdad es que no hay hombre en tanto tal, su vivirse hombre está mediado por una madre: hay sólo hijos y madres¹⁶.

«Él murió». Éste es el cierre definitivo para el intento de Felicia por vivir padre, una cerradura nombrada como verdad incuestionada en la corroboración de un hecho de vida —el morir del padre— en la trama comunitaria. De manera que en el conocimiento de Felicia el padre biológico es, más que una relación fundante y necesaria para su existencia singular, un asunto puntual respecto a su enredadera genealógica; el des-conocimiento de padre está sellado e informado por una ausencia presente definitiva. Una oquedad que, sin embargo, no es de su exclusividad. Oquedad presente, positiva y real, en el entramado cultural, en una cultura sin-padre

- 16 JC. Tú has repetido varias veces que lo más grande es una madre y un hijo. ¿Sí? En eso estamos claros, pero en la historia hay una confusión, una nostalgia por tu papá, hablas de tus hijos, pero no del papá de tus hijos en ningún momento. Dices: bueno, el papá de mis hijos, y él estuvo conmigo, y mis hijos han visto un solo padre; y todas esas cosas. ¿Cómo queda el papá en todo eso que dices? ¿Tus hijos no sentirán lo mismo que sientes tú respecto al padre?
F. Pienso que no.
JC. ¿Cómo es eso?
F. Porque si a él le hubieran importado sus hijos como me importaban a mí, él no se va, él lucha con sus hijos.
(...)
F. Porque si yo que soy la madre, que llevo esta carga y nunca la boté, yo nunca me fui y hasta el presente estoy.
AM. ¿Pero a ti se te hubiera ocurrido alguna vez irte?
F. No, no podría, aunque quisiera. Si yo lo hubiese querido lo hubiese hecho, pero no lo quise, yo estaba por mis hijos y vivo para ellos.
(...)
JC. ¿Y el padre de tus hijos para qué viviría entonces?
F. ¡Ay, yo no sé! ¡No sé!
JC. ¿Él tendría otra cosa por qué vivir?
F. ¡No sé! No te sé decir. Porque yo te explico desde mí. Pero de ellos, allá no sé. Porque si ellos hubieran querido estuvieran luchando conmigo. Ahorita anduviéramos como dos pajaritos agarrados de la mano, con nuestros hijos grandes, con nuestros nietos y esto. Ésa es la cosa más bella que puede haber.
WR. Pero fíjate que tú dices que tú prefieres vivir así, sola; que tú hace tiempo estás viviendo sola.
F. Sí.
WR. ¿Tú prefieres así, tú no piensas que sería...?
F. Yo prefiero vivir sola en el sentido de no tener esposo, pero no sola de mi familia, porque siempre la tengo.
WR. ¿Tu familia son tus hijos?
F. ¡Mis hijos! Cuando no estoy con uno, estoy con el otro. Yo pienso, yo no sé si todas las madres piensan igual que yo, porque yo veo a mis hijos y yo los veo y lo más grande que yo siento, y yo me levanto de noche, y hombres casados, los arropo, los miro, los toco. ¿Ve?
JC. ¿Y son papá también?
F. ¡Y son papá! Pero yo estoy allí. (Conversación).

concentrada en la historia-de-vida de Felicia como ejemplo de apalabramiento de un mundo-de-vida íntegro y con reglas de vida (practicaciones) propias.

Felicia hasta este momento no sabe en realidad si está vivo o muerto, porque muchas veces le han afirmado su muerte. Por eso sigue insistiendo en la indagación. Lo que consigue es el padre producido en el discurso de los demás, o mejor, de las demás, las mujeres con las que estuvo y las que de cualquier otra manera se relacionaron fugazmente con él.

«Y entonces ella me dijo: —No... tu papá era un hombre muy simpático, alto, delgado, blanco, muy fino», un hombre ideal y ejemplar, o un ejemplar masculino de características personales atractivas, «pero fue un muchacho que se salió del arrimo de sus padres muy joven y hizo su vida. Su... quizás su familia no sabe que él habrá muerto». De apariencia ejemplar, ese hombre tiene, en tanto padre, una imagen difuminada sobre el fondo relacional que lo destaca: abandonante de su familia primigenia, no es de extrañar que también lo sea de cualquier otro nudo familiar; salido del arrimo de sus padres es una persona flotante sobre el entramado comunitario, definida por la ejecución del abandono a la familia desde su juventud y sin pertenencia raigal a una trama de vida concreta. El reclamo no se hace esperar: ¿cómo se le ocurre a alguien morir sin siquiera avisar a su familia? No se puede abandonar a la familia, mucho menos a la propia madre.

262

«Bueno, entonces vuelvo a preguntarle: —¿Pero por qué murió?, ¿por qué murió?! Mi mamá, que presente estaba, me llamaba la atención: —¡Cállate! ¿Por qué tú preguntas tanto? Y yo le dije: —No, porque yo tengo que saberlo». Las preguntas de Felicia, hechas sobre el reconocimiento de un abandono y de una ausencia irrevocables, llaman inmediatamente la presencia de la madre, y es esta presencia lo que calma el vacío-de-padre. Las preguntas, sin embargo, no buscan sólo una causa, pues, en primer lugar, Felicia pretende rasgar el velo de un tenaz ocultamiento respecto a la figura de su padre; ella intenta comprender el cambio del sentido y la desvirtuación de sus expectativas en relación con el padre. La trama de relaciones comunitarias corrobora el dis-sentido de padre y su no-necesidad para el nudo familiar o para el vivir singular.

Sobre el padre recae, de nuevo, el silencio: ¿por qué preguntar tanto acerca de algo que no puede existir? La necesidad de Felicia de saber acerca de su padre es tan sólo la consecuencia de una decisión inquebrantable: la búsqueda del sentido de una ausencia presente en su singularidad.

La respuesta de «la señora» amplía la información, pero al mismo tiempo reafirma la lejanía y la soledad de ese padre del que Felicia sólo conocerá una figura.

Entonces me dijo la señora que... mi papá... Bueno, él... era un hombre que tenía distintas mujeres. No solamente las dos que yo había conocido, que eran mi madre y la

señora llamada Ernesta. A la larga el señor se enfermó con una fiebre, con una tos, algo así. Entonces, se fue aniquilando y el señor murió. Y lo enterraron los vecinos.

«Ese señor», nombrado en la lejanía de un vínculo extraño y fugaz sólo presente en el discurso, por su misma dispersión sexual —«tener varias mujeres»—, es un hombre solitario, sin una vinculación fuerte que sustente su vivir. La trama de relaciones comunitarias es el segundo espacio humano con el cual él habrá de contar, incuestionadamente, para sobrevivir o, en este caso, en el morir. De manera que su vivir flota sobre el sentido fundante del mundo-de-vida y aun así, flotante, le pertenece a este mundo.

Ni siquiera cumple con el mandato que, en el discurso social, le ha encomendado el mundo-de-vida, el de ser proveedor, porque este «señor» —no tenía nada. Él era un hombre muy limpio. Él fue egoísta para, en ese aspecto, porque no tenía que hacerlo».

Ser proveedor es la principal función real que tiene, siempre tangencialmente, el padre en la familia matricentrada. La función de proveedor es la que le obliga a establecer relaciones con el otro mundo-de-vida, el de los sectores y las instituciones modernas. Esto lo convierte en la cabeza de puente que debe entenderse con el mundo externo a la cultura popular propiamente dicha, la de la familia centrada en la madre, con las reglas del trabajo y de la economía establecidas como posibilidad rectora de la vida. Se supone y se exige, pues, el éxito del hombre en su incursión dentro del mundo moderno. Y, en cuanto cabeza de puente, él mismo es un espacio por donde puede transitar la madredad, es decir, una mediación en la cual habrán de entenderse ambos mundos-de-vida, ambos topos. Su vivirse proveedor hunde sus raíces en este imperativo comunitario. Moverse en el otro topos significa, también, la consecución de mejores posibilidades de sobrevivencia, sobre todo económicas.

A Felicia no le queda otra alternativa que la de pensar a su padre como fuera de sentido. Si al padre los hijos no logran conectarlo con la madre, no puede tener sentido pues todo el sentido es materno y en el fondo no hay otro. Una persona no puede estar suelta de vínculos maternos, una persona así no es pensable. Quizás por eso Felicia insiste e insiste en preguntar.

La niña Felicia parece no entender, aún, la extraña elección de vida de su padre y sólo la puede comprender como egoísmo. La trama-de-relaciones-en-madre, la madredad es incuestionable. La trama-cultura construye, desde ella misma, al padre que históricamente ha necesitado para ese mundo relacional.

«... Hasta ahí yo sé de mi padre». Y sólo sabe el que otras madres han construido como discurso en la trama del mundo-de-vida. Hasta aquí, ciertamente, llega el horizonte del saber acerca de su padre; pero no es el término del conocer, puesto que ese des-conocimiento de padre será actuado por Felicia como regla de

vida en el acaecer de su existencia singular. En la historia-de-vida inicial no se encuentra otra referencia al padre biológico. La preocupación por ese padre desaparecerá del discurrir de la historia cuando Felicia comience a ejercer su madredad, esto es, cuando el sentido de su vida re-crea completamente la relación madre-hijos; sus hijos-de-ella tienen distintos padres biológicos, pero para ella no hay cuestionamiento por ello; en ella y sus hijos vive el sentido.

La huella padre constituye un ámbito de la vida abordado por el modo singular y dis-tinto de habérselas la comunidad histórica popular con su realidad vital; la tristeza, el vacío y el des-amor que acompañan a esta huella son producidos en este mundo-de-vida, por tanto sólo en él tienen un sentido pleno. El sentido construido como figura social del padre se produce en este mundo-de-vida centrado en la madre. Que este modo de des-conocer y de vivir al padre pueda ser encontrado en otros estratos e, incluso, en el mundo más modernizado de nuestra sociedad, indica, sobre todo, la existencia subterránea y latente del mundo popular en todos los ámbitos sociales.

Ello tiene serias implicaciones para el acontecer nacional. Las instituciones, por tomar sólo un ejemplo de los muchos presentes en la historia de Felicia, tienen el mismo sentido con el que la cultura ha impregnado al padre. La representatividad social que acompaña a cualquier funcionario está henchida de ese no-sentido de padre.

Las figuras parentales, en cualquier cultura, son ciertamente un artificio ordenador de las comunidades concretas y de la sociedad en general. El modo de funcionar idealmente una sociedad cualquiera, sabemos por la antropología y la sociología, depende muy significativamente, en sus raíces, de esa vinculación primaria. Cualquier proyecto de sociedad, exceptuando quizás el más radical proyecto actual de globalización liberal y económica de la vida, no puede prescindir ni del estudio de los mecanismos de socialización ni del estudio del funcionamiento y del sentido de los vínculos parentales. El establecimiento de estos vínculos, su institucionalización y su funcionalidad, no indican, empero, su necesidad en todo tiempo, espacio y sociedad. De hecho, el sentido de cada una de esas figuras difiere notablemente en culturas distintas, pero siempre están presentes de una u otra manera, con un puesto y una función determinadas. En el matriarcalismo, por ejemplo, y en Venezuela tenemos una cultura matriarcal, los wayuu, en la que el padre tiene un puesto subordinado al poder de las madres, un poder que se extiende a todo lo largo y ancho de este tipo de sociedad, pero erigido sobre el trasfondo patriarcal subordinado; de una u otra forma, la figura de padre resalta sobre un fondo matriarcal que abarca todo el vivir de los que a ella pertenecen.

La distinción radical de la figura de padre vivida en el mundo-de-vida popular respecto a las figuras parentales de la sociedad occidental consiste, justamente, en el modo de su acaecer cultural propio, en su sentido y en el ámbito de vida que sos-

tiene su huella. El padre, en la cultura popular, es llevado a ejecutar una función mínima mediante la des-activación de las posibilidades de su existencia. Su consistencia (su entramado interno y su función) se encuentra sólo en el decir y des-decir matrial de la trama de relaciones populares; el decir lo apalabra y lo crea, el des-decir le prohíbe existir autónomamente. El ámbito de sentido que sostiene su huella es, justamente, la relación matrial. La madredad produce ese vivimiento de sentido fuerte, seguro, fundante, en el cual se da el vivir. En este ámbito de vida el padre constituye una oquedad, un vacío vivido como presencia de una ausencia afectiva y como una relación signada por el des-amor; es el otro polo de la relación matrial.

El padre sustituto

Veamos ahora, con el máximo de claridad posible y en toda su importancia, la figura del padre sustituto, o, más bien, de los sucesivos padres sustitutos que cada venezolano suele experimentar cuya presencia no llega nunca a llenar el vacío de padre. Es precisamente la figura del padre y la presencia de su ausencia, lo que constituye como la columna vertebral de la historia de Pedro, la cual de todos modos siempre está sustentada sobre la firme y omniabarcante figura de la madre.

Permítasenos repetir aquí lo que ya expusimos refiriéndonos a la madre sustituta para establecer las diferencias y contrastes con la figura del padre sustituto. Es muy importante distinguir entre lo que significa para el hijo la madre sustituta a diferencia del padre sustituto. La madre, al parecer, a menos que no haya habido presencia desde el nacimiento, resulta, en cuanto realidad, insustituible, esto es, su presencia permanece por debajo de la figura que temporalmente la sustituye, la cual, además, recibe de ella, la madre, el sentido, la justificación, el fundamento y, sobre todo, la cualidad de madre, la cualidad que la hace madre y no simplemente abuela, tía, madrina, etc., con una madredad derivada.

La ausencia del padre, en cambio, aunque haya habido experiencia de su presencia, aunque el niño, en la frase feliz de José Luis Vethencourt, haya «probado padre», lo borra de tal manera que puede ser realmente sustituido. Es más, el sustituto puede ser vivido como el padre verdadero, aquel en el que se encuentra el vínculo paterno que con el propio o biológico no se pudo nunca establecer o que se perdió. En la historia-de-vida de Pedro, lo encontraremos con impresionante fuerza.

La experiencia del niño Pedro con un señor que trabajaba como guarda de valores en el Servicio Panamericano de Protección, a quien ya nos hemos referido y con quien tuvo un fortuito y fugaz, pero muy significativo, contacto es, sin duda, central en su vida. La narración está dotada de tanta fuerza expresiva, dice con tanta claridad y con tanta eficacia lo vivido, que no necesita mucho comentario. En ella, Pedro logra elaborar uno de los textos espontáneos de mayor belleza que quienes hacemos este trabajo hayamos nunca conocido. En su bús-

queda constante de padre, la presencia de «ese señor que apareció», como él dice, de este padre sustituto, aunque corta y fugaz, es tan intensa que le marcará para siempre dejándole una convicción de fondo: un padre es posible. En él, Pedro vuelve a «probar padre», aunque sólo sea probarlo, aunque no pueda saciarse de él, y lo prueba en lo más significativo de la paternidad, el cariño profundo.

Reproducimos aquí toda esta narración, ya publicada en la historia-de-vida de Pedro porque muestra con claridad, fuerza y expresividad el significado padre en la vida del niño venezolano con toda la elocuencia de sus ansiedades, sus satisfacciones, pero también su fugacidad, su frustración y su añoranza.

Vendiendo arepas... Yo me acuerdo de pequeño; más nunca lo vi, y, si lo veo, no me acuerdo de él. Y a lo mejor se murió. No sé, pero me acuerdo de aquel señor, que yo prácticamente creí que era, era como mi papá, pues. Yo estaba vendiendo arepas y se paró un carro de esos de Panamericana de Protección, de esos blindaos. Y yo le digo: —Señor, ¿va a comprar arepa?

Y me dice, me dice... Se me queda viendo y él se echa a reír; y yo: —Pero, señor, cómpreme la arepa, ande, que es la que me queda y quiero ir pa' la escuela.

Y entonces, él se reía conmigo porque yo le rogaba:

—Pero, vale, cómpreme la arepa, ande, cómprela que lo que me queda es esto y yo quiero ir pa' mi escuela, vale. Si no, mi abuela no me va a dejá ir.

Entonces, se echó a reír; y me dice:

—Bueno, vale, yo sí te voy a comprar la arepa. Y no me la voy a comer, me la voy a llevar. O si no, te la pago y tú te la llevas. ¿A ti te gusta estudiar?

Yo le digo: —Sí, a mí me gusta estudiar, pero mi abuela no me deja porque yo tengo que vendé las arepas y...

Y me dice: —¿A ti te gustaría que yo hablara con tu abuela pa' que te dejara ir pa' la escuela?

Digo: —A mí sí, porque yo quiero ir pa' la escuela.

Y entonces me dice: —¿Y qué grado tú estudias?

Yo le digo: —No, yo estoy en cuarto, yo estoy en cuarto. Y tengo buenas notas.

Y él me decía: —Entonces, a ti te gusta ir para la escuela.

—Sí, a mí me gusta, porque a mí me gusta pasar.

Porque yo siempre tuve una ilusión y mi ilusión era que yo algún día sería médico. No la pude cumplir, pero esa era mi ilusión. Yo decía: «Yo quiero estudiar porque yo quiero ser doctor».

Entonces me decía él: —Así que a ti te gusta la escuela; vale, mijo.

Me dice: —Caramba, yo no, yo no tengo hijos, pero tú eres chévere, ¿oíste? ¿Y a ti no te gustaría ser como yo, así un tipo que trabaja, gana sus reales, así como yo, y tal?

—Sí, sí, también me gusta.

Entonces me dice... Él llega y se... Me compró las arepas, y se bajó del carro, y me dice:

—¿Cómo te trata tu familia?

Digo: —No, vale, mi abuela me trata mal. Lo que me da es medio pa' que vaya pa' la escuela ¿no? Eso a mí no me alcanza.

¿Pero era una locha o era un medio?, le pregunta el cohistoriador.

No. Yo le decía así porque... O sea, me daba pena decir que era una locha.

Yo le decía:

—Mí abuela me da medio.

—¿Medio nada más?

Entonces, otros muchachos decían:

—Mentira, que a ti lo que te dan es una locha.

Y yo: —Sí —le decía—, no le pares, no le pares.

—Pero dime la verdad.

Entonces sí le dije:

—Mira, vale, sí, mi abuela me da una locha pa' ir pa' la escuela, y una locha cuesta una torreja y to' el mundo come torrejas, empanadas, fresco, y yo compro una torreja nada más, y no tengo más.

Entonces, el tipo me dice: —Mira, vale, está bien. ¿A qué hora tú te vas para la escuela?

Y yo le digo:

—Si tú me la compras, ahorita yo me voy pa' mi casa, como y me visto y me voy.

Como a las once me voy.

Eso era en la mañana. Entonces él me dice:

—Bueno, toma, aquí está, vete pa' tu casa —me compró la arepa—. Yo voy pa' Pariaquito. ¿Onde tú vives? —Y yo le enseñé la casa. —¿Y tú no me puedes esperar aquí, en la bodega?

Y yo le digo: —¿Pa' qué?

—No, espérame ahí en la bodega, que yo te voy a regalar una broma; y tal.

Yo digo: —No.

En aquel tiempo, le metían miedo a uno, y que era, que decían que era que se robaban los muchachos, y yo... no desconfiaba, me caía en gracia el tipo, porque era buena gente, pero tenía miedo. Pero entonces, yo fui y le conté a mi abuela y mi abuela me dijo: —No, muchacho; ve a ver; de repente es un tipo de esos que te quieren llevar, y tal.

Pero pasé sobre las órdenes de ella y me vine pa' cá. Yo me vine: «Yo voy a ver qué es lo que... A mí no me va a agarrá; yo corro».

Entonces, yo me vine; en vez de ir pa' la escuela, con los cuadernos; y me puse a esperar ahí en una piedra; y esperá y esperá. Y siempre me acuerdo del cornetazo. La corneta de ese carro sonaba muy buena. Y escucho el cornetazo por acáaa... lejos. Y

entonces, cuando llegó, vino, se metió en la bodega. Paró el carro en la bodega, el carro blindado.

La bodega de la esquina. Y me agarró y me cargó. Entonces, yo le digo:

—¿Qué, tú me vas a llevar?

—No. ¿Tú crees en esas tonterías?— me decía él. Me dice:

—Bueno, toma.

Me traía una torreja, empanadas, y me dio real, que por primera vez yo veía un billete de veinte así.

Yo: —No, ¿y por qué tú me das esto así?

—Bueno, eso es pa' que tú lo guardes y lo lleves todos los días pa' la escuela. Pero no se lo enseñes a nadie porque te lo van a quitar.

—¿Y pa' mis hermanos?

—Bueno, tú le das a ellos también, escondió. Pero si se los das a tu abuela, tu abuela te los quita.

—Está bien.

—¿Qué tú necesitas en la escuela?

Yo digo: —Ahorita lo que estoy necesitando es cuadernos, lápiz, sacapuntas y cosas así.

Yo le digo: —¿Por qué? ¿Tú me lo vas a regalar?

Me dice: —Bueno, puede ser. Si tú quieres, yo te lo regalo.

—No, eso es mentira. Tú no me vas a dar nada.

Y él me dice: —Tú no sabes lo que cargo yo ahí.

Yo le digo: —No.

—Yo ahí lo que cargo es real.

—¿A dónde?

—Ahí.

Yo tenía miedo a asomarme, ¿no?, pero él me dice:

—No, no tengas miedo. Cargo real. Ah, ¿viste? Llevo real pal banco. ¿Viste que nosotros utilizamos armas y tal?

Y yo le decía: —Así como la tuya tiene una mi papá, igualita.

Porque mi papá portaba armas. Y me dice: —Ah. ¿Así es la cosa?

Y me dice: —¿Entonces, te vas pa' la escuela? Me dice: —Okey, amiguito. —Me dijo eso: —Okey, amiguito, nos vemos mañana, que yo paso todos los días por aquí.

Ahora me pusieron nuevo aquí y yo paso todos los días por aquí.

El tipo, el tipo parece que era de Caracas, era de aquí, de aquí lo transfirieron allá.

Bueno, ya... ahí ya yo me entusiasmé más por vender arepas. Ahí sí me entusiasmé.

Ahí sí me dio ganas. Por verlo todos los días que él pasaba. Y todos los días se paraba.

Eso era una costumbre ya que él agarró. Entonces yo... Yo ni el nombre me acuerdo.

Yo decía: —Coño, éste no viene hoy. Y me decían todos: —No, tu amigo no viene.

—No, él viene. Él me dijo a mí que venía y yo lo voy a esperar. Yo no me voy pa' la escuela hasta que él no venga. Él viene.

Entonces, bueno, guardé mis veinte bolívares, los gasté con Norelis, y así, los llevé pa' la escuela. Le contaba a todos, todos, el amigo que yo tenía: —¡No...! Tengo un amigo en la Panamericana.

—¿Ah, esos, que cargan real?

Entonces le conté a la maestra: —Ah, qué bueno, Luna; y tal.

—Sí, maestra, me dijo que me iba a ayudar.

Entonces, un día pasa un tipo; y no era él. Y me puse a llorar. Entonces, el tipo... Ellos compraban arepas siempre, ¿no? Y entonces, yo voy y le pregunto:

—Mira. ¿Y por qué él no viene?

—Sí viene, vale. Lo que pasa es que se enfermó y no pudo venir hoy; pero te mandó un saludo y te mandó esto.

Un paquete así, con unos cuadernos; y decía, este..., de eso sí me acuerdo y me acordaré siempre, que decía: «Pa' mi mejor amigo, de tal, pa' Pedro». Y yo contento. Primera vez que veía un cuaderno con resorte, que yo lo iba a obtener, porque to' el mundo lo usaba menos yo. Yo usaba los cuadernos que me daban, y los cuadernitos de a medio, «Caribe», que me compraba mi abuela. Yo monísimo con aquellos cuatro cuadernos: «Bueno, tengo cuadernos. No tengo lápiz pero el lápiz después yo lo compro con lo que me dio». Entonces... eso era una fija. Ese tipo cuando pasaba, me dejaba un fuerte, me daba cinco bolívares, me daba diez. Ya yo me acostumbré a ver real que él me daba. Ya yo no le quitaba nada a nadie porque él me daba. Cuando vino mi mamá, que vino mi mamá a visitarnos, yo le conté. —Mamá...

Y me dijo: —Muchacho, pero...

—No, pero no es mi papá, porque yo sé quién es mi papá; pero es mi amigo, mamá.

—Sí, mijo.

Entonces, se fue... No sé cuál era la enfermedad que le había dao. Vino un día y llegó ahí. Yo salí corriendo y me le tiré en los brazos. Y me cargó, y me llevó pa' la bodega y bebimos fresco, compró arepas, me dio, me llevó... Él me llevaba siempre cosas de Maturín. Y entonces me dice: —Mira, aquí está lo que te traje.

Ahí sí llevaba un burto grande. Yo vi un burto completo. ¡¿Un burto?!

Yo siempre había anhela o tener un burto de esos que veía más... un burto de llevá cuadernos. Pues ahí llevaba él un burto, con media docena de cuadernos de resortes; llevaba un cuaderno de esos gruesos, pa' apuntes, me llevaba una cajita de lápiz Mongol, que ahí el lápiz Mongol no lo usaba casi nadie porque era lápiz caro, una caja de Mongol, me llevó una caja de color de sesenta y cuatro colores, que yo nunca en mi vida había tenía. Y, mira, aquello... Yo lloré de la alegría porque yo veía aquello y me parecía que era un sueño. Me llevó una docena de sacapuntas, y unos sacapuntas bien raros, muy bonitos los sacapuntas. Que después, yo me la echaba. Yo des-

pués, sí era echón, porque yo tenía; lo mejor de la escuela, parece que lo tenía yo. Me llevó lo que era escuadra, todo, pero un completo, completo. Entonces, mi mamá había llegado ese día en la madrugada y mi mamá me dice... Yo no estaba vendiendo arepas ese día porque... yo no estaba vendiendo arepas porque... mi mamá... Cuando mi mamá iba, yo no vendía arepas, arepas, porque ella me llevaba real.

Me libraba yo de eso, pero lo iba a esperar a él. Ya después, agarré la fija que yo lo esperaba a él tos los días. Lo esperaba, él hablaba conmigo cuando iba pa' Pariaquito, y cuando venía se paraba a hablar conmigo y se iba. Todos los días. Ya era una costumbre. Entonces yo le digo:

—Bueno, ¿y tú? ¿Tú crees que a ti nunca te cambien de aquí?

Me dice: —Puede ser. A mí en cualquier momento me cambian de aquí.

Y entonces, yo le decía....: —Ah, bueno...

En ese tiempo ya yo sabía la broma de católico porque llegó un padre que llamaban Julio Moneti, italiano, con una señora que... no me acuerdo el nombre de esa señora. La señora hacía un papel como lo hace la señora Ramona. Esa señora preparaba las comuniones por medio del padre. Cuando hablaron de comuniones, aquello... Yo era muy grosero, yo era muy reberde, así, en la calle, pero yo quería saber qué era aquello; y le dije a mi mamá que me inscribiera, y me inscribieron. Ahí nos enseñaron el Avemaría, el credo, todo eso, ¿no?, que por cierto ella nos decía a nosotros: —Ustedes, cuando quieren algo, pidan, que Dios se lo dará; y tal. Entonces, ahí yo le dije al tipo ese:

—Yo voy a pedí por ti pa' que no te cambien de aquí nunca porque prácticamente eres como mi papá; lo que no me dio mi papá, me lo estás dando tú.

Ya él se le salieron las lágrimas y se me quedaba viendo:

—No, vale, yo no me voy a ir de aquí, vale, yo no te voy a dejar solo.

—Coño— le dije a mi mamá. Venía mi mamá —¡Mamá!—. Y me dice: —¿Tu mamá es ésta? ¿Tan bonita tu mamá?

Mi mamá era una señora muy simpática y elegante.

—Sí, ésa es mi mamá.

Entonces: —Mamá, ése es mi amigo.

—¿Tu amigo?

—Sí, ése es como mi papá— le decía—, él me quiere mucho, me regala todo, mamá, él me da todo, todo lo que yo necesito él me lo da; me dice que me lo va a traer y él me lo trae. Entonces mi mamá lo conoció. Estuvieron hablando ahí, y tal... porque él... él adonde nunca fue, fue a la casa.

—No, yo no voy a ir pa' la casa porque ahí está tu abuela.

Yo le contaba que mi abuela me pegaba; y él me decía:

—Tienes que ir a tu casa, porque tu abuela no tiene por qué estarte pegando a ti, y tal. Entonces... bueno ya yo... cuando él no me veía ahí, al otro día me preguntaba por

qué. Era que me mandaban a buscar leña. Bueno; mi amigo. Todo me lo daba, to' el tiempo... Cuando él no pasaba, cuando por algo no podía ir ese día pa' Pariaquito, él me mandaba un paquetico con algo. Mira, yo estaba cheverísimo.

En este punto de su historia Pedro es incluido en uno de los planes vacacionales que organizaba la esposa del presidente Caldera y al volver:

Ah bueno, ahí bueno, llegué mal porque resulta que cuando llego, lo cambiaron, y, claro, me sentí mal. Y alegría porque cuando llegué a mi casa había un burto que era para mí. Porque él sabía, cuando él llegó, que yo estaba aquí, en Caracas. Y había ido mi mamá pa'llá, y ese burto yo creía que me lo había entregao mi mamá, pero estaba el burto con unos pantalones, unas camisas, cuadernos, lápices, todo eso, unos carritos, bueno, así, y... le había dao a mi mamá cincuenta bolívares pa que yo..., que cincuenta bolívares costaba el anillo de promoción de sexto grado, y él lo había dejao pa' eso y yo... Bueno, después mi abuela agarró esos cincuenta bolívares y los gastó y yo nunca pude comprá mi anillo, nunca pude; me sentí mal porque nunca pude. Cuando yo llegué a mi casa, me sentí triste porque... Pero cuando mi mamá me entrega esto y yo leo aquello, ahí sí lloré fuertemente, fuerte como si se me hubiera morío un familiar o algo así; porque yo... No por lo que me daba, sino por el cariño, que ya me acostumbé, que ya me acostumbé. Porque, estando en Caracas, estando acá, mira, era tan fuerte la cosa, que, estando acá, estando acá, yo me acordaba de este tipo. Yo decía: —Coño, estará mi amigo pasando todos los días por allá y yo no estoy.

271

Quería ir pa' verlo a él, pero no quería porque tenía que dejá esto, el plan vacacional. Cuando llego, bueno, me encontré con esa noticia y allá sí fue eso. Y pasé... No fui pa' la escuela esos días. Me sentí muy mal, y me paraba todos los días, me venía todos los días a pararme en el murito a ver. Pasaba el carro de la Panamericana y me decía el hombre:

—Bueno, a él lo cambiaron, que te quería mucho, vale. Yo lloraba, ¿ves? Y entonces, decía: —Coño, pero ¿por qué, por qué a él? En vez de cambiar a otro. ¿Por qué no cambiaron a otro y lo cambian a él?

Bueno, ya mi mamá después habló conmigo. Yo... —Bueno, mijo...

Bueno, ya no lo vi más, y ya... volví a lo mismo.

Cuando releímos este texto junto con Pedro en una de las sesiones de trabajo, la emoción nos obligó más de una vez a interrumpir el curso de la tarea. Experiencia intensa, significativa, perdurable en la memoria y en la vivencia, pero fugaz. ¿Todo padre, por bueno que sea, por significativo que sea, es fugaz para el venezolano?

A continuación reproducimos un extracto de una parte de la sesión de trabajo en la que, siguiendo nuestro método de involucrar al historiador en el estu-

dio de su propia historia, el mismo Pedro analiza su experiencia junto con el equipo. Pedro aparece representado por las iniciales PL y los miembros del equipo por la inicial de su propio nombre: Alejandro Moreno (AM), William Rodríguez (WR), Juan Carlos Brandt (JCB), Yadira Varela (YV).

AM. Estás encontrando un padre buscado a lo largo de toda tu vida, ¿no?

PL. Unhum. Que aparecían y desaparecían.

AM. Que aparecían y desaparecían.

WR. Es ahí donde yo tengo una pregunta. Al final, después de que tú relatas todo... todo el episodio, le preguntas a él si algún día lo van a cambiar y él te dice que... que es posible que lo cambien y tú le respondes: ah, bueno. ¿Ese «ah, bueno», cómo es? ¿Es que tú te imaginas que todos los padres abandonan y él, que hacía como de tu padre, iba a abandonar también?

PL. Resignao, porque yo sabía que todo lo bueno se desaparecía. Así se perdió mi papá, así él. Y me dolía, me dolía que él se iba, pero... yo veía que no siempre, no siempre lo iba a tener. Algún día se iba a acabar, y él me decía sí o no. Ese era un tipo muy... La forma en que apareció ese tipo y... y la forma en que me agarró y todo. Ese era un tipo que... que... él me cargaba y hablaba conmigo... Ése es un tipo que... Ese carro pasaba todos los días por ahí. Nunca se paraba. Esa vez se paró ese tipo. Y... y la forma en que el tipo llegó, eso... Mira, yo me acuerdo de él de todo, yo me acuerdo clarito porque él me cargaba y había un murito así, donde él me sentaba y ese... él me cargaba en el murito y entonces empezaba a hablar conmigo, me echaba un cuento y yo muerto de risa y... a mí no me importaba; el tiempo de la escuela no me importaba en ese momento. Yo me entusiasmaba con él. Y eso era todos los días, hasta que desaparece. Hasta que vienen y me dicen que lo cambiaron. Ahí ya se me acabó todo eso; ya ahí...

AM. Pero lo gozaste completo.

PL. Ah no, claro. Yo no quería que fuera pa' la casa, porque allá como si todo se me iba a echar a perder.

AM. Como si hubieras vivido dos mundos, ¿no?

PL. Claaaro.

AM. Un mundo malo y un mundo bueno.

PL. Exacto. Sí, pa'llá, a mi abuela no... pa'llá no. Vamos a quedarnos aquí.

WR. ¿Y tú querías guardar las cosas que él te había regalado, no querías gastarlas?

PL. A mí esos cuadernos se me gastaban y yo los tenía guardaos que, a la final, fue mi mamá quien los botó pues yo no quería nunca que esos cuadernos me los botaran.

JCB. Es que no era el cuaderno.

PL. Es lo que significaban para mí. O sea, ese cuaderno estaba ahí... ya todo viejo y tal pero no... Yo veía la presencia de él, no un recuerdo na' más; ahí estaba él. O sea, hasta lo último que yo tenía, ahí estaba él. La cara de él... cada vez que yo veía una

cosa... Después perdí hasta la cara. Eso es lo mismo que en el plan vacacional con un tipo que yo me conseguí ahí. Después vine a buscar la escuela... Pregunté por el maestro, no... Ya no vivía allá. Yo no lo vi más después. Siempre hay una persona de encariñarse.

YV. Me llama la atención que cuando aprendiste lo religioso, rezabas para que no lo cambiaran.

PL. Porque eso era lo que me decía la monjita. Entonces, lo que yo pedía era eso a cada rato: que no se vaya, que no lo cambien. Pero no... Así es la vida.

AM. Ahora, fíjate, a lo mejor ese señor sabe que hizo un acto de bondad, pero no piensa en la trascendencia de ese acto. Tienes tantas experiencias positivas de padre, aunque sean transitorias y aunque otras sean negativas... Yo creo que muchos de nuestros muchachos tienen ese tipo de experiencias aunque sean fugaces; es el papel del padre sustituto.

YV. Con todo ello se va sacando papá; con esto del uno y aquello del otro, sacamos un papá.

PL. No, y si te pones a ver, que ni siquiera mis padrastros fueron cariñosos así. Ninguno de ellos hizo lo que él hizo, tal como ir a buscar un muchacho y sentarte con él a hablar y tenerlo bien y traerle esto, como él hizo... pero ninguno lo hizo como él y la manera en que él lo hizo. Porque era que él se entregaba. Él era con una sonrisa, con una alegría to' el tiempo. Los compañeros de él me lo decían: él puede venir por ahí muy serio, pero te ve a ti y ya se le quita todo. Y yo lo veía a él y ya se me quitaba todo también. Pa' mí en ese momento no existía sufrimiento ni nada. Pero yo me acuerdo de él así... ahora que... (Aquí Pedro se conmueve, se le salen las lágrimas y no puede continuar). Cuando él, las cosas eran más fáciles. Llevaba real, cuadernos buenos, que tal...

Ese sí porque sí me acordaba bastante de mi papá. La forma en que empezó a hablar conmigo, la forma en que me trataba... Todo. Yo nunca me paré a explicarme que por qué me trataba así. No. Bueno, él me daba cariño, bueno, está bien. Porque, cuando pasa éste, acuérdate, yo estoy bajo el tiempo de mi abuela y eso me tiene ahí... Mi papá estaba por acá, y yo ahí; estaba ahí... Entonces, se aparece este tipo con... con la forma en que era y tal... Llegó y yo quería vendé las arepas y era que me las compraba toditas, así fuera pa'... así fuera pa' no coméselas; él me las compraba: —No, no, vete pa' tu casa, hijo, no te des... Y yo: —Bueno. To' el tiempo me paraba a esperarlo. Y ése llegó y se fue así también. Ni la cara me acuerdo. Sí. Lo cambiaron. Después indagué y qué va. Después se me olvidó; se me olvidó la cara de él y eso.

Tanto el plan vacacional al que Pedro se ha referido y en el que encontró otra figura de padre en un maestro del colegio donde se desarrolló dicho plan («Y había un profesor que se llamaba Juan Moreno. Él me dijo: “Mijo, cuando tú vengas a Caracas algún tiempo, búscame”. Yo lo busqué. Y resulta que, la otra vez fui, y ese

profesor se murió viejito»), como la experiencia imborrable del «señor que apareció», dan paso a la cotidianidad de la vida, a la misma situación anterior.

Es interesante la distinción que hace entre el cariño de la madre («Yo sentía que, bueno, era mi mamá y me lo daba por obligación, como cariño de madre») y el cariño gratuito de ese padre sustituto.

Se trata de un personaje-significado de la familia popular que en la historia-de-vida de Pedro adquiere un especial relieve, como ha sucedido con la abuela. También en el caso del padre sustituto, Pedro da material para todo un tratado. Personaje que, si físicamente no pertenece a la familia, psicológica y culturalmente desempeña una función estrictamente familiar. Entre el padre real, el biológico, y el padre sustituto, psicocultural, no hay diferencias de significado. Muchas veces, el sustituto, como sucede en Pedro, es más significativo que el biológico.

Más tarde, ya en la adolescencia avanzada o joven adultez, tendrá otra experiencia muy profunda y determinante de padre sustituto. Cuando los jóvenes de la parroquia eclesiástica organizan un campamento y plan vacacional en el mismo barrio donde vive, entabla contacto con un seminarista al que en la historia-de-vida se le da el nombre de Jesús. El campamento dura un mes, pero Jesús sigue visitando el barrio y organizando actividades con niños y jóvenes a las que Pedro se incorpora (él ya venía haciendo algo parecido desde antes, como veremos) todos los fines de semana y en el tiempo de vacaciones. Narra:

La experiencia mía con Jesús es tremenda. La experiencia mía con Jesús es que se iba a bebes un fresco, y: «Vente conmigo». El hijo, y: «Hijo, vente pa' cá». Y, si iba pa'llá, pa'llá me iba. O sea, eso es como... a élya le habían conta lo que yo era, y que estuve en malos pasos y tal y ése me pegó como de la correíta, ahí, como un cordoncito ahí. Bueno, y a mí eso me gustaba: «Mira, vámonos pa'llá». «Bueno, vámonos». Mira, entonces llegaba al jefe (ya estaba trabajando en una empresa): «Mira, que tengo una tía enferma por allá». No; era porque me iba a ir con Jesús pa' otro lado (...) Una... no sé, como a ese padre que había apartado y llegó otra vez (...) Ahí llegó otro, otro. Coño, otro. Ése, ése que nunca estuvo, ahí estaba, llegó otra vez. Y ya..., mira, con la edad que tenía, era un hombre ya. Era un protector fuerte ahí. Algo que..., bueno (...) Jesús no viene más, pero aquí. Hasta que aparece el calvito, mi compadre-padre.

Este «calvito» es el padre sustituto definitivo, Alejandro, al que nos referiremos más adelante.

La relación con Jesús le guía para salir de las desviaciones conductuales, rayanas en la delincuencia en las que todavía se encuentra de alguna manera envuelto. Hay, pues, padres sustitutos que orientan bien en la vida, lo mismo que puede haberlos que conduzcan al niño y al joven a encaminar la vida por derrote-

ros peligrosos y dañinos. Lo más frecuente, sin embargo, será el padre sustituto que encamina a la persona por los senderos que todo hombre popular recorre, los de la cultura inscrita en el mundo-de-vida.

Es interesante que una de las orientaciones recibidas en su encuentro con Jesús le llevan al convencimiento de que «no se pueden dejar hijos regados», él que ya tenía una hija «regada» y se dispersaba en relaciones con varias mujeres.

Expone: «Eso se ve a cada rato. Yo veía esos tipos que tenían una mujé aquí, una mujé allá, dejaban hijos botados y se iban pa'l carajo. ¿Y quién pasaba trabajo? Los carajitos; nunca tenían un padre que estuviera con ellos ni nada. Y las mujeres solas por ahí dando coñazos pa'rriba y pa'bajo». Un convencimiento que, sin embargo, no le libra de caer en contradicciones prácticas luego en la vida de adulto. Tendrá otros hijos en más de una mujer, y en eso está la contradicción, pero no los abandonará. La fuerza de la tradición, del mundo-de-vida en el que se habita, la formación recibida de distintos modelos desde la infancia muchas veces se imponen y perpetúan las pautas de conducta. En otro momento trataremos todo lo referente a la educación en el mundo-de-vida popular y nos preguntaremos hasta dónde la educación oficial y formal tiene fuerza para modificar los hábitos culturales.

Lo que un padre presente y actuante, no sustituto, como tal, significa para el hijo en un medio en el que predomina la familia matricentrada, podemos constatarlo en el siguiente testimonio tomado de la experiencia paterna de un investigador del CIP:

Con un sentido pleno. Te lo digo porque, y eso lo he comentado, mis hijos siempre han tenido a su papá y el mayor, hace dos o tres meses, no sé de dónde le salió a él eso, me sorprendió porque me dijo: «Papá, no te vayas a ir. Si a ti te cambian de trabajo, ¿tú te tienes que ir?». Le digo: «Sí, si a mí me cambian de trabajo, yo me tengo que ir». Respuesta de él: «Bueno, deja el trabajo; porque aquí estoy yo». Después, hace poco, salió con una cosa así como: «Los papás se encargan de decirle a uno cómo son las cosas, de enseñarle a uno esta cosa, de decirle a uno cómo es una mata, cómo es aquello...». Pero lo que estaba diciendo no era eso; estaba tratando de representarse la práctica misma de tener un padre. Claro, a mí me sorprende porque él está ahí mismo luchando con todos los amiguitos, con todos sus tíos, con toda la trama que le está diciendo: no hay padre; y entonces tiene que expresarlo. De una u otra manera él está diciéndose a sí mismo y a los demás: tengo papá. Pero una cosa indescriptible. El sentido pleno de: yo sí tengo papá. Y eso a pesar de que siempre lo ha tenido. Ahora, él también tiene que ponerse a pelear con la cultura y es una pelea sabrosísima contrastar sus argumentos con los de los demás.

Hay que destacar que en este testimonio de un padre, tan significativo para la vivencia de padre que puede tener un hijo, no hay ninguna referencia a la ma-

dre ni a la pareja, como si madre y padre estuvieran cada uno por su cuenta en la experiencia del hijo.

Esto es percibido por otro de los investigadores, lo que provoca su intervención que marca el contraste de quien proviene, como hijo, de otro mundo-de-vida, europeo en este caso: «Éste es un punto interesante. Yo, que vengo de otra tradición, no puedo concebirme hijo ni de mi papá ni de mi mamá, sino necesariamente de los dos; no puedo pensar la separación. En el mundo-de-vida popular venezolano, en cambio, se es hijo exclusivamente de madre y después se sabe que hay un papá».

La comparación entre uno y otro testimonio nos sirve aquí para aclarar y confirmar cuanto venimos diciendo sobre la distinción de estructuras familiares y las funciones e identidades de cada uno de sus componentes.

En el modelo familiar que aparece de fondo en el primero de los dos, aunque el foco se ponga en la presencia actuante del padre, con énfasis en su excepcionalidad, el hijo, por vivir en el seno de una cultura matricentrada, se plantea la posibilidad del abandono y, por ende, implícitamente, la posibilidad también de padres sustitutos. En el segundo ambas circunstancias están excluidas, si bien pudiera pensarse en excepciones.

El padre necesitado, idealizado y frustrante

276

Para la comprensión de esta figura de padre y su importancia en la familia matricentrada y en la vida de los hijos, tomaremos de nuevo como guía la historia-de-vida de Pedro pues en ella está de manera muy explícita, vivida y analizada la experiencia en la que se patentizan tanto el hecho, como su significado y su sentido.

Cuando en los primeros años de su infancia, Pedro vive en el campo, entre pobreza, guerrilla y animales peligrosos, aparece la idealización del padre ausente e incluso desconocido.

Había un señor que llamaban Macario. Yo lo conocí. Era muy bueno con nosotros. Se llamaba Macario. Y una vez me mandaron a mí a comprar pan pa' la bodega. Me mandaron a comprar pan como a las siete de la noche y, cuando estoy comprando el pan, llegaron cuatro tipos.

Toavía me acuerdo. De eso sí me acuerdo clarito. Bien raros. Ahí entonces preguntaron:

—¿Quién es el señor Macario?

—Soy yo.

—¿Usted es del sindicato?

—Sí.

Y lo mataron. Esos hombres lo mataron a los pies de nosotros. Nosotros lo que hicimos fue llorar.

Sí, porque la sangre salpicaba así en la pared. Porque en lo que lo barrieron... O sea, le dispararon con ametralladora. Yo en ese tiempo no conocía bien, pero eso parecía una ametralladora. Pa' lo de ahorita, era una ametralladora. O un fal. Total, que aquella broma disparó en ráfagas, y se vaciaron las cuatro, y lo tiraron ahí. Esa fue una de las cosas que impactó más, que a mí más...

Después... Porque yo vivía como traumatizado.

Me acordaba de eso y vivía asustado, pues. Y me paraba llorando, y me daba miedo, me daba miedo.

Que fue cuando se empezó a hacer diligencias pa' que mi papá viniera a buscarme, pa' que mi papá me buscara. Que una vez vino mi mamá y le mandé una carta a mi mamá como pa' que mi mamá buscara a mi papá o alguna cosa, porque si ella no me podía tener aquí...

Yo, con un muchacho allá que sabía escribir, que escribía más o menos. Una carta. Y se la di a mi mamá, que no se entendía casi, y mi mamá se la dio a mi papá, pa' que mi papá hiciera todas las cosas pa' que me fueran a buscar, porque yo no podía estar ahí. O sea, mi mamá veía...

A mí se me ocurrió porque, como yo no sabía quién era mi papá, y a mí no me decían quién era...

Tanto es el miedo, que se abre la puerta a la exigencia de padre. El padre desconocido se perfila como el liberador del miedo. En esa situación, es «cuando mi mamá empezó a hacer diligencias pa' que mi papá viniera a buscarme». Es el mismo muchacho el que empieza a buscar cómo escapar de la situación, del miedo, recurriendo a los recursos del medio, haciendo que otro le escriba la carta. Nada nuevo; es el recurso frecuente en un pueblo en el que predominan los analfabetos. Así lo hacen los adultos y así lo imita el niño. El padre está fuera, es externo pero tiene una conexión con la familia, aunque sea tangencial, es un posible refugio, un posible protector cuando falla todo lo familiar porque la situación lo supera.

Por si hacía falta, este relato de una comunidad muy pobre en la que no había «los problemas que hay ahorita», hace ver cómo la pobreza, de por sí, no genera necesariamente violencia y abuso. La violencia no es el compañero inseparable de la pobreza, como muchas veces se tiende a hacer creer.

El papá responde y lo va a buscar. El encuentro con el papá va, pues, precedido de una búsqueda y una expectativa. En el momento del encuentro no hay ni un solo reproche por parte del niño. Al contrario, algo así como si dijera: mi papá respondió. Es la afirmación del padre, de su existencia, experimentar que hay posibilidad de padre. Con insistencia: a pesar de que la carta «casi no se entendía». Será una presencia errática, un cariño que cede a las presiones de la madrastra, un cariño y una pre-

sencia que falla, pero permite afirmar su existencia. Con él, son ocho hermanos de madre de seis padres diferentes. Excepto el de los tres últimos, que vive todavía con la mamá, el suyo es el único padre que tiene presencia para su hijo. Los demás, apenas si son conocidos o, más bien, totalmente desconocidos por sus respectivos hijos.

Entonces yo veo que por la carretera venía un señor con un maletín, un señor de sombrero, esos de pelo, y corbata y paltó y tal. Yo veo a aquel señor raro. Yo no sabía quién era. Yo... Venía caminando por ahí. Y él, y él pregunta: —Mijo, ¿Tú no sabes dónde vive la señora Aurora Luna?

Entonces yo le digo: —Señor, es aquí.

Pero, como tenía miedo a las personas extrañas, me arranqué a corré y me escondí arriba, en el soberao, donde dormía, y empecé a ve por las latas pa' abajo con mi hermanita. (...) Nosotros decíamos: «Mira, ése es mi tío». Porque mi tío es mayor... y que mi mamá. Y entonces nos quedamos en eso. Yo sí escuchaba clarito lo que ellos decían.

Cuando mi abuela lo vio, mi abuela se sorprendió y ahí yo me di cuenta que no era mi tío; porque ella le dijo: —¿Qué haces tú, qué hace usted aquí?

Entonces, cuando mi abuela dijo eso, nos quedamos viendo. Y ella me dice: —¿No será mi papá o tu papá?

Porque mi papá no es el mismo papá que el de mi hermana. Entonces: —No, ese será tu papá. Le dije yo.

Y entonces, cuando él dijo: —Señora, si usted me pregunta qué hago yo aquí, yo... aquí lo que hago es que yo vengo a buscar a mi hijo. Entonces, yo entendí que era yo, porque ahí no había más nadie que... Entonces, ahí ella... peliando con él, que se fuera y tal; y le decía que no, que no se iba a ir hasta que no me llevara, primero porque él tenía la autoridad de mi mamá y que... y que él bía investigao. Porque él, después que vino con su esposa pa' Caracas, bía investigao por toas las partes onde yo estaba y no me había encontrao. (...) Total... que me asusté porque yo... a pesar de que quería irme, no quería dejá a mi hermana, pues. Yo me asusté: «Porque sin ella no me voy, no voy a dejá sola a mi hermana».

Inmediatamente se presenta el problema con la hermana. Pedro, que lo único que tiene propio y cercano, entre tantos tíos y la abuela, es su hermana, se encuentra dividido entre su papá y ella. Como no es hija del mismo padre, no la puede llevar consigo. El padre divide a la familia. Sólo la madre unifica porque todos los hermanos del mismo útero forman la verdadera familia con ella.

El padre, por otra parte, no puede actuar sobre el hijo sin el permiso de la madre. Cuando se presenta a la abuela para reclamar al hijo, no lo hace válido de su autoridad de padre, que no cuenta, sino de la autoridad de la madre. El mismo

Pedro, para dirigirse al papá, ha tenido primero que contar con ella. Recurre al papá a través o por la mediación de la mamá. El recurso se hace desde la madre y en la madre. Por eso tiene fuerza y por eso el padre responde. El padre no responde por padre nada más. Es cierto que lo anduvo buscando, pero, al parecer, después de que se ha enterado de la situación.

Llega mi papá y le dice:

—Mi hijo debe tener más o menos la edad de que esta ropa le quede buena.

Llevaba ropa. Él llevaba ropa, y la ropa me quedó exacta, me quedó bien, porque más o menos mi mamá le dijo. Porque ya esa ropa él la traía comprada y todo. Hasta cuando habló con mi mamá, ya traía esa ropa. Porque yo no podía salir de ahí, de la casa, porque yo no tenía ropa pa' salir de ahí, porque yo andaba con chorcitos, y que no tenía más.

¿No será la búsqueda y el mismo preparar la ropa, que Pedro dice anterior al contacto con la mamá, una construcción del mismo Pedro que quiere que haya padre, que necesita que haya padre? ¿Cómo, sin hablar con la madre, puede el papá comprar ropa de la talla exacta del niño? Si las cosas son como las narra Pedro, el padre no podía tener conocimiento del crecimiento del hijo.

Presentarse con la ropa del hijo es lo que debe hacer el padre. No puede llevarse al hijo sin ofrecerle algo, sin mostrarse como verdadero proveedor. Si consideramos que lo que se lleva el hombre, que lo que tiene el hombre de propio, es la ropa, podríamos especular pensando que el papá viene así como a iniciar al hijo en el papel de varón. El padre le trae lo que necesita para identificarse como hombre. De ahí en adelante, lo único que va a poseer como propio va a ser la ropa. En ese sentido el padre no le traería cualquier cosa.

La ropa es simbólicamente muy importante, sobre todo en el varón popular. Es realmente lo único que tiene propio, además. Esto nos permite comprender muchas cosas que, de otro modo, no se comprenden como, por ejemplo, el matar por unos zapatos. No es sólo cuestión de poseer un objeto valioso; es más. Matar por unos zapatos o dejarse matar por impedir que se los roben, es objetivamente una barbaridad, es brutal y espantoso, pero, si lo entendemos en su significado, sin dejar de ser terrible, es más comprensible. Para la mujer la ropa es un adorno; no es ella. Para el hombre es algo más. En él, «la ropa soy yo».

El papá llega como «aquel señor raro», uno más de la «gente que llegaba» de fuera. La escena serviría para una telenovela si no fuera tan «natural» en la cultura de la familia matricentrada. El padre pregunta precisamente al hijo, al que no conoce, por él mismo, pues a él, y no a la abuela, es a quien está buscando. Y el hijo huye de él y se esconde porque «le tenía miedo a las personas extrañas». La «extrañeza» del padre, practicada en la vivencia por Pedro —practicación de ex-

trañeza de padre—de manera totalmente «inconsciente», es la manifestación en la realidad del mundo-de-vida de lo que es en las prácticas un padre de familia matricentrada: un extraño sin más.

El padre viene, pues, de la «extrañeza», de lo externo a la vida familiar. No es padre todavía; viene a hacerse padre y Pedro no es hijo-de-padre. Entrará en un proceso que consiste en el intento de producirse como hijo-de-padre desde su ser hijo-de-madre, a pesar de la abuela. El intento fracasará y Pedro seguirá sin-padre y en busca de padre. De lo que nunca tendrá ni siquiera la mínima posibilidad será de intentarse hijo-de-pareja. No lo podrá ni imaginar. El significado real de padre, hijoy familia, en el mundo-de-vida popular, está así «actuado» en este desencuentro original e intento de encuentro que escenifican ambos actores.

El encuentro con el «extraño» que se descubre como el padre perdido, el que se consideraba muerto para no tenerlo presente ni en la fantasía, produce no sólo primero sorpresa y luego la enorme satisfacción de un encuentro siempre pensado como imposible. A la pregunta por cómo se sintió cuando de verdad supo que era su papá responde:

Bueno, imagínate. Bueno, pero yo me sentí como algo grande. Una... una cosa que yo siempre lo quise tener y no lo tenía. Y llegó. Y de verdad se comprobó que era mi propio papá. ¡Coño! Yo... me dio una alegría grandísima después. Ese señor que llega así, de repente, y dice: «Yo soy su papá». «No; usted está loco. ¿Mi papá? ¡Nooo! Coño, yo no sé. Fue un momento tan grande que yo... no, no, no puede ser». A mí me provocaba brincá, corré, patía, yo...: «No, no, no». No sé. Aquello me provocó algo tan... tan... tan chévere, tan bueno, tan... Cuando me dijo: yo vengo a buscarte, hijo, mejor todavía. ¡Uf!

Pero Pedro no está solo en esta aventura de encontrar padre. En su misma situación se encuentra la hermanita y se encontrarán los sucesivos hermanos.

Viene a cuento aquí la experiencia de quien esto escribe. Fui testigo asombrado, porque no me lo esperaba, del primer encuentro entre Antonio y su padre. Antonio, un hermano de Pedro, tenía ya veinte años y nunca lo había conocido. Pedro, que sí lo conocía, actuando como hermano mayor, nos condujo en el carro hasta un grupo de hombres que jugaban dominó. Se detuvo y le dijo a su hermano: «Ése es tu papá». Antonio se bajó con asombrosa, para mí, tranquilidad, se acercó al grupo y, dirigiéndose al señor indicado, le dijo:

—Bendición, papá.

El hombre se levantó de la silla, lo miró y le dijo: —¿Tú eres el hijo de Flor?

—Sí.

—Dios te bendiga.

No hubo abrazos ni más palabras; se golpearon el hombro con un saludo común y corriente, y a continuación el padre presentó su hijo a los que con él estaban. La escena no duró más de tres minutos.

Hijo de Flor, no suyo. No la pregunta: ¿tú eres mi hijo? En ningún momento hubo entre ellos alguna frase parecida a eso. Tampoco el padre preguntó dónde vivía el hijo, ni le pidió un teléfono para poderse comunicar con él, ni le invitó a volverlo a visitar, ni le llamó con su nombre —¿lo sabría?—, ni siquiera le acompañó hasta el carro.

Los siguientes comentarios de Pedro, tomados de una sesión de trabajo, plantean con asombrosa claridad la ausencia de padre, la familia netamente matricentrada, la ausencia de pareja y su posibilidad a edad avanzada, y el papel de padre que ejerce para sus hermanos el hijo mayor.

Yo me imagino, yo me imagino que en la casa de mi mamá, o sea, así, ¿no?, en mi casa, bueno, mis hermanos pensarán que... que mi mamá se hizo los hijos ella misma y ella misma los parió. A ellos nunca les han hablado del padre. A ninguno. Yo nunca he escuchado a mi mamá hablando del papá de uno, del otro o del otro con ninguno de ellos ni con nadie. Ahí no existe un papá de nadie. A... la única vez que se lo dijeron fue a mí, «sí, tu papá está vivo», pero hace años, cuando yo estaba pequeño. Y porque yo los conozco. Pero a ellos, que ni siquiera se interesan en buscarlos; porque Antonio vino a conocer a su papá porque yo llevo a Antonio a ca'el papá. Yo busqué a Antonio y le dije: «Éste es tu papá». Y a Hugo... pasó casi igual. Allá nunca se habla de eso. Nosotros juntos todos, así, juntos y nunca se habla de eso. Nunca se habló de que tu papá, o tu papá, no. De eso me encargué yo: «Éste va a saber quién coño es su papá». Así como me encargué de quitarle la... la broma a Héctor: «Tú no tienes papá, tú no tienes papá». Porque la abuela... Yo se lo dije a la abuela: «Usted deje de fastidiarlo, porque ustedes nunca han tenido que ver con él; así que aquí no venga a fastidiar». Se lo dije una vez que vinieron por aquí: «Acuérdense de lo mal que ustedes trataron a mi mamá, todo lo que le hicieron a mi mamá; ustedes no tienen nieto. Olvídense de que ese señor tiene un hijo por ahí tirao». Un tipo con tanto dinero y mira lo que está pasando con ese muchacho. Porque el tipo es un ingeniero y ha estado en el extranjero y taly nunca antes se ha ocupao... Él hizo lo que yo le dije; arrancó y se vino. Eso es igual que Hugo. Tú le preguntas a Hugo y dice: «¿Qué me interesa a mí ese señor? Ni esa gente. ¿Ése es hermano mío? No; mi hermano eres tú». Y Dorelis vio al papá... tú sabes que él le dice: «¿Cómo estás, hija?». «¿Yo? Bien (tono despectivo)». Y él: «ah, que esa niña sí es...». Y ella: «¿Cómo quiere ese señor que yo sea con él?».

281

Veamos la conversación entre el investigador, Alejandro Moreno (AM) y Pedro (PL) en la continuación de la sesión de trabajo:

AM. ¡Ese señor!

PL. Ahora, a los tres pequeños sí les dicen.

AM. Claro, porque el papá está ahí... Ya hay una especie de pareja. ¿Cuántos años tiene tu mamá cuando finalmente se junta con Rafael?

PL. No sé, como cuarenta y algo.

AM. Es lo que nosotros venimos diciendo, que después de los cuarenta años más o menos, se estabilizan ciertas relaciones de pareja.

PL. Pero es que yo no me acuerdo, ni de mi abuela (de los hijos de la abuela), chico. Ni mi abuela. Yo no me acuerdo que ninguno de sus hijos conozca a su papá. Nunca se ha hablado de familia por parte de papá. No existe una sola familia de un papá.

AM. Ni que tu mamá conozca a su papá.

PL. No, no, no. Nosotros somos Luna, nada más. Ahí no hay otro apellido. Los tres últimos sí lo tienen, pero de los de mi abuela ninguno, ninguno. Yo no he nunca oído que tenían otra familia, sino todos: «La familia de ustedes es la familia mía».

AM. La de la abuela.

PL. Más nada. Y tú les preguntas: «¿Tienes tíos?». «¿Yo, tíos? Los tíos míos son los hermanos de mi mamá». Así sea otro.

AM. O sea, bien claro, la familia es la mamá con sus hijos.

PL. Y más nada. Y así pasa. Yo conozco tos esos padres que ninguno van a presentá a sus hijos. En estos días les reclamé como a tres y ellos: «No, que tiene que ir la mujer». Yo he ido solo a presentar a mis muchachos. Ahora sí lo sé. Y que eso es cosa de la mamá...

Como ya se dijo, Pedro está dividido: ¿irse y dejar sola a la hermana? No nos dice en el momento cómo resolvió la duda. Por lo que dice luego, parece que el papá le dio a entender que Dorelis se quedaba con su mamá. Él se va con el papá y Dorelis se queda con la abuela. Lo significativo es el hecho mismo de plantearse el problema. Quizás está proyectando hacia el pasado lo que ya de mayor piensa que debió ser su preocupación. De todos modos, el significado es lo importante para entender los procesos de la familia matricentrada que se dan en Pedro. La duda significa un sentido de responsabilidad del hijo mayor para con los hermanos menores. El mayor de los varones ocupa el puesto del marido, la pareja imposible, de la madre y debe cumplir las funciones maternas cuando la madre físicamente está ausente. Si hay una hermana mayor, el varón asume el papel de proveedor y la hembra el de madre en cuanto cuidadora de la familia y la casa. Es lo que sucede en la historia-de-vida de Evelia a la que nos hemos referido anteriormente.

Más adelante nos narra cómo la situación del padre ausente se repite en el caso de su hermanita:

Ese (el que llegó) era el mío; el de ella no había llegado. No llegó nunca; pero el de ella sí decían que existía. Mi abuela nunca negreó al de mi hermana. Ese sí existía. Y él sí se la llevaba bien con ella (la abuela). Lo que pasa es que él vivía en otro sitio y... y él no le paraba tanta bola como, de repente, el mío sí me paraba. El de Dorelis no le paraba bolas: «Yo tengo de esas parías... Yo tengo una hija por allá y tal...». Y tanto, que fue mi hermana, ya grande, a verlo. Él no la buscó nunca. A ella no la buscaron. A mí sí me buscaron.

El padre que no se preocupa por el hijo que dejó lejos no es de ningún modo un peligro para la madredad, tanto de la propia madre como de la abuela o de cualquier otra mujer que quiera hacer de madre. Por eso ese padre no se le niega a la hija. Ese sí puede existir. No hay necesidad de matarlo pues, aunque se lo nombre, para la hija ya está muerto y, por tanto, no es amenaza. Él mismo se eliminó. El otro, el que busca y quiere ser padre, es peligroso; por eso, hay que matarlo. Contra él se coaligan todas las fuerzas de la abuela absorbente y matriarcal, para que no se lleve a su nieto. Ella sabe que el padre lo busca, que indaga para saber dónde encontrarlo y por eso cambia de residencia, se escabulle.

El padre que quiere ser tal, no puede porque las fuerzas de la madredad se lo impiden. Ante esto, unos, como el de Antonio y el de la hermana, se adaptan y dejan sus «veleidades» de lado; otros, como el de Pedro, luchan pero al fin y al cabo se someten.

Desde los primeros pasos en la vida, Pedro es introducido, pues, en el desempeño de su función de hijo en la trama familiar. Es la primera iniciación a su ser varón-hijo. Progresivamente vendrán otros pasos. Se produce el ser hombre de una manera específica en el seno de la familia popular.

El padre tiene, pues, que negociar con la abuela la posesión de su hijo y, sólo con la fuerza de la madre que lo autoriza, puede llevarlo consigo. Para el niño parece una verdadera liberación pasar a «otro mundo». Por eso mismo, mayor es la desilusión: «Parece que llegué a algo peor».

Si con la abuela había vivido una cierta discriminación, de todos modos era dentro de la propia familia; él pertenecía a esa gran familia en la que había grados de pertenencia. Ahora la discriminación es neta exclusión: él no pertenece a la familia y, por lo mismo, no se le trata como a los de la familia. La familia está constituida por la señora del papá y sus hijos. Es claro que el papá no tiene ningún poder sobre la familia; no puede integrar a su hijo y lo único que logra es formar tienda aparte con él, con lo que se excluye él mismo más del centro-familia. Pedro no tiene a nadie en esa casa sino a su papá quien, de todos modos, poco le sirve pues no le libera ni de la discriminación ni del maltrato. Sin embargo, es el único vínculo afectivo que posee y a él se apega y con él establece además toda una red de complicidades. Pero el padre es impotente; no lo puede defender, esto es, no puede ejercer

de padre para él. Puede ejercer de amigo, de cómplice, de confidente, pero no puede darle familia desde él y con él incluido. Pedro no logra encontrar padre.

No es sólo el hecho de que el niño no puede tener padre, sino, igualmente, que el padre no puede serlo aunque quiera. Encontramos en la actuación del papá de Pedro, en la pragmática de su actuar expresada en la narración, el deseo de ser padre y, al mismo tiempo, la imposibilidad de realizar ese mismo deseo, ante todo porque no puede, dada la estructura misma de la familia en el mundo-de-vida popular, centrada en la madre —es clara su posición apenas tangencial a la familia formada por su mujer y sus hijos—, pero, además, porque no sabe cómo ser padre de verdad para su hijo.

Por otra parte, su manera de ser hombre, propia del mismo mundo-de-vida, le cierra toda posibilidad de ejercer de padre dado que no reúne condiciones de posibilidad para integrarse a la familia más allá del punto exterior de contacto tangencial. Sigue, por lo mismo, dispersando y multiplicando esos contactos tangenciales con otras familias que se constituyen a partir de él pero externas a él. Pedro nos habla de una en la misma zona.

Con esta corta primera convivencia con su papá, Pedro completa el aprendizaje básico de lo que es un padre y de cómo es ser hombre en el mundo-de-vida popular. El primer momento está en las narraciones de las mujeres de su familia. El segundo, en la vivencia de su ausencia cuando más lo necesitó. Ahora, en este primer y cercano contacto, aprenderá la tangencialidad del padre con respecto a la familia que se supone suya, su impotencia frente a la madre —y su recurso a la, impotente también, violencia doméstica—, su incapacidad para defender y proteger a los hijos y su dispersión familiar y sexual como condición del hombre. Pero, además, la condición de trabajador-proveedor que le corresponde como recurso externo para la familia.

Pedro se inicia, se diría que formalmente, en su condición de niño trabajador con todo lo que ello implica ahora y más tarde para su exclusión de la escuela y de la educación formal que hubiera deseado completar.

Pedro está aprendiendo a ser hombre popular venezolano, se está iniciando en ello, una iniciación absolutamente informal y estrictamente pragmática que ninguna educación formal y sistemática posterior tendrá capacidad de modificar. Sus primeros aprendizajes se realizan en «escuelitas» y no en escuelas formales porque él no pertenece a la familia. En el fondo, porque no tiene un padre eficaz para garantizarle sus derechos de hijo.

Es interesante la expresión con que lo dice: «Primero, que ella (la madrastra), nunca tuvieron interés por mí, en inscribirme en una escuela y tal». Del sujeto femenino singular —ella— pasa, sin justificación gramatical, al sujeto plural. Pienso primero en la madrastra como agente del desinterés, e inmediatamente incluye también al papá —de ahí el plural: «nunca tuvieron»—, pero un papá subor-

dinado. La misma estructura de la expresión nos está indicando que quien decide sobre la conducta del papá en lo familiar es la mujer. Más allá de lo que pueda decir Pedro, esa realidad está en el fondo de su vivencia.

En Felicia ya hemos encontrado el mismo deseo y la misma frustración, precisamente por no tener padre tampoco ella. Siempre la carencia de padre, aunque se trate de carencias distintas. Volveremos a encontrarnos, en Pedro, con la misma situación.

Mi papá tenía otra mujer, otras mujeres, él tenía otra mujer por ahí. Entonces, ¿qué pasa? Yo descubrí esa mujer que tenía mi papá. Estaba embarazada. Entonces, yo me robaba los corotos de la bodega. Cuando la señora Sofía (la madrastra) decía que iba pa' tal parte, pa' Coche, entonces yo agarraba y me robaba harina «Pan», espagueti, pan, hacía un mercado y me lo llevaba escondío; volvía a robá y se lo llevaba escondío. Claro, ella notaba, ¿no? Yo le decía: «Mira, apá, yo le llevo esto». —«Coño, hijo, sí». Pero un día me descubrió llevando la cajita. «¿Y eso?»... No jooo... me cayeron a coñazo y le cayó a coñazos a la mujer que de broma no la hizo parir.

De nuevo nos encontramos con la violencia como consecuencia de la dispersión sexual y familiar del hombre. Violencia que revierte sobre Pedro por su vinculación con el papá, una vinculación que funciona como si fuera un embrión de familia tangencial a la familia de la mujer del papá y sus hijos. Los dos excluidos se alían, pero no pueden formar una verdadera familia porque la de padre-hijo no está prevista en la cultura. Se impone la real familia matricentrada y el hijo «bastardo» tiene que salir, so pena de ser víctima de la peor violencia. De nuevo, el miedo obliga a Pedro a buscar otra situación.

Aedad tan temprana, sin embargo, como se ha dicho, ya está integrado al trabajo. ¿Quiénes trabajan en esa casa? Los externos a la familia: el padre y el bastardo. Los hijos de la familia tienen el estatuto de niños, de quienes tienen que estar en casa, ir a la escuela, etc. No parece que esa familia tuviera necesidad de que Pedro trabajara, según lo que él dice sobre ciertas posibilidades económicas del papá. ¿Por qué, entonces, él tiene que vender empanadas? Que vendiera arepas donde la otra abuela se explica por la indigencia, pero ¿cómo se explica aquí? Porque él es el pobre de la casa, el que no tiene derecho a ser mantenido como niño, el que tiene que ganarse la vida. Un signo más de su no pertenencia, de su exclusión.

Huyendo de la violencia el papá tiene, pues, que sacarlo de la familia de su esposa ya que no tiene poder para hacerlo integrar ni para defenderlo. ¿Qué puede hacer un padre con un hijo? Entregárselo a una madre. Esta vez, a la propia, a la otra abuela del niño.

Y entonces, yo le conté a mi papá lo que había pasao. (...) Cuando le conté, ella (la madrastra) brincó a agarrame; y que me iba a matá. Entonces, yo corriendo así, me escondí, me metí debajo 'e la cama. Y llegó mi papá, al ver todo esto, y lo que yo le había contaó, (...) me dijo a mí: —Vámonos antes de que ella te mate. Porque si yo voy a trabajá, ella la va a pagá contigo.

Y de ahí pasé a viví a otra parte (...) él me llevó, el sábado en la mañana, como a las cinco de la mañana, mi papá con una maleta y to' eso, nos fuimos (...) y habló con mi abuela (paterna), y entonces, mi abuela:

—Sí, mijo, tráetelo.

Entonces yo me fui a vivir a Julián Blanco. Y bueno, empecé yo a viví en ca' mi abuela. Ahí era mejor trato. Ahí nadie me pegaba, me ayudaban en todo, se movían más por mí, me compraban todo. Porque ahí, tanto me daba mi papá, mi tía. Yo pa' mis tías... Yo no puedo quejarme de mis tías por parte de papá porque ellas conmigo todo lo daban, me daban todo. Y ahí yo no hacía nada sino estar con mi abuelita to' el tiempo. Ahí sí fue una vida diferente.

Ahora pertenece a la familia. Hijo de hijo. La abuela paterna, la madre de la familia, lo recupera. Y, así, como parte integral de la familia, recibe toda la atención, el cariño y el uso de sus derechos. Va, en consecuencia, a la escuela formal, porque ahora tiene padre aunque sólo sea en cuanto ese padre es hijo de una madre que es la que decide.

En la memoria de Pedro, éste es el período de su vida más feliz, cuando se siente realmente hijo-de-familia, una gran familia también en torno a una gran abuela, pero sin visos de matriarcado, de ejercicio de poder, sino con los rasgos típicos matricentros de una trama afectiva de vínculos, cada uno de los cuales enlaza a cada miembro con la madre-abuela como centro. En esta familia el niño vive bien, pero, además, nos transmite la impresión de que toda la familia es fundamentalmente feliz. Éste es el significado al que confluyen todos los datos: cuando la familia tiene una madre que centraliza los vínculos en el afecto y no en el poder, esa familia es fuente de bienestar para todos, aunque haya pobreza. La pobreza tiene poco que ver con el bienestar. Para el bienestar, lo significativo es la afectividad positiva de los vínculos, el funcionamiento afectivo —amoroso— de la trama matricentrada.

El contraste con la familia de la otra abuela es muy palpable. La diferencia está entre una familia centrada en una madre-poder y otra centrada en una madre-afecto. Siempre la madre es lo decisivo; la distinción está en la cualidad de madre.

El padre ideal está siempre presente en la expectativa permanentemente frustrada del hijo. Cuando por un corto tiempo, la mamá de Pedro logra formar una pareja con un hombre distinto de los demás, Pedro lo califica como bueno

«porque daba». ¿Qué lo hace ideal? La discusión con él, durante el estudio de su propia historia lo ilustra.

AM. Vamos a detenernos en un tema que parece interesante. ¿Por qué tú siempre que hablas de que algún hombre es bueno, como ahora en referencia a éste, añades: daba todo?

PL. (Pausa) O sea, que se encargaba de todo.

AM. ¿Eso es lo que es ser bueno?

PL. O sea, bueno en ese aspecto y bueno en el aspecto de tomarle en cuenta a uno. (...) la forma de ser la persona, su forma de ser. Era muy diferente a los otros que eran unos amargaos y no hablaban con nadie.

W. Mira, en esta historia hemos estado como buscando la... función que en el mundo-de-vida popular se le da al padre, o sea, qué es lo que debería ser el padre, y encontramos muy clara la función de proveer. La función del varón sería dar, dar en la casa.

AM. Y tú insistes en eso. Parece que ésa es la idea que se tiene de lo que es un hombre.

PL. Umhum.

W. Estamos manejando la sospecha de que hay algo más, de que, de pronto, es el proveer, pero también lo que tú dices ahora: tomar en cuenta, dar cariño.

Empiezan las intrigas de la abuela materna para recuperar al nieto que está muy feliz y con un futuro prometedor en la familia de la otra abuela. «A mi papá le mandaron una carta»... El plural del verbo ya sabemos que corresponde al singular de la abuela; lo que pasa es que, como ella no sabía escribir, tenía que hacerse escribir por otro las cartas. Por eso seguramente el plural. Presenta un nuevo panorama, quizás de mejoría económica...

287

Entonces mi abuela empezó a obligar a mi papá que me llevara, que me sacara y me llevara.

Egoísta, porque ella quería que yo estuviera con ella sabiendo que mi papá me daba todo (...)

Cuando empezó mi abuela a puyá a mi mamá y a mi papá pa' que me llevaran porque ellos y que estaban en un sitio mejor, con escuela, conocían todo esto. Fue en el año 70 cuando llegué a Las Parchas. Cuando llegué a Las Parchas, que vi todo aquello y tal, a mí no me gustó nada. Tenía su baño, tenía todo, tenía terreno, pero a mí no me gustó, ¿ves?, ya yo estaba acostumbrao a mi papá.

Entonces, mi papá se quedó ese día conmigo, se quedó dos días conmigo; y yo dormía con mi papá en vez de con ellos, y mi abuela se sentía menospreciada, que tal, que esto. Entonces, cuando mi papá se venía, yo me acuerdo que yo me puse a llorar; y yo estaba despidiendo a mi papá y mi papá también se puso a llorar. Mi papá me cargó y me dio un beso. Entonces, cuando me soltó me dijo:

—Vete pa' dentro, anda, que yo me voy.

Y yo me puse a llorá y me aguanté a ese poste. Aguantaba a mi papá y aguantaba al poste. O sea, que yo no me quería quedar, yo me iba con él, que me iba con él. Y entonces, lo seguí y me voy con él y lo agarré por aquí, que yo me iba con él. Entonces fue que llegó mi abuela y me llevó cargao a juro pa' la casa. Y yo me aguanté a ese poste: —Que no, que yo me voy con mi papá, que yo no quiero está aquí con usté, yo me voy con mi papá.

Le decía a mi mamá: —Coño, mamá, dile que me suelte, yo me voy con mi papá. Mi abuela que no, y no. Y me metieron pa' entro y mi papá se fue.

El papá no responde adecuadamente porque: «Entonces mi abuela empezó a obligar a mi papá...» ¿Cómo podría obligarlo? Sólo mediante la hija, esto es, la madre de Pedro. Se sirve, pues, de ella para recuperar el dominio sobre Pedro, que es el único nieto que se le ha escapado.

Los sistemas de relaciones, las tramas relacionales, acaban por disputarse a la persona. La trama familiar tiene de por sí la mayor fuerza. Pero es muy distinto si se trata de la familia materna de si se trata de la paterna. La familia paterna no es su familia, sea por el padre mismo, por la madrastra, aunque lo trate mejor, o por los hermanastros.

¿Cómo se explica que el papá de Pedro, conociendo como debía conocer, las penurias y maltratos que su hijo había padecido con la abuela materna, se decidiera a entregárselo? Sólo si se piensa que la mamá lo está reclamando. La madre es indiscutiblemente la que tiene todos los derechos sobre el hijo y, ante ella, nadie se puede resistir, ni siquiera el padre. La escena del niño aferrado al poste para que la abuela no se lo pueda llevar, es impresionante. Así debió sentirse el niño, como secuestrado.

Dos hechos, sin embargo, le han mostrado a Pedro la debilidad del propio padre. Por el momento, no los percibirá con toda claridad, pero, seguramente, irán conformando una imagen de inconsistencia que tendrá mucho que ver con la decisión definitiva de abandonarlo.

El primero, es el episodio de la agresión de su mujer contra el hijo recién nacido de la amante, dispuesta incluso a lanzarle «un viaje de agua caliente», como dice. Ante el rechazo, el padre cede y saca también a su hijo de la casa: «Y mi papá también dijo que lo sacara». El padre falla ante su hijo y Pedro se ve identificado con él: «Entonces nosotros dos somos de otra, de otras mamás; entonces ella quiere na' más que a sus hijos»... «Y ahí viví eso también». ¿Qué vivió? No sólo el rechazo de la mujer, que, al fin y al cabo, no es su madre, sino también el silencio y la inhibición del papá que lo deja indefenso.

El segundo está todo en esa expresión: «Y mi papá se fue». Cuando más lo necesitaba, cuando la desesperación le aferraba a ese poste como última defensa

para no ser llevado a esa casa aborrecida, el padre también falló. Le mostró el cariño, lloró la despedida, pero todo ello no fue sino muestra de su invencible impotencia. Ni él ni su otro hermano «bastardo», los hijos del mismo padre, tienen padre en verdad. Ser hermano de padre es no tener nada firme que los una, sólo una referencia ineficiente; lo mismo le sucede con los hijos de Sofía. Son hermanos suyos de padre, pero el medio que los une y hace hermanos se disuelve ante la fuerza de la madre que a él lo excluye y a ellos los incluye. El padre ni excluye ni incluye. No tiene nada que ver con eso.

Por otro lado, las experiencias infantiles de Pedro, muestran a las claras la tremenda situación de gran número de niños. Zarandeados de un lado para otro, de una madre a un padre, de una abuela a otra abuela, de un ambiente bueno a uno malo, a merced de las posibilidades y las aventuras afectivas y económicas de los adultos. La madre sola, por su cuenta, no puede impedir ese trasiego de los niños porque no dispone de recursos económicos y se los tiene que agenciar como puede.

Porque si mi papá sigue siendo ése, a lo mejor yo hubiese estudiado lo que yo quería... Yo en los estudios era muy inteligente. Por eso las maestras se encariñaban, porque yo le echaba bolas. Yo era uno de los que llegaba a la casa con los cuadernos, los tiraba y me iba pa'l río; pero después yo me paraba bien temprano por la mañana y me ponía a estudiar. Eso lo aprovechaba mi abuela pa' mandarme pa'l conuco. Decía que yo sabía bastante y me enterraba en esa montaña, de carajito. Me sacaba de la escuela por más que la maestra le decía que no hiciera eso.

289

La interpretación de este momento de la vida de Pedro desencadenó, en una sesión de trabajo, la secuencia completa del desenvolvimiento de las relaciones padre-hijo a lo largo de toda la historia-de-vida. A continuación se presenta la transcripción de la misma. En ella, Pedro comprende e interpreta su propia historia en unión del equipo. Puesto que se trata de una síntesis de todo un proceso, hay acontecimientos que se adelantan. Sin embargo, el lector no tendrá dificultad en comprender todo el contenido, pues cada acontecimiento está suficientemente precisado en sus datos esenciales.

PL. Y de ahí, luego, cambia. Mi papá ya va a ser distinto.

JC. Y tú también serás otro.

PL. Bueno, no... yo toa la vida me quedé pensando en él. Le escribía pero no me contestaba. Pero yo estaba pendiente de mi papá. Yo no... Yo sacaba cartas pa' fuera... Tanto que mi mamá decía: «Pero yo estoy aquí». «No, no, yo me voy pa' casa 'e mi papá». Y cuando llegué a ir, me pegó mucho, porque ya era muy distinto. No era el papá que yo tenía antes. Ya está bajo el dominio total de la mujer, problemas... que tal...

JC. Te decepciona.

PL. O sea... yo... después... cuando yo... mira... yo me le rebelo a mi papá, que es cuando salen a buscarme, que es cuando yo me vengo pa' cá. ¿Ves? A mí me preguntaban que por qué yo hacía eso y yo decía: «Coño, porque yo ya estaba cansao de viví así...», que fue cuando me tiro a la vida yo solo, o sea, estaba harto de todo ya. O sea, yo no quería... yo cuando me vine para acá, yo no quería está ni con mi papá ni con mi abuela ni con mi mamá. Me solté. A la edad de trece años, doce o trece años, yo llegué aquí. Allá no... Viví toda esa vida allá y me vengo don... un papá, creyendo que me van a poné a estudiá, y bueno... a mí siempre... y después me encuentro con mi madrastra y nooo... más arrecho que viví con mi abuela.

RN. Te sentiste engañado ahí.

PL. Sí; completamente. Mira, si yo me quedo con mi mamá, la caraja era tan pobrecita... Eso sí me lo reclama ella y yo me quedo callao, me quedo callao porque mi mamá dice: «Si tú te quedas conmigo, con to' el esfuerzo, así me tuviera que matá vendiendo arepa, tú estudias lo que tú querías». Yo tenía una ilusión desde pequeño y era sé abogado. Cuando a mí me van a poné en la escuela, si yo no me voy con mi papá... Ya papá me había dicho, ¿no?... papá tenía real y me vengo pa' La Victoria; pero nooo... me clavaron en una bodega que no... nunca salí de ahí. Si pa' tomame un fresco me lo tomaba escondío y los demás agarraban de todo. Nooo... Y el viejo vivía era peleando con ellos y con mis hermanos. Es que me negreaban por todos lados. Ahí llegaba mi apá, mandaba a buscá una aseguradora: «Vamos a asegurar a todos mis hijos». A ella le preguntaban:

—¿Cuántos hijos tiene usted?

Y ella decía: —Siete.

Yo por aquí escuchando y me decía: —¿Y yo dónde quedo? Yo soy el ocho.

—No, pero ¿usted no tiene más hijos?

—No, yo no tengo.

—Pero el señor decía que eran ocho.

—No, no; siete, siete.

Y el negro allá pelando la bola hereje.

AM. Y tu papá no, no...

PL. Claro, papá, después, yo le metí como chisme. Pero papá lo arreglaba era... le pegaba a la mujer. Pero, cuando mi papá se iba, me escoñetaban a mí. No, vale, ¿qué te pasa? Mi apá se iba a trabajá al otro día y yo ya sé lo que me va a tocá hoy.

RN. Hasta que llegó el momento en que...

PL. Coño, me vine pa'l coño.

RN. Pero para ti tu papá es bien importante.

PL. Al principio sí, en ese momento porque no se dejaba manejar por ella. Cosa muy distinta a cuando yo vengo por segunda vez que es cuando quiero estudiar bachillerato, después de terminar sexto grado. Ahí sí manejaban a papá. Cuando yo me le rebelo a

mi papá, ese día que yo me vengo pa' cá... yo me le rebelo porque yo veo que ella le decía: «No, yo no conseguí cupo». Y él no indagaba más; hasta ahí. Era lo que ella decía...

Yo me arrecho y nos caímos a golpes y, bueno, yo agarré una piedra y con puños y piedras... le puse el puño en el pecho y lo dejé tirao ahí...

RN. ¿A tu papá?

PL. No, a mi hermano, a mi hermano mayor de los de papá, el que me sigue a mí. Bueno, y se meten los otros hermanos míos... Entonces viene mi papá y me jode es a mí en vez de agarrarnos a los dos y jodernos. A él le soba y a mí me jode, que ya él me había dao a mí... Y llega mi papá y me agarra y me da un correazo y, cuando me va a tirá el segundo, yo lo agarro por la correa y le digo: «Mira, coño 'e tu madre, nunca me vuelvas a hacé esta vaina; tú me llegas a jodé a mí y mira, vamos a tené peo». Y arranco a correr. Papá se rascó, se acostó a dormir, se acuestan a dormir, saco unos vidrios de la ventana y me dejo colá; me robo cinco bolívares, agarro un pantaloncito y... por la autopista no me dejaban pasar; yo era menor. Me vengo por los carros de la Panamericana...

RN. ¿Tenías qué edad en ese momento?

PL. Tenía yo trece, catorce años.

AM. Tú no tienes el apellido de tu papá; tu papá nunca te reconoció.

PL. Cuando él lo quiso hacer, la mujer no lo dejó. Entonces, yo me escapé pa'l coño.

El único modelo de padre que Pedro tiene es ése, de modo que quien le enseña a ser papá es la mamá; el papá no le enseña a ser papá porque nunca se porta como papá. El papá le da un modelo, pero no es el modelo válido. El papá le da un modelo de hombre, más no de padre. El papá en ese momento establece una complicidad en la que uno va conociendo cómo es ser hombre, esto es, cómo se portan los hombres, qué es lo que hace un hombre con una familia, cuáles son las cosas de hombre, qué es lo que les va pasando a los hombres.

¿Ha sido realmente importante su papá para Pedro? Pareciera que hay un momento en que sí, en que hay mucha afinidad con él, en que hay mucha penetración y en que a él le parece bien importante y que está en su vida.

Al hombre no le dejan ser padre integral. Está obligado a frustrar las esperanzas del hijo. Las mujeres se coaligan, en la familia, para que el hombre no sea padre. Que solamente dé, pero no que sea padre. Por eso toda la historia del papá de Pedro para con él reproduce a su manera la historia de cualquier padre popular venezolano para con su hijo. El de Pedro no puede ser padre ni siquiera de los hijos del matrimonio, pues en un determinado momento ellos se coaligan con la madre y lo sacan de la casa dejándole prácticamente abandonado y solo por su cuenta.

Cuando el padre ya es mayor, y a medida que el tiempo y las experiencias de la vida van dejando su huella en él, su relación con los hijos cercanos y lejanos cambia, pero ya los hijos no lo necesitan ni él tiene que jugar el papel de padre in-

tegral para con ellos. Actuará más bien como amigo y como necesitado de atención, cuando nunca a ellos los ha atendido propiamente.

En estos días —narra Pedro—, cuando yo estaba en el cumpleaños de él... De esa vez no he ido más. Mi papá debe estar arrecho conmigo. Mi papá me cayó de esta manera: yo me estaba cambiando; mi papá me cayó pa'l cuarto: «Coño, hijo, yo quiero que tú estés más pendiente de mí, más pendiente de mí porque... yo quiero que tú estés... yo ahorita cuento es con tu apoyo». Tos los hijos van allá a visitarlo, pero él se siente como vacío. O sea, no son esos los que él... no es, no es de ellos que quiere el apoyo... Porque sus hijos le han salido... ¿De qué manera? Sus hijos siempre jalaron pa' la... pa' la mamá y a él lo descartaron totalmente.

El hombre que tiene tantos hijos en diferentes mujeres llega un día en que se siente solo porque nunca ha establecido una relación profunda con ninguno de ellos. Nunca en realidad han sido hijos suyos, como aquí ya hemos repetido muchas veces. En su vejez, suele arrimarse a alguno de ellos, especialmente a alguna hija, que lo reciben más por compasión y deber que por verdadero cariño.

A Pedro se le pregunta por qué se acerca a su papá, aunque sea de vez en cuando, si desde los trece años estuvo muy alejado de él. He aquí su respuesta:

Porque... no sé... Yo veía a mi papá como con temor, así... O sea, él se... papá como que... no sé... no..., no, no... será porque ya... Bueno, no sé; porque, mira... me da vaina que vengan a... La gente me decía: «Mira, tu papá está pasando por esto, está pasando por esto...». Entonces yo... Yo digo: bueno, ése es mi papá; yo lo voy a defender, pues. ¿Qué voy a hacer? Es que cuando esta señora (la esposa) hace lo que hace, que botan a mi papá, lo dejan en la calle, lo dejan en la calle.

Eso sucede en distintos momentos de su vida. Su papá le llama y de alguna manera le muestra su amor preferente por él, no obstante haber habido entre ellos tantas diferencias. Cuando esto se le hace ver, Pedro hace una afirmación que es importante comentar:

«Después fue que pasó la broma cuando yo le dije... cuando me preguntó una vez que si yo quería más a Alejandro (quien esto escribe y con el que Pedro ha tenido y tiene mucha cercanía como a padre sustituto) que a él. Yo le dije que sí; se me arrecho».

Enseguida añadió este comentario: «No, pero es que además un día me dejaste loco porque estábamos aquí los tres y tú le dijiste a tu papá: “no, que mi papá es éste”, señalándome a mí».

Y sigue Pedro: «Se arrecho; y de ahí quedó así. Y eso me lo pregunta hasta ahora; yo le digo: “No, papá, no se ponga con esas mariqueras. De toas maneras

yo sé... tú sabes que yo quiero que jode a Moreno". "Sí, ¿pero más que a mí?" "¡Ah pero bueno, quédate quieto!"».

Cuando un joven venezolano encuentra a alguien con el que puede entablar una relación afectuosa de hijo a padre, se entrega como tal y lo toma por el verdadero, incluso excluyendo al biológico. Lo verdadero no está en la biología, sino en el afecto y en la intimidad del vínculo.

En el caso concreto del papá de Pedro, pero que puede generalizarse a la situación de hijo-padre, es éste precisamente, el abandonado, el que a su vez lo abandonó, el que le queda de apoyo, aunque no muy firme como él mismo confiesa. También una hija del matrimonio:

Sólo una es la que está pendiente de él que si mi papá se enferma y tal... Ella es carismática... Porque yo iba pa'llá, iba cerquita de él, y yo ¡ni pendiente de papá! Yo iba a mis cosas. Entonces es ella que me deja mensajes con mi hermano. Entonces, yo la llamo y lo primero que me dice: «Mijo, papá en estos días llorando porque... ¿que dónde estás tú, que qué pasa contigo?... Quiero que vayas pa'llá». Entonces, es ahí donde él me agarra y me explica. Y yo: «No, tranquilo, vale, yo estoy pendiente de ti...».

El componente de deber religioso en la hija, pero también de algún modo en Pedro, contribuye, sin duda, a que el padre no quede del todo abandonado de sus hijos.

En estas circunstancias es cuando el hombre, padre de muchos hijos, generalmente logra establecer una relación de pareja con una mujer de su misma edad para no quedar completamente solo.

El hijo-sin-padre de la familia matricentrada siempre está buscando un padre, alguien a quien pueda llamarle padre de verdad. Cuando encuentra al suyo propio, ya sea porque desde el inicio de su vida lo ha tenido cerca, ya sea porque en algún momento de la infancia lo encuentra, tendrá siempre ante él una posición ambivalente, de acercamiento y rechazo, de deseo y frustración, de necesidad e indignación, por no poderla satisfacer. Mientras con la madre la relación es directa, limpia y sin ambigüedades, la relación con el padre será confusa y llena de oscuridades, con algunas chispas momentáneas de claridad. En unos momentos el padre es muy importante para el hijo y en otro no significa nada, en unos se le acepta y en otros estalla la rebeldía contra él.

Podemos encontrar en el hijo una necesidad de él, una búsqueda, unos atisbos de padre, pero padre propiamente no hay. Es ya de adulto, cuando puede tener padre, el real o el sustituto, cuando propiamente ya no lo necesita para sobrevivir como hombre y para formarse. Toda su vida es un intento de construir padre, pero fracasa. Al padre no lo puede construir completo. Es después de una cantidad de experiencias cuando él se vuelve al padre.

Lo que se percibe paradigmáticamente en Pedro es un reclamo. O sea: yo necesito un padre; si yo era su hijo y él estaba presente y dio manifestaciones de cariño, ¿por qué no mantuvo esa posición? Se necesita un padre que sea presente y actuante, que tenga figura fuerte, una imagen que él pueda seguir. La figura de este hombre bochinchero, mujeriego, macho, todas esas cosas, esa figura de hombre, no es figura de padre.

En su búsqueda constante de padre, del padre idealizado porque el real no le satisface, la presencia del empleado de la empresa de transporte de valores, «ese señor que apareció», como él dice, de este padre sustituto, ahora quizás idealizado, aunque corta y fugaz, es tan intensa que le marcará para siempre dejándole una convicción de fondo: un padre es posible. En él, Pedro vuelve a «probar padre», aunque sólo sea probarlo, aunque no pueda saciarse de él, y lo prueba en lo más significativo de la paternidad, el cariño profundo.

Experiencia intensa, significativa, perdurable en la memoria y en la vivencia, pero fugaz. ¿Todo padre, por bueno que sea, por significativo que sea, es fugaz para el venezolano? La respuesta a esta pregunta está en su propia reflexión, en la que podemos encontrar un eco del mismo sentimiento en los hijos de familia matricentrada.

Resignao, porque yo sabía que todo lo bueno se desaparecía. Así se perdió mi papá, así él (el funcionario del Servicio Panamericano de Protección). Y me dolía, me dolía que él se iba, pero... yo veía que no siempre, no siempre lo iba a tener. Algún día se iba a acabar, y él me decía sí o no. Ese era un tipo muy... la forma en que apareció ese tipo y... y la forma en que me agarró y todo. Ese era un tipo que... que... él me cargaba y hablaba conmigo... Ese es un tipo que... Ese carro pasaba todos los días por ahí. Nunca se paraba. Esa vez se paró ese tipo. Y... y la forma en que el tipo llegó, eso... mira, yo me acuerdo de él de todo, yo me acuerdo clarito porque él me cargaba y había un murito así, donde él me sentaba y ese... él me cargaba en el murito y entonces empezaba a hablar conmigo, me echaba un cuento y yo muerto de risa y... a mí no me importaba; el tiempo de la escuela no me importaba en ese momento. Yo me entusiasmaba con él. Y eso era todos los días, hasta que desaparece. Hasta que vienen y me dicen que lo cambiaron. Ahí ya se me acabó todo eso; ya ahí...

Pedro, pues, como gran parte de nuestros niños, tiene varias experiencias positivas de padre, aunque sean transitorias y aunque otras sean negativas. Con todas ellas se va sacando papá; tendrán, entonces, que dedicarse, aun inconscientemente a sacarlo: con esto del uno y aquello del otro, se saca un papá.

Pedro lo dice a su manera:

No, y si te pones a ver, que ni siquiera mis padrastros fueron cariñosos así. Ninguno de ellos hizo lo que él hizo, tal como ir a buscar un muchacho y sentarte con él a hablá

y tenerlo bien y traerle esto, como él hizo... pero ninguno lo hizo como él y la manera en que él lo hizo. Porque era que él se entregaba. Él era con una sonrisa, con una alegría to' el tiempo. Los compañeros de él me lo decían: él puede venir por ahí muy serio, pero te ve a ti y ya se le quita todo. Y yo lo veía a él y ya se me quitaba todo también. Pa' mí en ese momento no existía sufrimiento ni nada. Pero yo me acuerdo de él así... ahora que... (Aquí Pedro se conmueve, se le salen las lágrimas y no puede continuar).

En los inicios de la adolescencia vuelve a encontrar figuras parentales sustitutas y positivas: la maestra, que evoca y sustituye a la madre ausente, y una nueva figura paterna afectuosa, comprensiva y, sin embargo, exigente y orientadora, y también fugaz, según él mismo lo hace ver: el cura, el padre con el que hace la primera comunión. Todas figuras que a lo largo de su vida se pasan el testigo del relevo y que llegan a constituir como una constante de experiencias positivas de afecto compensando las de afecto negativo.

Como Pedro, todo joven puede encontrar un maestro, un cura, un padrino, un padrastro, un tío, un vecino, figuras que hacen de padre sustituto, unas buenas, otras no tanto, que le ofrecen experiencias sobre las cuales construir su identificación de hombre. A la larga, predominará en ella la construcción de un modelo que de una u otra manera reproducirá, en la gran mayoría de los casos, el modelo cultural propio del mundo-de-vida.

295

El varón venezolano toda su vida estará buscando un papá, sobre todo como proveedor, como recurso económico para vivir, para estudiar, para orientarse en el mundo. En su casa, el papá no está o no significa. La casa y la familia son de la mujer y es ella la que decide qué puesto le corresponde a cada cual en ella. No hay padre capaz de hacerle reconocer unos derechos que cree tener pero que, en la estructura de la familia matricentrada, no tiene. Ha de saber que no tiene padre, que tendrá que buscarlo en otra parte y, en último término, que está solo ante la vida.

Cuando a Pedro se le pregunta quién es Alejandro, al que considera su verdadero papá, para él, responde de una manera perfectamente coherente con la manera en que en el mundo-de-vida popular se puede pensar un padre como el deseado e idealizado: «Alejandro es como mi mamá».

No se puede pensar un papá papá; el papá mejor, es el que se piensa al modo de la mamá.

¿Este hijo del que estamos hablando, cuando pasa su adolescencia, como ensaya y luego ejecuta el modelo de padre que está construyendo? Pedro nos indica una pauta. En la narración de su historia-de-vida nos habla de un grupo no de iguales ni de compañeros sino en el que él ejerce la función de padre sustituto para muchos niños. Los adultos que le rodean no lo entienden y lo critican. Parece, sin embargo, que la fuerza, para él mismo desconocida, que lo impulsa es tal

que supera toda crítica e incomprensión. La búsqueda de padre, que nos aporta el sentido para comprender la historia de Pedro y del varón venezolano popular se encamina ya desde temprano a la búsqueda de sí mismo como padre, a producirse como padre.

Ya es padre de una hija a la que no atiende desde los quince años. Padre abandonante al modo de cualquier otro padre popular. No obstante tener hija y ser padre biológico, se dedica a ser padre sustituto de otros, sin saberlo. Parece que le resulta más fácil y más satisfactorio ejercer el papel de sustituto que hacer el de padre, que no ha aprendido, y no sabe, por tanto, ejercer.

Yo siempre andaba con los muchachos. A mí me decían que y que era un carajito infantil porque yo era un hombre ya —de tamaño, ¿no?—, pero andaba, pero andaba con puro chamito.

Siempre hacía esa cosa, andaba con to' ese viaje de chamitos. Por lo menos, yo, de mi sueldo, me los llevaba pa'l cine, les pagaba la entrada, les hacía todo, me los llevaba pa'l parque, todo esto. A mí me gustaba eso. Yo reunía a diez, quince, y me los llevaba. En ese tiempo estaban Fernando, Vicente, Roberto, Pablito... Bueno, entonces, cuando hacía esto, prácticamente me gastaba mi sueldo en esto, en estas cosas, pues. Era que me gustaba.

A esos niños no sólo les da —«prácticamente me gastaba mi sueldo en esto»— sino que les aporta compañía y cariño, el estar con ellos.

Puede que esto sea una característica personal de Pedro, que luego encontrará otros cauces más organizados, pero nos hace pensar que las experiencias mejores de padre por él vividas le quedaron tan grabadas que le indujeron a imitarlas y repetir las con los niños de las familias matricentradas de su entorno.

De este modo un hijo de familia matricentrada construye padre: el discurso materno lo configura en sus características esenciales desde la infancia, pero luego este padre construido por la madre va siendo modificado por las experiencias de padre real y de padres sustitutos que se van sucediendo y acumulando a lo largo de la misma infancia y la adolescencia, sobre todo; menos peso tendrán las vividas ya en la adultez. Sin embargo, toda vivencia de padre lo será en el marco de la gran experiencia de madre que da sentido a toda experiencia de vida. Lo mejor que podrá decir sobre un padre encontrado es, como dice Pedro: «es como mi mamá».

